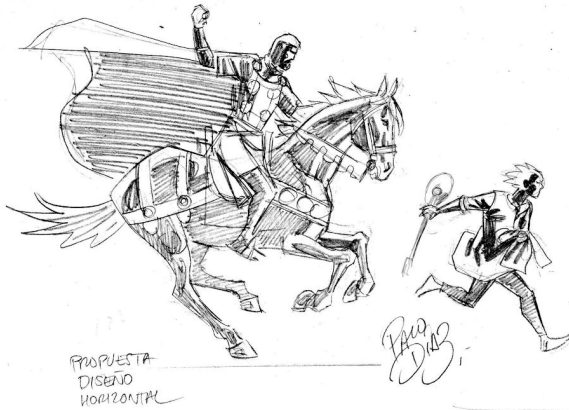


GABRIEL FRAU GOMILA.

DEBERÍAIS IR A LA GUERRA, MI SEÑOR.

Gabriel Frau Gomila.

DEBERÍAIS IR A LA GUERRA, MI SEÑOR.



Primera edición: Enero 2009.
Segunda edición: Diciembre 2013.

Título original: Deberíais ir a la guerra, mi Señor.
Autor y editor: Gabriel Frau Gomila.
Dibujo de la portada: Paco Díaz Luque.
Diseño de la portada: Alfredo Viguer Zabala.

Impreso y encuadernado por Editorial Bubok.

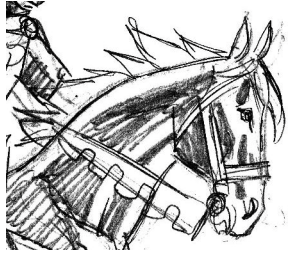
Ventas por Internet: <http://gabrielfrau.bubok.com/>

La reproducción total o parcial de este libro,
comunicación pública, escaneado o transformación,
no autorizados por los editores, viola los derechos reservados.
Cualquier autorización debe ser previamente solicitada.

A mi mujer, Ninuska,
con quien tengo la suerte de crecer cada día.
A mis padres, Tomeu y Catalina,
con quienes pude crecer.
A mis hermanas Xisca y Marga,
con las que crecí.
A mis amigos, en especial a Tolo,
quienes me ayudaron a crecer.

Con gratitud a quienes dedico el libro,
y a mis amigos Paco Díaz, dibujante,
y Alfredo Viguer, ilustrador y diseñador,
por tan hermosa portada.

GABRIEL FRAU GOMILA.



Capítulo 1.

Deberíais ir a la guerra, mi Señor.

-¿También vos lo opináis, esposa mía? -preguntó sorprendido a la vez que se deslegañaba Roberto Clavel, monarca de Soltada.

-Es sólo por concepto, mi Señor. Un rey debe batallar contra las potencias enemigas.

-Pero yo no tengo enemigos, dulce esposa.

-Pues debéis hacerlos -protestó María de Minarete, esposa del rey Roberto-. De lo contrario me veré obligada al desconcierto que esta insólita situación me provoca. Comprended, mi Señor, que yo fui educada para soportar las largas esperas que vuestras ausencias de Palacio me deben ocasionar.

En el fondo, y muy a pesar de su opinión, el rey Roberto consideraba que no le faltaba razón a su esposa. María de Minarete, al igual que el resto de reinas del inhóspito continente europeo, había sido educada, desde su infancia, para representar dignamente el papel de esposa de un rey. Ya desde su nacimiento, y tras ser declarada desposable por monarca o alto noble, había sido separada de sus padres para consagrar su infancia y

adolescencia al duro aprendizaje que suponía la estricta educación a la que eran sometidas tales muchachas.

María de Minarete (en el minúsculo reino de Soltada no era costumbre que las mujeres casadas adoptaran el apellido de su esposo) había contraído matrimonio con el rey Roberto a la corta edad de doce años, un tema que dio mucho que hablar entre los súbditos del reino, pues lo habitual entre los más altos nobles era desposarse con mujeres de catorce o quince años, mucho más formadas física e intelectualmente. Sin embargo Roberto Clavel eligió a María porque estaba profundamente enamorado de aquella muchachita de piel suave y cabello dorado, y puesto que ya llevaba veinte años reinando en Soltada (tiempo máximo que se le otorgaba al monarca para elegir esposa), no pudo esperar un par de años más para contraer nupcias.

Por aquel entonces, Roberto contaba ya treinta y cinco años de edad. Para acallar los rumores que habían surgido entre las gentes del pueblo el rey Roberto aclaró que, pese a ser rey, se sentía un súbdito más del reino y que por ello había elegido a una muchacha de doce años, edad normal de despose para una mujer del pueblo llano. Pero toda cuanta explicación ofreció resultó estéril: casi todo el pueblo, así como la totalidad de los habitantes de palacio, sabían que su monarca se había casado por amor, lo que le valió la mofa y el escarnio de gran parte de sus súbditos. Y si digo gran parte y no la totalidad, es porque tal acción fue bien considerada entre las jovencitas de edades merecedoras, muchachas impúberes e ingenuas que todavía creen en el amor.

El apellido de Roberto (Clavel, a saber), no provenía de sus padres. Y me explico. Los padres de Roberto, monarcas de Soltada hasta que se jubilaron, tenían un apellido, un nombre de alto linaje reconocido

internacionalmente por el gran respeto que se le otorgaba, no sólo en Soltada, a tan consolidada y apreciada dinastía. El tal linaje pasaría sin duda al varón nacido de la magna pareja (no consta en la historia que existiera participación de terceros), para extinguirse después con el fallecimiento del rey Roberto, pues descendencia no tuvo, al menos conocida. Éste es el motivo por el que dicho apellido no ha llegado hasta nuestros días, y su complicada dicción es el motivo por el que dicho apellido no ha sido retenido por mi memoria.

La primera vez que tuve noticias de la existencia, años ha, del rey Roberto, fue en una vetusta biblioteca de mi ciudad. Buscando tranquilidad para mi estudio (recuerdo que tenía un examen de derecho Laboral), encontré cerca de la Plaza de Cort una biblioteca mitad privada mitad pública (si uno entraba por la puerta principal, una señorita con muy malas pulgas y muy buenas tetas le recordaba que se encontraba en una biblioteca donde era preciso hacerse socio para su uso, mientras que si uno optaba por la puerta que está al lado de la tienda de efectos musicales que hace esquina, accedía sin ningún problema a la biblioteca que se abría tras un amarillento cartel que recordaba que la cultura es de todos y que el Consell Insular está con la cultura, o con las bibliotecas, no recuerdo bien).

Mi afición por la lectura nació hace muchos años, siendo yo adolescente. Creo que empezó cuando a fuerza de suspender Literatura una evaluación tras otra, mi padre, forzado siempre por las circunstancias (a su parecer), decidió emprender una serie de acciones, no sé si legales, contra su hijo, es decir, contra mí. Tales acciones, consistentes en castigos de menor cuantía al principio y en putadas de muy mala leche al final, me

indujeron de manera acentuada a plantearme seriamente la posibilidad de aprobar Literatura (amén de Matemáticas, Física y Química, Religión, Historia, Ciencias Sociales...). Así, cambié la litrona por la tabla periódica, y el fútbol por una divertida novela de Eduardo Mendoza (aquel trimestre, Carmen, nuestra profesora de Literatura, nos había recomendado “El misterio de la cripta embrujada”). Cambié también mis tardes de baloneo (y con ello mi seria posibilidad de jugar en el Real Mallorca) por amenas veladas bajo la luz de una lámpara rodeado de libros y apuntes del Instituto. Y aunque, días después, descubrí que molaba más la cerveza que los pensamientos de Kant, y que era más divertido analizar las curvas de Marga que los huesos del viejo esqueleto que de forma misteriosa se conservaba en el aula de arriba del vetusto Instituto, lo cierto es que la lectura, en el fondo, no era tan desagradable. Por eso, junto a mis usos y costumbres, añadí la lectura, convirtiéndose en una especie de droga para mí. A partir de la cripta de Mendoza cualquier excusa era maravillosa para leer una buena novela. Ello repercutió en muchos aspectos de mi vida: aprobé, por fin, Literatura, motivo de semisatisfacción por parte de mi padre (la satisfacción entera le hubiera llegado caso de aprobar las restantes asignaturas, y es que Garcilaso y Hemingway eran muy superiores a las ecuaciones de segundo grado, llevaran una o dos incógnitas, lo mismo daba), dejé la cerveza, pues mi asignación semanal no llegaba a extremos satisfactorios y mi obsesión por comprar otra novela me llevaba de forma premeditada al ahorro de mis pobres durillos, y cambié tantos aspectos que por sí solos llenarían por completo las páginas de esta narración. Sin embargo, mi intención es la de narrar la historia del rey

Roberto, no la de enumerar puntualmente las cosas de mi vida que han cambiado con la lectura.

Fue precisamente mi apego a la literatura aquello que me impulsó a buscar algún libro interesante en aquella biblioteca de la que hablaba antes de empezar a enrollarme. Así, y siguiendo esta vez de forma obligada con los cambios que para mí ha supuesto este amor por la lectura, cambié el tocho de derecho Laboral por un destartalado librito cuyo título, en letras doradas sobre las acartonadas y semirrotas tapas, rezaba así: “Soltada, la desaparición de un estado”. En él su autor, el célebre historiador Indalecio E Punto Ramírez, narraba la historia de la pequeña monarquía que fue Soltada, gobernada siempre por reyes, unos más mal que bien y otros con buen talante, como fue el caso de nuestro protagonista: Roberto Clavel.

Con el fin del Imperio romano de Occidente, en el siglo V, los diferentes pueblos germánicos, ya fuera a base de armas o bien con una conducta menos belicosa, fueron penetrando en territorio romano, y fueron creándose las naciones, influidas, según los libros, por los nacionalismos emergentes en aquel entonces. Así apareció Soltada, y resistió, siglos después, a las tan temidas invasiones de los hombres del norte, esos tíos que salen en las películas con los cuernos en el casco asaltando la Europa cristiana que los repelía con las guerras santas (concepto que también acuñaron para poder luchar contra los sarracenos y los eslavos). Según Indalecio E Punto Ramírez, durante los siglos de su existencia, el estado de Soltada manifestó siempre su orgullo por haber conseguido repeler los ataques de los vikingos. Según otro señor, del que voy a hablar unas líneas más abajo, parece ser que en su camino hacia el

Mediterráneo los vikingos pasaron muy cerca de Soltada, pero consideraron que no valía la pena desplazarse unos kilómetros para arrasar, saquear y conquistar un territorio tan pequeño.

Este otro señor, de quien he dicho que voy a hablar, se trataba de un viejo erudito que coincidió varias tardes conmigo en la consabida biblioteca. Su presencia no podía pasar desapercibida para mí, entre otras cosas, porque aparte de la señorita de las tetas y un servidor, era la única alma viviente que se movía en aquella sala llena de libros. Y nunca mejor dicho lo de alma, porque parece ser que era lo único que habitaba bajo aquel pulcro y poco desgastado traje gris. Es posible que tan siquiera hubiera un mínimo espacio para los huesos. Por encima del traje asomaba su cabeza (no hubiera sido normal que asomara la cabeza de otro) en la que había adosados unos pelos a modo de bigotes y otros a modo de despobladas cejas.

Este señor, del que, dicho sea de paso, jamás supe su nombre, se cuidaba de cambiar diariamente el clavel que siempre fresco se le veía en la solapa. Dado que la bibliotecaria desconocía también el nombre del vejete (motivo por el que sospecho que también accedía a la biblioteca por la segunda puerta), en nuestras varias conversaciones (las mías con las de la bibliotecaria, porque de todos es sabido que estas profesionales tienen el deber de exigir el silencio a los demás, pero no consta que ellas no puedan conversar largo y tendido) lo mencionábamos con el escasamente original apodo de “el viejo del clavel”.

Y ahí es donde entra de nuevo nuestro personaje, el rey Roberto. Me consta que ya he mencionado que la dicción del linaje del monarca era hartamente complicada, con lo que he referido que por tal motivo mi memoria no ha

retenido dicho apellido. Por eso, y por el hecho de que un rey sin apellido es algo parecido a cualquier persona sin el mismo, pero más importante, me decidí desde el primer momento de existencia de estas líneas, a rebautizar a Roberto con el apellido del señor del traje gris, y a falta de apellido, apodo: Clavel, que fue quien tantas veces me refirió anécdotas del país de Soltada en mis provechosas tardes de estudio de derecho Laboral.

El rey Roberto, principito Roberto de pequeño, creció entre caballos, detalle éste por el que mostrábase un tanto receloso, pues era de su parecer que un hijo de reyes merecía mejores profesores. Con el tiempo se dio cuenta de que uno de aquellos caballos no era tal, sino una tía-abuela suya a la que había sido encomendada la educación del futuro rey. En Soltada nunca se caracterizaron por su intelectualidad, ni por el hecho de que sus habitantes estuvieran impregnados de muchas luces, sin embargo, la vieja Noroberta, al decir de todos, había aprendido muchas cosas (al menos, idiomas) en sus múltiples viajes por toda la Europa de aquel entonces. De haber existido las revistas del corazón (que es, junto al higiénico, el papel más vendido en nuestro país), a buen seguro que la referida Noroberta habría ocupado sus cotizadas portadas junto a monarcas y altas gentes (jet-set, entendámonos), amén de tonadilleras, presentadoras, toreros, artistas, participantes de Gran Hermano y un sinfín de gentes de buen vivir, pues, según ella, era siempre invitada a los más altos acontecimientos sociales y festivos del continente. Había quien, por contra, estaba convencido de que las largas ausencias de la institutriz tenían mucho que ver con un supuesto amante del condado vecino, histórica teoría ésta que siempre había sido rechazada gracias a la demostrada fealdad de

Noroberta (Cara de Caballo para los más próximos), pero que en los últimos años tendría que haber sido tenida muy en cuenta por los eruditos del tema tras comprobar la existencia de la ceguera en el amor (también los eruditos leen la prensa rosa y los devaneos de ciertas parejas); y si digo tendría, elevando el asunto a hipótesis, es porque no me consta la existencia de eruditos en este tema, siempre y cuando exceptuemos al viejo del clavel y al tal Indalecio E Punto Ramírez.

El padre del principito Roberto, a quien también apellidaremos Clavel por cuestiones de parentesco, el rey Celso Clavel, no se caracterizó jamás por su aspecto belicoso, talante éste que a buen seguro había heredado de su ya difunto padre, abuelo del principito Roberto a la sazón. Posiblemente, el tal abuelo de nuestro protagonista, había heredado esta fea costumbre de no batallar de sus antepasados, monarcas que, lejos de satisfacer a sus súbditos con este afán de paz en sus tierras, se habían ganado un cierto menosprecio por parte de los mismos. Tales eran gentes sencillas del pueblo llano muy dadas a las burlas y bromas rápidas hacia sus soberanos y clérigos, llegando a veces al escarnio y a las leyendas burlescas y escatológicas. Así, los monarcas de Soltada no mantuviéronse exentos de apodos y sobrenombres (al igual que el resto de los reyes europeos), y mientras en España nuestros libros de historia glosan las gestas y los honores de reyes católicos, de reyes hermosos y de reinas locas, los libros británicos se acuerdan de reyes grandes y confesores, los universales de emperadores magnánimos y magníficos, y el libro de la selva del rey León, los libros de historia de la monarquía de Soltada (suponiendo que exista alguno a excepción del referido “Soltada, la desaparición de un

estado”, dato que no me consta) estarían rebosantes de reyes con su apodo, tales como Aparicio el Escaqueado, Leopoldo el Cobarde, Ricardo el Pacifista (en sentido peyorativo, distinto a la interpretación actual), Enrique el Valiente (de él se cuenta que en cierta ocasión demostró su valentía atizándole un sopapo a uno de sus criados a quien encontró acostado en la cama de los reales aposentos, junto a la reina se entiende), Martín el Gallina, y tantos otros no exentos de burla y vilipendio (el Cobarde II, el Cobarde III, la Saga Continúa...). De la tal forma explicada, el rey Celso Clavel, padre de nuestro principito Roberto, se sorprendió un día al conocer, de boca de uno de sus bufones, el apodo que sus súbditos habían elegido para él: el Caguetas.

Como todo lector podrá comprender, que a uno le llamen cobarde, o gallina, es algo que puede soportarse, incluso podemos considerarlo como una simple chacota, adornada con cierta ironía, eso sí, por parte de nuestro interlocutor, pero nadie podrá negarme que no deja de ser, aunque sea sólo un poquito, vejatorio y vergonzoso el hecho de que a uno le llamen caguetas. Tal argumento, sostenido por el rey Celso el Caguetas, le obligó a replantearse seriamente su reinado y su forma de actuar para con el pueblo, llegando incluso a pensar en la posibilidad de organizar algunos torneos medievales a imagen de los pueblos vecinos y como una especie de simulacro de batallas para alborozo y diversión de las gentes, y por ser la forma más idónea para que sus tropas (colmadas de bravos soldados prestos a guerrear en cualquier momento) quemaran de vez en cuando sus reservas de adrenalina. Pero cuando más fuerza estaba cogiendo esta idea en los planteamientos del rey Celso el Caguetas, la coletilla de “el terror de las reinetas” (aludiendo a su reputada fama de maricón) que fue

circulando por las calles del reino y de la cual tuvo nuevas gracias a los ingeniosos versos del mismo bufón de antes, acabó con todas las energías e ímpetus del monarca, y terminó abdicando en favor de su hijo, nuestro principito Roberto, cuando este último contaba con apenas quince años de edad.

Así las cosas, nos encontramos en los prolegómenos de la historia que nos ocupa. Con quince años el rey Roberto accede al trono de la monarquía de Soltada. Un nuevo elenco de responsabilidades se le abre a partir de este momento. Responsabilidades todas ellas que sin duda alguna debía solucionar a pesar de su corta edad. Para ello se vio aconsejado en el trono por un personaje muy peculiar y que desde las primeras horas de mandato iba a influir en gran manera en la mayoría de decisiones adoptadas por el joven monarca.

Benito de Másar, en el ambiente Benito el Vainas (pues gustaba de envainar ciertos estoques), había sido la mano derecha del abdicado rey Celso. De todos es sabido que los validos, tal era la función de Benito, se inventaron para que, al ocuparse de las cosas de palacio, el rey pudiera salir de caza (o de pesca, que sobre gustos dicen no haber escrito nada). Sin embargo no parece que tal suposición fuera aplicable a este caso. O sí, pero en otro sentido. Se comentaba en el reino que las relaciones del tal valido con el rey Celso iban más allá de la mera política de estado, y si no que le explicaran al pueblo la cacareada afición de salir a pescar juntos los fines de semana (posiblemente ni el uno ni el otro advirtieron jamás que Soltada carecía de límites con el mar, y entre estos límites nunca existió río ni lago alguno donde pescar, o quizás fuera que desconocían supinamente todos los detalles de las artes de pesca).

Investido rey Roberto, en unas ceremonias que podrían calificarse de poco adecuadas para tan alto honor, pese a tener en cuenta que el cambio de monarca se intentó hacer de la forma más discreta posible para no avivar los comentarios del pueblo llano e inculto hacia el abdicado rey Caguetas, Benito de Másér se presentó al mismo como su lugarteniente, dejando entendido que ésta era la voluntad del anterior monarca. Tal designio le pareció bien a Roberto.

-Majestad -aconsejaba Benito en las primeras jornadas de toma de posesión del trono-, no debéis cometer aquellos mismos errores que vuestro padre cometió, no permitáis en ningún momento que la sensatez se imponga sobre vuestras decisiones. Desechad toda idea que impregnada de cordura florezca en vuestro pensamiento, y tened presente siempre que lo que vos consideraréis acertado para vuestros súbditos, posiblemente jamás sea entendido por los mismos.

-Poco diestro en los consejos me pareéis, apreciado Benito, pues ¿estáis acaso sugiriéndome que mi padre cometió errores en su reinado?

-Si no errores, llamémosles decisiones maduradas de forma deficiente.

-Tengo entendido, pese a mi inexperiencia para tales asuntos, que es el lugarteniente del rey quien tiene encargo de aconsejar al monarca en sus múltiples decisiones para que no incurra él mismo en los errores de los que me estáis hablando.

-Ciertas son vuestras palabras, majestad -se excusaba el de Másér-, pero sin ánimo en mi parlamento de ofender con mis palabras ni a vos, mi Señor, ni a su apreciado padre, a quien Dios conserve la salud muchos años, permitidme que, olvidando por unos momentos nuestra condición de gobernantes, le confiese a su

majestad, en la impunidad que me sugiere el silencio de estas cuatro paredes que nos envuelven, que su padre, el magno rey Celso, es el cabezota más grande que jamás haya reinado en Soltada... con perdón.

Con tales y otras, siempre de igual índole, palabras, Benito intentaba educar y aconsejar a nuestro rey Roberto en la siempre difícil labor de monarca. Tratábase, según el valido, de realizar toda una serie de cambios en la política gobernante de Soltada, cambios que desde hacía años intentaba aconsejar al anterior rey, pero que, según la supuesta cabezonería del mismo, el rey Celso jamás se decidió a hacerlos, pues consideraba que ciertas decisiones podían acarrear consecuencias negativas en el pueblo de Soltada.

Cierto fue también que el nuevo monarca reacio se mostraba a efectuar los cambios políticos que, siempre según el lugarteniente Benito, la situación social e histórica de la época aconsejaba, pero lentamente Roberto fue accediendo, de forma progresiva, a dichas reformas.





Capítulo 2.

A

la quinta fue la vencida. La bibliotecaria accedió a que la invitara a cenar. Siguió con las malas pulgas durante toda la noche. Ahora, casi diez años después de aquella primera cita, estamos casados. Las pulgas no han cambiado en absoluto. Después de aquel primer encuentro llegaron otros, y, por supuesto, cualquier tarde resultaba excelente para plantarme en la biblioteca y estar un rato con ella. Así, coincidí muchísimas veces con el viejo del clavel, quien se preciaba de ser el mejor conocedor de la historia de Soltada, llegando incluso a decir que Indalecio E Punto Ramírez, siendo como era un gran erudito del tema, no tuvo presentes muchos pasajes de la historia de aquel pequeño país y, desconocedor de estos detalles, se vio en la obligación de fantasear en algunos episodios de su libro “Soltada, la desaparición de un estado”.

Veinte años después de la toma de posesión de la monarquía de Soltada por parte del rey Roberto Clavel, el soberano se decidió, como ya todos sabemos, a contraer matrimonio con María de Minarete. Este hecho, del cual

queda constancia en el mentado libro con múltiples lujos y detalles, ocasionó, según el vejete de la biblioteca, que el pueblo ofreciera una tácita tregua al monarca, siempre firme en su decisión de no batallar contra las potencias enemigas, esperando que el raciocinio de la nueva reina influyera en Roberto.

Recuerdo que el mencionado libro sobre Soltada, en unos detalles que sobre la boda refieren, se hace eco del conato de relaciones entre uno de los bufones de la corte y la archivieja Noroberta, la tía-abuela de Roberto Clavel, detalles que constituyen quizás el pasaje más divertido de todo el libro. Con el fin de transcribir este episodio, y con el fin de refrescar mi memoria, decidí antes de iniciar mi relato, volver a la biblioteca y apoderarme del famoso librito. No estaba. El libro “Soltada, la desaparición de un estado”, pese a aparecer todavía en el inventario de la biblioteca, no se encuentra en sus estantes. Sin duda algún avisnado lector lo habrá hecho furtivo. Si a todo ello tenemos en cuenta que en los últimos años (hace más de cinco años que el viejo del clavel no aparece por aquellos lares) los visitantes de la biblioteca apenas se reducen a una docena de despistados estudiantes, no resulta temerario el aventurar que el vejete con el que compartí tantas tardes es el nuevo propietario del libro, o quizás el libro ha pasado ya a sus herederos. Por supuesto, al descubrir la desaparición de “Soltada, la desaparición de un estado”, no pude menos que regañar a la bibliotecaria, mi esposa, a lo que ella me replicó con un expresivo gesto de silencio: estábamos en un lugar donde no se puede hablar, pese a que sólo nos encontrábamos en la estancia mi esposa y yo.

Así, entre otras cosas, no puedo transcribir el referido episodio de los amores de Noroberta surgidos por los poderes del alcohol y otras sustancias no

identificadas, así como tampoco pude encontrar el olvidado apellido del rey Roberto.

Hasta cinco o seis años después de la boda (la del rey con la reina, no la mía), pasado con creces el tiempo de tregua ofrecido por el pueblo a su monarca, no empezaron a acontecer los hechos que a continuación voy a narrar. Y si me he decidido por no escribir nada sobre estos cinco años, es porque la vida de Roberto Clavel reduciase de forma usual a consumir el matrimonio con María y a despreciar las constantes invitaciones de Benito de Máser para ir a pescar.

Con el fin de las calores, y anualmente, llegaban a Soltada los mercaderes de sedas. La plaza mayor del poblado se engalanaba de múltiples y llamativos colores. Las sedas, a modo de guirnaldas, eran estratégicamente colocadas por los mercaderes para que de reclamo sirvieran a las pocas docenas de mujeres que habitaban la única villa del reino de Soltada. Por lo habitual, las ventas de aquellas telas eran escasas en aquel lugar. Sin embargo, los Claveles habían sido siempre unos magníficos clientes de aquellos vendedores que año tras año atravesaban media Europa para surtir de sedas a las gentes del vetusto continente. Era costumbre, en la corte soltadense, vestir con tan preciadas telas, combinando en los vestidos todos y cuántos colores fuera posible, siempre, resta decirlo, que no superaran en número a otro cortesano de rango superior. Los estratos sociales fueron siempre rigurosamente respetados por parte de las gentes de la corte, y aun de la villa. De esta forma, a mayor rango social, mayor número de colores permitían las costumbres de Soltada utilizar en sus llamativos ropajes. Imagino que la citada costumbre fue reflejo de la

respetada en la antigua Roma, donde el color de los zapatos proclamaba el estrato social de su portador.

Aquel año, junto a los mercaderes de sedas, llegó a Soltada un personaje que va a tener gran relevancia en nuestra historia. Su nombre era Galán, como él mismo, Galán de Douvergier, y su altiva y elegante presencia nunca pasó desapercibida en lugar alguno. Sus ropajes denotaban una vida no exenta de dificultades, sus largas melenas y su cuidada barba le otorgaban el aspecto de un trotamundos, sus modales, finos y delicados, observaban costumbres de alta cuna, y su viejo laúd en la espalda delataba su juglaresca condición. Cabe reseñar que su presencia en las calles del viejo pueblo de Soltada se convirtió en el tema en boca de los lugareños... y en mente de las lugareñas, quienes acudían al mercado llamadas más por la simpatía, altanería y marrullería del extranjero, que por la espectacularidad de las sedas expuestas.

Comentaba Indalecio E Punto Ramírez, en uno de los capítulos de su libro, que, pese al afrancesamiento del nombre del juglar que ahora presentamos, Galán de Douvergier había nacido en la región de Prusia. Obvia decir que el linaje era impuesto. Su verdadero apellido le vinculaba a la alta nobleza teutónica y ello le hubiera sin duda acarreado problemas con el viejo rey de Polonia, señor y soberano feudal, a la vez, de la propia Prusia. Sin embargo, el vejete del clavel me manifestó, en más de una ocasión, que él era partidario de otra teoría sobre la verdadera identidad de Galán, y que en absoluto podía vincularse al juglar con la alta nobleza prusiana.

Galán de Douvergier, siempre según el vejete, había sido uno de los caballeros más afamados de todos cuantos deambulaban por aquella época a la búsqueda de juegos y torneos feudales. Habilidoso con la espada en el

cuerpo a cuerpo, su especialidad se centraba en el combate de justa. Su verdadero nombre, Antoni Muntaner, había derivado en el apodo más temido por parte de sus contrincantes, en el nombre que más veces coreó el público de estos torneos, en una auténtica leyenda europea: Antón de Can Cugat. Contaban las malas lenguas de aquel entonces, que su sangre mediterránea le ganaba el pulso a su condición caballera, y que empezó a perder torneos el mismo momento en que se enamoró como un toro de una cortesana de Orleáns. Sin embargo, el marido de la tal cortesana tuvo, desde el primer instante en que se iniciaron los escarceos y los cameos, algo que decir, y Antón de Can Cugat cambió la lanza por el laúd, las defensas por unas calzas verdes, el casco por una barretina y el nombre por el que lo conocemos: Galán de Douvergier. Su condición de juglar le permitiría acercarse a las damas, y así podría estar al lado de la de Orleáns sin que el marido de la misma pudiera sospechar. Pero el paso del tiempo lo cambió, y un buen día se hizo a los caminos, a glosar gestas caballeras y amores, y desamores aún, y verdades. Y alguna mentira. Vivía del favor de las gentes. Dormía donde encontrara el lecho más comfortable (si no en presidio, donde durmió varias veces). Y amaba... a quien dejara quererse. Las lenguas de las mercaderas, avezadas a escupir embustes y falacias, habían ido esculpiendo con el paso del tiempo toda una retahíla de historias sobre hazañas y proezas amoratorias protagonizadas por nuestro Galán, donde no faltaban nombres de afamadas cortesanas que habían sucumbido a los encantos de tan apuesto juglar. En Soltada era la primera vez que tenían nuevas de tan corrido personaje.

Con la excusa de la elección de sedas, las mujeres soltadenses pasaban largas horas de charla con las

mercaderas. Ora escuchaban como Galán había conseguido burlar todas las guardias hasta colarse en los aposentos de la mismísima reina de Castilla; ora sufrían con las historias de maridos celosos que, encabritados por el peso de unos cuernos no deseados, se hacían a la noche y a los bosques en busca de un galán tocado con barretina colorada cuya única defensa consistía en esconderse en los lechos más inesperados, aún a sabiendas de que con ello incrementaba el número de personas que mal le querían; ora se acercaban, cual despiste, a la taberna donde Galán solía empapar su garganta para que no se secase y se encontrara siempre presto para el canto, con el único objetivo de curiosear un solo instante para luego cerrar los ojos y retener para siempre la imagen del ínclito Galán de Douvergier.

El halo de admiración que conllevaba la figura de Galán era, sin duda, creado y alimentado por aquellas mercaderas que conseguían, con la narración de historias que a su vez habían escuchado de Dios sabe qué otras mercaderas, acaparar la atención de la mayoría de mujeres, casadas o no, de las villas que visitaban, creando así un entorno de posibles clientes que pululaban a todas horas alrededor de unas sedas que más mal que bien iban vendiendo en cuántos sitios paraban para tales menesteres. A su vez, las leyendas que se iban narrando permitían que muchas incautas quedaran rendidas al simple nombre de Galán de Douvergier, lo que le conllevaba al juglar pan, vino, abrigo, y lecho caliente las más de las noches.

Contaba el historiador Indalecio E Punto Ramírez, en su libro, que en los atardeceres Galán acostumbraba a afinar su viejo laúd y, recorriendo lento y parsimonioso las estrechas calles de la villa de Soltada, iba cantando y contando, alternativamente, historias de amores y de

guerras, de amores y de batallas, de amores y desengaños, de amores y de traiciones... de la vida en suma.

Al igual que mis exámenes de carrera, el despliegue de mercaderías en la Plaza Mayor de Soltada, apenas duraba un mes. Unos días antes de la tal retirada y posterior marcha hacia otras villas, un representante del rey acostumbraba a invitar, a todos cuantos mercaderes así lo quisieran, a presentarse ante la reina en el mismo castillo real. Allí le eran ofrecidas a la alteza, todas las variedades de sedas que los mercaderes portaban, y allí mismo se cerraban los pedidos que eran servidos a los reyes de Soltada.

Aquel año, la reina María, al parecer bastante aburrida de sus pobres quehaceres en la cotidianeidad de las cosas de palacio, decidió que se preparara una comitiva real para visitar ella misma los tenderetes de sedas. Y la tal cosa se hizo como ella ordenó. Y quiso la diosa Fortuna que la primera seda que ella vio al descender del carruaje en la misma plaza Mayor, fue la seda que forraba la capa de Galán. Y el primer color que la magna señora distinguió aquella tarde, fue el verde de los ojos de un juglar que la saludaba con una sencilla, pero elegante, reverencia.

Al rato, una menina de la reina se encontraba ya infiltrada entre los tenderos (más bien entre las tenderas), recabando información sobre un chico nuevo entre los trashumantes, que llevaba un laúd a su espalda y que iba tocado con un extraño sombrero rojo.



GABRIEL FRAU GOMILA.



Capítulo 3.

Tenía el rey Roberto un hermanastro.

Según el historiador Indalecio E Punto Ramírez, el padre del rey Roberto, Celso como todos sabemos, había tenido antes de casarse algún desliz puntual con distintas cortesanas de más o menos buen ver, deslices a los que obligado iba por mandato de su padre que fue quien primero percibió el carácter homosexual de su hijo Celso. Uno de estos deslices llamábase Pedro. Y este desliz decidió hacer valer su condición de hijo bastardo del rey para acercarse a su padre y reclamarle, mediante el nombramiento de comandante en jefe de las tropas de Soltada, los derechos que según él le asistían.

Se le conoció como Pedro el Matasiete, por su bravuconería y fanfarronería, pero todo el mundo acostumbraba a mirar al suelo cuando él pasaba. Se contaba de él que con anterioridad a los hechos que nos van a ocupar en esta histórica novela, había estado sirviendo en las tropas francesas a la orden del rey Luís IX de Francia (durante un período que él mismo denominó de instrucción y aprendizaje para quien dirige las valientes tropas del reino de Soltada), y que estaba curtido en múltiples batallas habidas en una Cruzada por

tierras egipcias. Se preciaba el Matasiete de haber luchado él sólo contra once aguerridos musulmanes (hasta tierras cristianas habían llegado nuevas de la bravura de las hordas del sultán Al-Kamil), y no haber parado de repartir mandobles hasta asegurarse de que no quedaba ni un solo halo de vida en ninguno de aquellos once desdichados. Sin embargo, todo el mundo sabía que no habían sido once. A lo sumo ocho o nueve.

Pese a la larga explicación que del presentado personaje hace Indalecio E Punto Ramírez en su trabajo “Soltada, la desaparición de un estado”, consideraba el vejete del clavel que Pedro el Matasiete no era en realidad hijo del rey Celso. Por tanto, mal podía ser hermanastro del rey Roberto. La explicación a esta teoría carece, a todas luces, de documentación, pero no está desprovista de una cierta lógica, pues al ser como era, el rey Celso, amante de los placeres de la carne del mismo género, y teniendo en cuenta que al parecer se comentaba, entre las malas lenguas de aquel tiempo, que el rey Celso autorizaba la entrada en Palacio al amante de su esposa la reina y, con ello, se alimentaba la creencia de la ilegitimidad de nuestro rey Roberto, la aparición de un hijo bastardo del rey Celso le sirvió a éste como un bálsamo que calmaría las viperinas lenguas que no se cansaban de tacharlo de maricón.

Recuerdo cómo el viejo del clavel se sonrió al comentarle que parecía cuando menos curioso el hecho de que siempre tuviera alguna teoría para rebatir todas aquellas cuantas aparecían en el librito de Soltada. Me comentó algo así como que la historia no es de la forma en que los historiadores quieren que sea, que la historia es sólo una, pero que cada uno la cuenta a su manera, ya que, según desprendí de un elocuente discurso que en mi honor improvisó, “los hechos jamás podrán ser puros,

porque el mundo no posee una estructura matemática, por ello el atenerse sólo a los hechos no deja de ser una creencia ideologizada más; los hechos son formados y transformados constantemente por las palabras, y son precisamente algunas de estas palabras las que intentan manipular, vilipendiar y burlar nuestra propia historia e inteligencia; intentan desesperadamente transformar esos hechos en otros, recrear una infame fábula en la que los de siempre salgan airosos”. Así, si Indalecio E Punto Ramírez sintió predilección y aún inclinación por alguno de los reyes que biografó en su libro (no consta en sitio alguno que escribiera otro), este rey sería, sin duda alguna, el más alardeado, alabado, vanagloriado, pavoneado y relamido de todos cuantos se detallan en el librito.

-Así, amigo mío –me espetaba el viejo- se va modificando la historia y nos llega a nuestro conocimiento. Jamás podremos saber la auténtica verdad que esconden todos los libros de historia, pero siempre podremos relatar una historia... ya pasada.

Con todo ello pretendo decir que, bajo la intención de que nadie me tache de manipulador, detallo la historia que estoy narrando tal y como llegó a mi conocimiento. Jamás podré saber si Pedro el Matasiete era en realidad hijo bastardo del ya abdicado rey Celso, o si, por el contrario, era un simple y aprovechado vividor que se benefició de la situación mentada para conseguir los favores reales. Tal cosa, evidentemente, tenía su mérito, pues no consta que en Soltada existiera, como en la actualidad, ningún tipo de especulaciones rosas, tales como exclusivas, apariciones en medios públicos y otras tantas que tienen cabida en nuestros días.

Pedro el Matasiete se convirtió en un peculiar personaje de la época. Se comentaba en los entornos que

la mayoría de cortesanas mercedoras, y aun las casadas, suspiraban por aquel caballero alto y distinguido que diariamente pasaba revista a la guardia real, tocado siempre con las insignias y distintivos del apellido Clavel, y con una elegancia no propia de los habitualmente rudos y groseros caballeros de Soltada. Sin embargo, el personaje cambiaba de forma sustancial una vez oscurecía el día: su montura se convertía en un tosco banco de madera y sus elegantes vestimentas se transformaban en humildes harapos. Si de día se rodeaba de fornidos caballeros, de noche se acompañaba de gentes de dudosísima procedencia. El alcohol pasaba a ser su señor, y sus efectos mitigaban un dolor arrastrado por la pérdida de una mujer. Las fiebres le habían arrebatado al único ser que amó en su vida. A pesar de ello, al clarear el día y con el cambio de guardia, el comandante en jefe volvía a engalanar con su presencia las tropas de Soltada.

No era habitual que Pedro el Matasiete se inmiscuyera en las cuestiones de Estado. A excepción de los encuentros que por recepciones o protocolos de la época hacían coincidir a éste con el rey Roberto, en muy escasas ocasiones ambos deliberaban juntos. El ya más que anciano Benito de Másér seguía siendo el lugarteniente y hombre de confianza del rey, y cuando Roberto coincidía con el Matasiete sus escasas palabras versaban sobre nimiedades de igual forma que hoy hablamos del tiempo cuando nos encontramos con un vecino en el ascensor. Sin embargo, aquella tarde, Pedro el Matasiete delegó en uno de sus adjuntos sus funciones militares y pidió audiencia real en la Corte.

-Hermano Pedro –le recibió el rey Roberto frente a unas grandes copas de vino que el militar rechazó educadamente-, imagino que no será mucho suponer que

la cuestión que os ha traído hasta mí estará recubierta de una gran importancia.

-Imagináis bien, mi Señor. El tema del que quiero tratar con vos creo que debe ser expuesto en este momento para que tengáis a bien considerarlo en los próximos días y podáis darle merecido tratamiento. Si me permitís, empezaré hablándoos de dos nuevos caballeros que llevan unas semanas entre nuestros soldados.

-Yo mismo mandé que fuera bordado el escudo real en sus capas. ¿Ha producido algún problema su incorporación a nuestras tropas? ¿Acaso han sido objeto de burlas o de algún tipo de vilipendio por parte de nuestros brutos, pese a que valientes, caballeros?

-Más bien al contrario, mi Señor. Las nuevas que ambos caballeros han traído de sus servicios para el emperador Federico II han puesto de manifiesto, entre nuestras tropas, la inexistencia por parte de nuestros caballeros de historias y anécdotas que contar sobre batallas y enfrentamientos. Ambos caballeros portan en un solo brazo más heridas de guerra que todos nuestros soldados juntos soñar pudieran. Curtidos en la reciente lucha germana contra la liga lombarda, sus historias constituyen un profundo malestar entre los nuestros.

-Cuando ambos, hermano Pedro, éramos chicos, ya corrían rumores sobre este malestar del que habláis. ¿Es ahora la situación muy delicada?

-Insostenible. Deberíais ir a la guerra, mi Señor.

El rey dudó unos instantes antes de soltar una sonora carcajada que ahogó con un largo trago de vino. La noche anterior, en una de las frecuentes charlas con el obispo de Soltada, monseñor Basilio, éste ya le había advertido, por enésima vez, de la imperiosa necesidad de levantarse en armas contra algún enemigo vecino, bajo el riesgo de empezar a ganarse las antipatías del papado.

Gregorio IX jamás vio con buenos ojos la exasperante calma que se respiraba en Soltada. Según Su Santidad, era deber de todo estado cristiano levantarse en armas contra las causas que mal querían a la religión católica. Ya en tiempos del rey Celso, el Papa Inocencio III había planteado a la curia cardenalicia vaticana la necesidad de exponer al reino de Soltada una elección que versaba en el clásico enunciado: o contigo o contra ti. Amenaza que hubiera supuesto, sin duda alguna, una durísima prueba de fuego para Celso el Caguetas. Sin embargo, sus tropas jamás fueron llamadas a filas: la preocupación que al Papa prodújole la Cruzada que él mismo declaró en el sur de Francia, en el condado de Toulouse, contra los albigenses (quienes sostenían y practicaban doctrinas heréticas) al no poder controlar la herejía que de ello derivó, hicieron que aspectos menores como el de Soltada quedaran en un segundo plano. Sin embargo, al entronarse Papa Gregorio IX, éste debió acordarse de los asuntos ventilados cuando, siendo él cardenal, su tío el Papa Inocencio III tales menesteres hacía, y mandó recado explícito para la diócesis de Soltada: sus tropas debían engrosar en breve el cuerpo militar cristiano para una nueva Cruzada, y para lo cual se les instaba a que empezaran a preparar a sus soldados levantándose en armas contra algún enemigo.

Nuestro rey Roberto le explicó entonces a Pedro el Matasiete la preocupación del Papado y la insistencia constante del obispo Basilio en cuanto a este tema, para, a continuación, confesarle la charla matrimonial que hacía ya varios días había mantenido con su esposa la reina María en los mismos aposentos reales y que versaba precisamente en aquella idea expuesta: la necesidad de ir a la guerra.

-Mi Señor, no debéis olvidar que vuestra esposa, y Señora mía, ha sido preparada para aconsejaros sobre todo aquello en lo que vos, quizás por la gran cantidad de asuntos que debéis tratar, podáis fallar en un momento determinado.

-Nuestro padre, hermano Pedro, pretendió, en su momento, organizar torneos entre los valientes soldados para que éstos pudieran demostrar su valor. Tales actos de justa me parecen bien, y gozan pues de mi consentimiento para su celebración.

-Debéis tener en cuenta varios detalles – puntualizó un desalentado Matasiete- que quizás aconsejen no celebrar estos torneos otrora sin duda beneficiosos. Nuestros soldados, mi Señor, no disponen de práctica alguna en los combates reales de cuerpo a cuerpo. Jamás ha surcado un solo reguero de sangre, por la piel de nuestras tropas, proveniente de arma enemiga. ¿No creéis que la presencia de caballeros extranjeros, más avezados en tales empresas, no sólo hará que las justas sean ganadas por forasteros sino que, además, alimentará el desánimo entre nuestras tropas?

-Hermano, es siempre preferible el desánimo y la decepción a la propia muerte. ¿Qué creéis que pasaría si mandamos a estos desentrenados caballeros a luchar contra otros mil veces más curtidos? Los torneos humillan. Las guerras... matan.

-Y enseñan a luchar, mi Señor, enseñan a luchar...



GABRIEL FRAU GOMILA.



Capítulo 4.



En la actualidad, la celebración de cualquier acto, por poco importante que sea, puede darse a conocer en cualquier parte del mundo en brevísimos instantes, pero en tiempos de Roberto Clavel la publicidad debía realizarse mediante unos procedimientos rudimentarios propios de la Europa de aquel momento. Nuestro rey ordenó, de manera resuelta, que se celebraran los primeros torneos de justas del reino de Soltada, cosa que provocó entre sus gentes gran revuelo y agitación, llegando a tal magnitud, que nunca antes sucedido alguno había acaparado, como lo hizo éste, la totalidad de la vida soltadense. Las gentes del minúsculo estado de Soltada se encontraban tan excitadas ante las nuevas que llegaban de Palacio, que no era otro el tema de conversación durante todo el día.

Por los citados motivos de otorgar publicidad a la noticia, el rey Roberto dispuso fecha de inicio del torneo a seis meses vista, dadas las enormes dificultades que los correos reales encontraban para atravesar los picos montañosos que rodeaban Soltada. Era preciso que la noticia se extendiera con la mayor celeridad posible a los condados y reinos colindantes para, a su vez, extenderse

a otros condados y otros reinos colindantes con los primeros.

Aprovechando las últimas jornadas de estancia de los mercaderes de sedas, por orden real, los pregoneros detallaron a los comerciantes, con todo lujo de detalles, las disposiciones de Palacio para con los juegos medievales, con el fin de que dichos mercaderes trasladaran la tal noticia a todos cuantos sitios visitaren en semanas venideras. Sabedores como eran, los mercantes, de la extrema tranquilidad que se respiraba siempre en Soltada, acogieron con agrado la noticia, los unos pensando que el hecho debería otorgar prosperidad al reino y con ello verían incrementadas las ventas en la próxima visita; las otras madurando las historias y chismes que iban a narrar en la siguiente ciudad, siempre en vistas de sorprender al interlocutor, y ¿qué mayor sorpresa que poder contar al fin nuevas del reino de Soltada?

Para mayor regocijo de las mercaderas, el último día, y casi en un suspiro, la mismísima reina acercase a los tenderetes expuestos en la plaza mayor, pues quería compartir con los comerciantes que ya plegaban, la última noticia recién salida de Palacio: junto a los torneos de justas la propia reina había decidido organizar unos juegos florales a imagen de los que se hacían en la antigua Roma en memoria y honor de la diosa Flora.

Explicaba el erudito Indalecio E Punto Ramírez que aquellos juegos florales nada tenían que ver con los que todos conocemos y que tanta fuerza adquirieron en Cataluña y Baleares impulsados por el nacionalismo romántico y encaminados a restablecer la normalidad en el uso literario de la lengua (catalana, en este caso). Los juegos propuestos por la reina María apenas significaron el concurso de varios juglares y recitadores de versos.

Según la mitología romana, Flora era la diosa de las flores y del tiempo primaveral, y se la honraba en la antigua Roma con espectáculos lujuriosos a la vez que se la representaba como una hermosa doncella adornada con una corona de flores. Bien mirado, no existe mejor homenaje para una doncella que un espectáculo lujurioso. Tales fiestas influyeron en la decisión de la reina en el momento en que decidió el tema sobre el que versarían las poesías y canciones de aquellos juegos florales: del amor y sus placeres.

Pronto Soltada estuvo preparada para su gran semana.

Queda entendido, desde un primer momento, que los premios que se otorgaban a los caballeros que bravamente luchaban con las armas de aquel entonces, a saber: hachas, picas, lanzas, espadas de doble filo, etc., no suponían, como pretenden hacernos creer multitud de películas o escritos literarios, otorgar el derecho a casarse con la heredera del trono o con la princesita soltera con o sin compromiso. El único heredero al reino de Soltada, en aquellos momentos, era Pedro el Matasiete, supuesto hermano del rey en el trono, y no consta en la historia que caballero alguno aceptara batirse en armas para conquistar su mano.

Las retribuciones, premios, trofeos y demás compensaciones atribuibles a los caballeros, se pagaban en monedas de oro y plata, además de facilitarles posada y proveerles de viandas y otros sustentos. Todo ello suponía un desembolso importante que atentaba seriamente contra las arcas de la corte soltadense. Ante esta eventualidad, y durante unos meses de forma provisional, decidió el monarca Roberto decretar un importante incremento aplicable a los impuestos que mediante tributos gravaba a los habitantes del reino. Al

igual decretó para las alcabalas, impuesto que se aplicaba a las transacciones económicas, de reciente implantación entre los gremios. Tal medida no gozó del apoyo popular ni aun de los comerciantes y artesanos de Soltada.

Renato el Fraguas, herrero de origen italiano, pronto se dio cuenta de la importancia que para su negocio iban a tener estos torneos. Como primera medida decidiose a incorporar dos aprendices más a su servicio, a quienes inició en el oficio enseñándoles a realizar herraduras y pequeñas piezas defensivas para las monturas. De las defensas más grandes y armaduras de los caballos, y aun de los caballeros, se ocupaba él mismo. En verdad, Renato había trabajado poco las protecciones de guerra. Nacido en Roma, según explicó el viejo del clavel, el Fraguas se había iniciado en el oficio de herrero entrando de aprendiz bajo las órdenes del maestro herrero que trabajaba en la construcción del hospital de la Orden del Espíritu Santo, en la misma Roma. Unos clavos defectuosos, fraguados por el propio Renato, fueron los causantes de la caída de un andamio, donde fallecieron dos trabajadores y un tercero resultó tuerto a consecuencia del accidente. Tales hechos resultaron fatales para nuestro herrero, pues tuvo que emigrar de Roma hacia el norte fraguando, esta vez, su vida. Con el tiempo entró a trabajar de oficial herrero en las obras de la Catedral de Magdeburgo, en Alemania, donde la inutilidad de las herraduras que había forjado para los caballos de carga ocasionó un fatal accidente de carreta. El caballo resbaló en una pendiente adoquinada y la carreta, donde se transportaban grandes bloques de mármol para la catedral, arrolló en su caída a cinco trabajadores y un capataz. Uno de ellos murió días después a consecuencia de las heridas. Emigrado por tal

causa a España, Renato, con una dilatada trayectoria en herrería de construcción, no en vano le precedía su experiencia en la edificación de los citados hospital del Espíritu Santo y de la Catedral de Magdeburgo, amén de la Catedral de Saint Ived, en Braisne, Francia, donde según él también trabajó (hoy en día sigue siendo costumbre la de engordar los currículums), pudo conseguir trabajo como maestro herrero en los inicios de la construcción de la nueva Catedral de Burgos, que debía sustituir a la antigua catedral románica. El obispo Mauricio, mecenas de la obra, mandó unos trabajos caseros en el obispado a nuestro herrero, unas barreras con punta de lanza que resbalaron en su transporte y aplastaron con su peso uno de los mastines del obispo. Contrariado, el obispo propuso la excomunión de Renato, quien abandonó tierras hispanas prometiéndose a sí mismo que jamás volvería a pisar una obra. En su peregrinación por la casi totalidad de la Europa occidental, Renato tuvo que trabajar en multitud de oficios, y a punto estuvo de embarcarse en una galera veneciana que hacía ruta por el Mediterráneo, hasta que recaló, casi de casualidad, en la villa de Soltada, donde instauró un negocio para satisfacer las demandas de los campesinos y de las gentes de paso, y se especializó en fabricar y aun en restaurar, los timones y rejas de los arados de los primeros, y en calzar los caballos de los segundos.

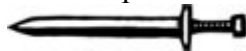
Renato era uno más de los artesanos que hallábanse establecidos en la villa de Soltada, pero fue el primero de todos ellos que perfiló una estrategia comercial a la espera de los acontecimientos que la villa iba a albergar en unos meses. No obstante, su ejemplo se expandió entre el resto de artesanos y comerciantes de Soltada. Así, pronto empezaron a llegar gentes de

pueblos vecinos, las más de ellas en busca de algún empleo, pues la mayoría de artesanos y profesionales había colgado el cartel que rezaba buscarse empleados. Algunos llegaban desde lejos con mercaderías dispares prestos a colocarlas al mejor postor. Marchantes, negociantes, vendedores y revendedores, intermediarios, charlatanes y aún lenguaraces, voceros y facundos, empezaron a morar los alrededores de Soltada, utilizando para tal efecto todo tipo de tiendas y otros ingenios y armatostes que les resguardaran de la lluvia y el mal tiempo, así como de las alimañas (animales o humanas) que por ahí rondaban.

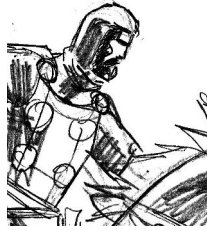
En su trabajo “Soltada, la desaparición de un estado”, Indalecio E Punto Ramírez daba prácticamente por hecho que al lector no había que explicarle minuciosamente cuáles fueron los cambios acaecidos en Europa entre los siglos XI y XIV, y Soltada no fue en absoluto la excepción. Sin embargo, posiblemente en el caso de nuestro reino, la realidad era distinta a la del resto de un continente cuya expansión territorial, las innovaciones en la agricultura y el desarrollo de las ciudades y el comercio trajeron consigo una rápida transformación económica del mismo. Los cambios de disponibilidad y consumo de bienes materiales y de distribución demográfica alteraron radicalmente las relaciones sociales y la organización política en Europa. Estos cambios dieron origen a clases nuevas y más independientes que competían entre sí y se equilibraban de forma que ninguno de estos grupos llegase a ostentar el poder absoluto. Las migraciones y la expansión de fronteras, la apertura a nuevas culturas y civilizaciones en suma, supusieron para Europa una expansión a la vez de las nuevas tendencias económicas, así como de los

avances de toda índole, tales como las nuevas técnicas agrícolas para aumentar la producción de alimentos, las nuevas herramientas y artilugios de uno u otro oficio (molinos de viento, norias para moler el grano...), etc.

Así, mientras en Europa se avanzaba a pasos agigantados hacia el futuro, Soltada habíase estancado en sus costumbres debido a la escasez de apertura hacia otros pueblos y ciudades. Por ello, todos aquellos extranjeros que decidieron buscar fortuna o probar suerte en Soltada, aprovechando el tirón de los torneos de justas, de los juegos florales y de todo aquel jubileo que se estaba tramando, cambiaron de manera brusca la tranquilidad y la paz habitual de las humildes gentes de un reino que iba asimilando multitud y variedad de preparativos. Desde la Corte la preocupación estribaba en ofrecer una imagen digna de aquel estado, de sus gentes, de sus gobernantes, de su ejército... El rey Roberto empezó a decretar las primeras medidas que él calificó como dignificantes de Soltada: las calles y plazas de la villa debían mantenerse limpias y relucientes; los chiringuitos y tenderetes que los soltadenses quisieran establecer para surtir de viandas, dulces, brebajes (excepto los que llevaran alcohol) y otros útiles de distinta índole, sólo podían montarse en las plazas y previo permiso (con su correspondiente pago de impuestos) del alguacil municipal; alcoholes, vinos y licores sólo podían venderse en las tabernas; los borrachos serían inmediatamente apartados de las calles para pasar la noche (y algunos días si fuera necesario) en las mazmorras reales; los caballeros del ejército de Soltada debían llevar bien visibles los emblemas reales, y serían altamente recompensados aquellos que se alzaran vencedores en alguna de las pruebas del torneo.



GABRIEL FRAU GOMILA.



Capítulo 5.

- ¡Galán de Douvergier!

-Por tal me tengo, señor. ¿Por qué me andáis buscando?

-Daros por preso en nombre del Rey –informó el alguacil al tiempo que dos fornidos guardias apresurábanse en atarle las manos a un sorprendido Galán. De todos era sabido que durante su breve estancia en Soltada algunos maridos habíanse visto incrementado el espacio craneal por unos incipientes cuernos (-más grandes los llevan los vikingos –solía regodearse el propio Galán), pero ello no suponía motivo para ser arrestado y encerrado en los fríos y húmedos calabozos reales.

Galán fue apresado. Había decidido no seguir trashumando junto a los mercaderes de sedas, y establecerse durante un tiempo en Soltada. En su decisión había pesado, sin duda, el hecho de que el torneo medieval y los juegos florales que iban a llevarse a cabo traerían prosperidad al reino y a sus gentes, y él vivía del favor de las mismas.

Dos días estuvo encerrado el trovador en una lúgubre y triste celda antes de que tuviera nuevas sobre

su apresamiento. Al tercer día entró en la celda una persona cubierta con sayo marrón a modo de fraile, con la caperuza cubriéndole la cara para no delatar su identidad. Al instante habló, y con ello evidenció tratarse de una mujer.

-Decid, Galán, ¿os han tratado correctamente en vuestro encierro?

-Si os referís, señora, al trato humano, no tengo queja, nadie se ha preocupado por este servidor de Dios y de los hombres, a no ser para obsequiarme con viandas y vino que sospecho no es el menú habitual de la gente presa. Si os referís, señora, al trato de espíritu, debo confesar que nadie ha tenido a bien hablar conmigo tan siquiera para revelarme la causa de éste mi encierro en prisión.

-Fuisteis apresado por orden mía, Galán –confesó la dama a quien acababan de acercarle una suerte de silla para que no restara de pie.

-¿Debo entender, entonces, que en algo he ofendido a vuestra merced, señora?

-Os amo Galán, os amo desde el primer instante en que os vi chascarrilleando entre las mercaderas de sedas.

Avezado a tales y sentimentales ocasiones, y en un alarde de templanza, Galán puso en activo su maquinaria de artimañas, seducciones y añagazas que de tantos apuros le había sacado en más de una ocasión.

-¿A quién tengo el honor, señora, y quizás el placer, de haber enamorado? –Galán enfatizaba en su parlamento, cual si estuviere actuando en plena representación teatral.

-Mi identidad no puedo revelaros –confesó la mujer- al menos no por ahora.

-Decidme quién sois, señora, antes de que yo os confiese mi secreto mejor guardado y al que culpo de haberme retenido en esta villa y entre sus gentes. – Supuso Galán que estaba tratando con señora de alto copete, y no había mejor secreto para inventar que el confesar estar prendado de alguna dama inaccesible, cortesana sin duda, y quizás casada e incluso pariente de la misma familia real.

-Mi situación en la Corte me sugiere prudencia, Galán, pese a que mi corazón me impulsa a amaros de forma obsesiva.

-¿Sólo con verme me amáis como decís?

-Con veros y con escuchar atentamente cuantas leyendas amorosas habéis escrito hasta la fecha, con veros y con seducirme escuchando, de boca de mis meninas, las letras de vuestros versos, de vuestras estrofas, de vuestras canciones. Letras que no quiero más que para mí.

Meninas. La enigmática dama había hablado de sus meninas. El de Douvergier sabía perfectamente que las meninas de palacio en Castilla eran jóvenes y nobles damas que sólo servían a reina o a infanta. Si Soltada, como sabemos, no tenía infantas, el trovador consideró que no era en demasía aventurado el sospechar que tras el hábito se escondía la mismísima María de Minarete, reina de Soltada. Sin embargo, en el reino de Portugal, menina significaba, sencillamente, niña. ¿Qué acepción tendría en Soltada la palabra menina?

Consideró, nuestro singular personaje, que no tratábase aquel de momento adecuado para indagar más sobre la identidad de la visita, y quiso desviar el tema hacia donde realmente le interesaba.

-Y decidme, noble dama y señora mía, amando como decís amar a este desventurado y deplorable

trovador de futuro incierto, servidor por siempre suyo, ¿consentís en tenerme encerrado en celda tan desoladora e inhóspita como es esta?

-He de hacer que vuestro cautiverio se convierta en placentera estancia, en apacible hospedaje, en confortable guarida, en nido donde podáis abrazar las musas de la inspiración, porque quiero que en adelante vuestros versos sean todos para mí, vuestras estrofas enlacen sólo con mi vida, vuestros poemas tengan el nombre de esta mujer que os ama...

-Y sepa yo al fin este nombre, señora mía.

-A su tiempo, Galán, a su tiempo. -Susurró de manera insinuante aquella misteriosa dama, al instante que se levantaba dando por terminada la entrevista. Sin embargo, Galán no podía permitir que se le encerrara de nuevo privándole de una libertad que era lo único que tenía.

-Mas, señora, yo no sé glosar si no es en los parajes verdes. Mis versos carecerían de lucidez si contemplar no pudiera la luz del sol, la luz de la enigmática luna, la luz de los ojos que me tienen cautivado... -La dama giró sobre sus pasos para encararse con Galán, y un breve destello furioso dejó apenas entrever entre sombras sus pupilas.

-Decidme quién es la dueña de vuestros ojos, pues mandaré su destierro al instante para que gozar de ella no podáis, Galán. Si éstos vuestros ojos, míos ya, no pueden más verla, el olvido de vuestra alma será menos doloroso.

Y, en un alarde de sangre fría (más bien de situaciones ya vividas, de lesiones curtidas), el de Douvergier decidió jugárselo todo a una carta, pues los indicios que descubrió le guiaban en un solo sentido y acabaron por convencerle: si la tal dama podía mandar destierro, mucho poder tenía en la Corte.

-Amo a la reina, noble dama y señora mía. Supongo que no sería de conveniencia pensar destierro para ella.

En cierta ocasión, el vejete del clavel me narró unas curiosas y divertidas aventuras que le habían sucedido en su juventud. Siendo, como era, uno de los mayores conocedores de la historia de Soltada, decidió conocer in situ el legado de los soltadenses. El pequeño estado de nuestro rey Roberto se encuentra en la actualidad integrado entre Alemania y Francia, y no quedan más que unos tristes y ruinosos restos que recuerdan vagamente la forma de un castillo. La villa de Soltada, con el paso del tiempo, ha quedado reducida a dos casonas muy cuidadas, siempre según el viejo, cuyos habitantes, altamente hospitalarios, apenas conocen la existencia, siglos ha, de aquel pequeño estado medieval. Curiosamente, el apellido de una de estas dos familias, Portello, proviene de tierras italianas, y según contaban sus abuelos, la presencia de Portello en aquellas tierras se remontaba al siglo XIII, cuando un italiano establecido fue investido caballero por orden del rey, y le fueron asignados unos pequeños terrenos donde se encuentran en la actualidad estas dos casonas. No me cabe la menor duda que este villano convertido en caballero no es otro que el herrero de la villa de Soltada: Renato el Fraguas.

Una de las obsesiones del rey Roberto ante el gran evento que se estaba organizando, era la de que algún caballero local pudiera alzarse con la victoria en alguna de las competiciones. Vistas, por parte del rey, una y cien veces las evoluciones de los caballeros soltadenses, las expectativas de poder ganar una prueba eran a todas luces desoladoras. Los caballeros de los que hablaba un par de

capítulos antes, los que llegaron recién acabados de servir al emperador Federico II, y quienes fueron los primeros en los que el rey depositó su confianza para las vicisitudes del torneo (no en vano llegaron precedidos de sus múltiples hazañas en combate), al punto quedaron descartados: siendo como eran de natural pendenciero, provocador y camorrista, fueron pronto más conocidos entre los calaveras y tarambanas de la noche que entre los propios caballeros, y se ganaron tal simpatía entre los habituales de timbas y apuestas nocturnas que un ajuste de cuentas (se contaba que a traición) los llevó de visita al otro mundo.

Una tarde en la que el rey Roberto paseaba por las caballerizas reales, no pudo menos que fijarse en aquel hombre musculoso, de apariencia más fuerte que cualquiera de los caballeros que servían Soltada. Estaba Renato el Fraguas descargando una partida de herraduras para las monturas reales cuando fue requerido por Su Majestad e interrogado sobre sus supuestas gestas caballerescas o, en su caso, peleas traperas con otros hombres.

-Nunca intervine en pelea alguna, mi Señor. Cientos han sido las espadas, picas, lanzas y aun escudos y armaduras los que he fraguado y bruñido en mi vida, pero nunca blandí metal contra nadie.

-Siempre existe una primera vez, herrero – sentenció el rey Roberto.- Estoy convencido de que nuestros experimentados maestros en el oficio de las armas, conseguirán de ti un digno representante de nuestra querida Soltada.

-Majestad –protestó cortésmente el italiano-, soy villano, las artes de la caballería son del todo desconocidas por mí. Mi oficio es el de herrero, y sin mi trabajo vuestras tropas deberán luchar con espadas

torcidas y oxidadas, con lanzas desafiladas y con armaduras abolladas por los golpes y embistes de los contrarios.

-Vuestros aprendices pronto serán ascendidos a oficiales, y ellos se encargarán de estos trabajos. Vos seréis vestido caballero tan pronto aprendáis a blandir una espada.

Y así fue. O más bien, casi. Renato jamás aprendió las artes de la espada, ni del hacha, ni aun de la pica o de la lanza. Al ser un villano entre caballeros, recibió en sus inicios como soldado todo tipo de burlas, chanzas y befas. Las novatadas las soportaba un día sí y al siguiente también. Fue ridiculizado, escarnecido, hostigado y a punto estuvo de ser deshonorado. Aquello que en un principio consideró el italiano como pago por su paso de villano a caballero, pronto se convirtió en un verdadero martirio para él.

Sin embargo, en noche de taberna, entre burlas y bromas, fue invitado a participar en una de las diversiones de las que se servía la tropa para mitigar las largas vigilias (amén del alcohol, las chicas fáciles y los duelos a navaja): el tuercebrazos, también conocido en tierras hispanas como pulso. Realmente se trataba de una prueba de fuerza física (aún hoy se practica, al menos en el pueblo donde nació) y normalmente el vencido pagaba la ronda de bebidas, siempre alcohólicas. Fue así cuando Renato empezó a ganarse el aprecio del resto de soldados: nunca fue vencido por nadie en el envite de torcer brazos. Las apuestas fueron ganando renombre noche tras noche, y siempre perdía quien no apostaba por Renato el Fraguas, el villano que fue nombrado caballero tan pronto como el rey Roberto decretó el tuercebrazos como una de las más prestigiosas pruebas de las que

constarían los torneos que iban a celebrarse, tan seguro estaba de la victoria del italiano en la misma.





Capítulo 6.

Aquí se puede fumar, y que sea lo que Dios

quiera. De tal manera rezaba el simpático cartelito que, a modo de anuncio y con el dibujo de un humeante cigarrillo, había sido colgado en una de las columnas de un conocido bar donde me estaba tomando un reconfortante café con leche. Había entrado en él para no seguir calándome con el agua que estaba cayendo a primeras horas de la mañana en el centro de la ciudad de Palma. Nadie podía prever que estaría lloviendo en aquellos momentos, sólo el hombre del tiempo lo había anunciado.

Contemplé durante unos instantes la curiosa forma de agachar la cabeza que tiene la gente que no lleva paraguas. Nunca he creído que más abajo llueva menos. Terminé mi consumición y, cuando me disponía a marchar, entró en el bar un viejo conocido de mis memorables días de Instituto y mis olvidables noches de juerga. Enseguida me reconoció y vino a darme un abrazo.

Le llamábamos Juanito Caraolla, por la redondez de su cara y por las prominentes orejas que en forma de

asa se erguían casi en el mismo sitio donde suelen estar todas las orejas. Juanito era un fenómeno, un personaje que a casi todo el mundo le cae mal pero del que nadie rehúye su compañía cuando lo encuentra. Siempre estaba alegre, era como una especie de buen humor reencarnado en ser humano, un torbellino de alegría y, al menos para mí, de buenas sensaciones.

Estuvimos charlando un rato. Me explicó que trabajaba en una empresa de decoración, que se había comprado un apartamento cerca de s'Escorxador, y que un tal Ortega le había vendido un viejo Sierra Cosworth que pensaba restaurar y preparar para correr el Campeonato de España de Montaña. Siempre le apasionaron los coches. Hace ya muchos años, formamos juntos una escudería de coches de Scalextric. Nunca participamos en ninguna prueba, pero en el desván de mi casa todavía quedan restos de aquella aventura.

Nos despedimos con un intercambio de tarjetas y con el usual “nos llamamos”.

Pagué la consumición y me despedí con una sonrisa de la bella rubia que junto al eficiente camarero mantenían a flote, contra viento y hacienda, el duro negocio. La calle Jesús, en su intersección con las Avingudes, era un constante ir y venir de coches y otros vehículos. Parece ser que los habitantes de Palma utilizan sólo los transportes públicos cuando tienen el vehículo propio en el taller, y tal afirmación es entendida debido fundamentalmente a dos motivos: la pésima calidad del mencionado servicio y el hecho de que los autobuses de la EMT (y muchísimo más en los meses estivales) aglomeran tal masificación de turistas y estudiantes de bachiller en busca de playas, que no sólo resulta pesado para el viajante, sino incluso insalubre y altamente perjudicial para la vista si es usted caballero, pues la

generosidad en el vestir que distingue a las muchachas mallorquinas cuando se acerca el verano se contagia también a las cientos de miles de turistas que año tras año visitan la isla (aunque posiblemente en el caso de las extranjeras el hecho de vestir con cortas y escasas vestimentas se deba a la incomodidad que tiene que ocasionar una ropa más decente sobre los quemados cuerpos que resplandecen en la oscuridad cual brasa no apagada en la chimenea). Y si todos los palmesanos y palmesanas optan por circular en coche por la pequeña ciudad, no menos avispados son los habitantes de otros pueblos cercanos que se desplazan hasta la capital para trabajar, y hay que tener en cuenta que en Mallorca todos los pueblos son cercanos a Palma. Si a todos estos automóviles les sumamos los coches patrulla, las ambulancias, los coches de alquiler (esos que vienen de cinco en cinco o de diez en diez y que parecen hormiguitas siguiendo a la guía), los taxis, los coches de los turistas semi-residentes (los que aprenden a hablar castellano y un poquito de mallorquín, y que ya saben que sus congéneres guiris se desplazan en los autobuses), los Renault-19 de los buenobonitobarato, las furgonetas de reparto y las que no lo son, los servicios discrecionales, los de recogidas de basuras, limpieza de calles y mantenimiento de contenedores y otras hierbas, y los autobuses repletos de guiris y estudiantes de bachiller que se fullan de las clases del Ramón Llull, del Joan Alcover y semblantes, amén de las motos, motocicletas, vespas, vespinos, bicis, bicicletas, un par de sidecares y algún velomar despistado, nos encontramos con una ciudad intransitable donde, por lo pequeña, es aconsejable siempre y en todo momento circular a pie. O mejor, utilizar los transportes públicos. Y, lógicamente, si todos estos coches circularan, la ciudad de Palma se

convertiría poco menos que en una Barcelona en miniatura: atascos, retenciones, colas... Por ello, los palmesanos y los visitantes habituales de esta ciudad, quizás más avispados que los catalanes y los madrileños, optan por aparcar todos estos vehículos, pero parece ser que sólo lo consiguen unos cuantos privilegiados, que se pasean por las aceras con las llaves de su coche en la mano para que los demás ciudadanos sepan que ellos han conseguido aparcar, el resto sigue circulando con su vehículo por las angostas calles de Palma invocando a San Emilio Bendito, patrón de los aparcamientos.

Fue en el cabal instante en que me disponía a cruzar la calle cuando volví a ver de cerca el careto de Juanito Caraolla. Sin embargo, esta vez su expresión era distinta: acababa de ser atropellado precisamente por uno de estos automóviles que, presumiblemente, estaba buscando aparcamiento. Por fortuna fueron sólo unos rasguños y un par de dolorosos moratones, sin embargo me vi en la obligación de acompañarlo primero al hospital y después a su casa, el apartamento cerca de s'Escorxador. Fue justamente allí, en aquel pequeño cubículo, donde contemplé, absorto, una colección de libros sobre temas medievales realmente asombrosa. Se trataba de una estantería de unos dos metros de altura por tres de largo (que para más ya no daba la pared de aquella estancia), totalmente repleta de volúmenes a cuál más antiguo y descolorido. Juanito me explicó que era prácticamente la única herencia que había recibido de su padre, un marchante de antigüedades cuya única afición consistió en coleccionar libros que versaran sobre el medioevo.

En los días que siguieron al accidente las visitas de cortesía que yo realizaba a mi amigo Juanito fueron continuas. Informados de esta premisa, imagino que

algún avisado lector (o lectora, que de todo tenemos en la viña del Señor) habrá imaginado, de forma correcta, que mis intenciones con tales visitas no eran precisamente las de interesarme por el estado de mi amigo. Uno a uno fui ojeando todos los libros en busca, evidentemente, de alguna información, tan siquiera un mínimo detalle que mencionara el estado de Soltada. Mi búsqueda, como ustedes queridos lectores (o lectoras) habrán supuesto, resultó infructuosa.

Sin embargo, sí pude encontrar en un par de volúmenes de aquella extraordinaria colección de libros algunos datos relacionados con el condado de Brings, un territorio independiente, al igual que Soltada, pero que había jurado lealtad al emperador Federico II. Brings tenía por vecino, en su fuero norte, al poderoso estado de Sarre, que había sido incorporado al Imperio romano en el siglo I a.C. y que en el siglo X se convirtió en parte del Sacro Imperio romano-germano después de haber sido ocupado por los francos (a decir verdad, esta región ha sido incorporada a Francia en multitud de ocasiones a lo largo de la historia, aunque actualmente sea una región de la unificada Alemania). Por el sur, Brings lindaba con el estado de Soltada.

La proximidad geográfica entre ambas regiones fue determinante para los participantes en aquellos juegos medievales convocados por el rey Roberto Clavel: más de la mitad de los competidores eran del condado de Brings.

El pequeño reino se llenó de gente de toda condición, ya en las semanas anteriores al gran evento. Abundaron escuderos y asistentes de aquellos caballeros (andantes la mayoría, dudosos algunos de ellos) que decidieron participar en el torneo. Pero más abundó otra

condición de gentes: pequeños delincuentes, ex-convictos, aprendices de buscones, prostitutas varias, echadoras de cartas, algún bandolero, estafadores consumados, embaucadores... durante varias semanas Soltada se convirtió en una gran ciudad insertada en aforo pequeño.

Galán de Douvergier permaneció todavía unos días más en aquella sórdida mazmorra antes de ser trasladado a un lugar mucho más confortable. Se trataba de una de las estancias reales que los monarcas Roberto y María ostentaban en el interior de la catedral de Soltada. El anterior rey, Celso, a saber, había solicitado al obispado dos estancias (una para el rey, la otra para la reina) bajo el pretexto de que sirvieran para el recogimiento y la oración de la magna pareja. Ambas habitaciones se construyeron a la par que el Altar mayor, en la primera fase de construcción de la catedral de Soltada. Se trataba de dos salas contiguas, pequeñas una y otra, escasamente decoradas, que contaban como mobiliario con media docena de sillas, dos reclinatorios y un pequeño altar sin duda tocado con la presencia de alguna imagen religiosa, amén de algún retablo y unas cortinas.

Sólo un par de días después de este traslado, Galán recibió la visita de la enigmática mujer que ya había conocido en su encierro anterior. La dama seguía sin revelar su identidad, insistiendo en la idea de que Galán debía ser suyo a toda costa, y que no permitiría que nada ni nadie interfiriera entre ellos.

-Estarás atendido, Galán.

-¡Estaré preso! –protestaba el prisionero.

-Pronto te alojarás en estancia más placentera, pues mis criados ya han recibido órdenes de que te preparen alojamiento más acorde para mis visitas.

-Seguirá siendo una prisión, mi Señora.

-No te faltarán cuidados, ni manjares, ni atenciones...

-¡Me faltará mi libertad! –se desesperanzaba el de Douvergier.

-¿Tu libertad? –preguntó irónica la dama encapuchada, -Tu libertad, Galán, está en mis manos. Tu libertad es mía y no tienes derecho alguno a reclamarla.

-Vos no me amáis, Señora. Si me amarais como decís, yo sería libre.

-También seríais libre de elegir a quien amar, y ahora sólo me podéis amar a mí.



GABRIEL FRAU GOMILA.



Capítulo 7.



edro el Matasiete era el único militar soldadense que no se mostraba feliz con el torneo que su hermano el Rey Roberto estaba organizando. Día tras día contemplaba cuan incrementaban los ánimos de las tropas que él comandaba y apreciaba el buen humor que acompañaba a aquellos rudos hombres que se mostraban satisfechos con la cita que se estaba preparando. La gran mayoría de aquellos caballeros jamás había luchado contra otro mortal, y ahora se acercaba el momento. Pese a no tratarse de una guerra, era lo que más se le parecía.

Como comandante de aquellas tropas, el Matasiete jamás consintió que los distintos entrenamientos en armas, que diariamente practicaban aquellos hombres, interfirieran en sus habituales obligaciones y quehaceres como escoltas reales que eran. Los cambios de guardia, así como los quehaceres propios de los escoltas, jamás fueron pospuestos ni siquiera prorrogados porque el entrante estuviera en determinada fase de su entrenamiento o preparación personal. Las

patrullas salieron siempre puntuales a realizar sus rondas. La revista de cada día la realizaba el comandante sin dejar pasar el más mínimo detalle, y jamás autorizó baja alguna por haber salido malparado algún caballero en su adiestramiento. Y aún era más: aparte de los duros y rigurosos ejercicios que para la preparación de los torneos ejercitaban, los caballeros siguieron con sus instrucciones y aprendizajes precisos, como soldados que eran, con el fin de mantenerse siempre prestos para entrar en combate.

Era, Pedro el Matasiete, hombre de fuertes convencimientos cristianos y de consolidada fe. Diariamente acudía a realizar sus rezos, cuando no sus confesiones ante sacerdote, y acostumbraba a departir con el religioso después de la misa habitual. No era, por tal motivo, inusual ni extraño encontrarle en la sacristía de la catedral de Soltada charlando íntimamente con monseñor Basilio, obispo, como ya sabemos, de la diócesis, y no es de sorprender el adivinar que tales conversaciones bien podrían versar sobre la necesidad de que el rey Roberto fuera a la guerra. Fue precisamente en uno de estos debates con el prelado cuando el militar tuvo nuevas del presidio de Galán en las dependencias catedralicias de la reina María.

-¡Rodarán cabezas! –se exaltó el Matasiete- Como comandante en jefe de las tropas de Soltada, debo ser informado de todos y cuantos movimientos haya en prisión.

-Permíteme, Pedro, que te aconseje calma ante mentadas circunstancias; no en vano –trató de apaciguar el obispo Basilio- existe intervención directa de tu cuñada la reina.

-El alguacil cumple órdenes reales, monseñor, pero yo debo ser informado por él.

-Motivos moverán al alguacil para no cumplir su cometido...

-¿Qué pretendéis decirme, monseñor? ¿Acaso ese forastero trotamundos, sin duda ejemplo de andarines y gandules, preso por mandato soberano (escarnios a su majestad la reina según fui informado), se encuentra protegido ahora por ella misma mediando razones que escapan de mi conocimiento?

-No se me antojan tan escurridizas las razones, Pedro.

-¿Intentáis, por ventura, sugerir un romance entre este tal Galán y nuestra Señora la Reina?

-El motivo –explicó el obispo- bien pudiera ser tal conjetura. Pese a ello, no es tema de tu incumbencia.

-Mi incumbencia, monseñor –el Matasiete se mostró arrogante-, arropa la disciplina de los presos y confinados. Y cualquier cambio en el estatus de un encarcelado debe serme informado de inmediato.

-Pedro –dijo el Obispo Basilio en un tono algo más serio-, te he informado de la situación que existe intramuros en este templo, pero ruego tengas a bien recibirla de manera extraoficial. Eres buen soldado, Pedro. El rey Roberto te tiene en gran aprecio, y me consta que tu lealtad hacia tu hermano permanecerá invulnerable mientras sigas ostentado el cargo de Comandante en Jefe de las tropas de Soltada. Sin duda tal lealtad te obligaría a referir novedades en torno a un preso que ha sido trasladado, si tal traslado se te revela de forma oficial. Dime, Pedro, ¿no se asegura la Reina la ignorancia del Rey impidiendo que un acontecimiento de tal orden te sea pregonado?

-¿Me aconsejáis entonces silencio, monseñor, aun sabiendo del adulterio de la Reina?

-Guarda la información, Pedro. No trátase más que asunto de amores que no tercia en cuestiones de Estado. En postrer momento puedes necesitar alianza o favor alguno de tu cuñada la Reina, y nada mejor para abrir esta puerta que una confidencialidad en aras de tornarse pública.

Aunque tosco, Pedro el Matasiete no era en absoluto tonto. Existían armas distintas a la espada o a la ballesta, como era el caso, para vencer a una persona. Sin embargo algo había que no le cuadraba en la actitud del religioso: ¿qué motivo embargaba al obispo para que, de forma tan gentil, entregara tal arma y la dejara en sus manos? ¿Estaba el obispo asegurándose algún futuro favor y, si así era, por qué necesitaría el clero amparos del ejército sin mediación de la realeza?

No era precisamente, el de Soltada, un ejército apreciable. Sus soldados, si bien valerosos y bravíos, carecían, como ya sabemos, de experiencia alguna, y de sobras sabía el Matasiete que su único valor se justificaría en caso de servir a un ejército más grande. Sabía también el militar, porque de tal cosa le informaba el obispo Basilio, que era cuestión de tiempo que el Papa Gregorio IX llamara al ejército de Soltada para el engrose de las tropas cristianas en nueva misión de Cruzada. Sabía, también, que en tal tema el obispo sólo podía convertirse en mero intermediario entre el papado y el reino soltadense. No cabía pensar, por tanto, en posibles artimañas o artificios por parte de monseñor Basilio, pues su diócesis no había sido amenazada. Razones había, aun escapando a la consideración del comandante, para que el obispo se ganara al ejército y le otorgara medios en contra de... la Reina.

Con la cautela cual mejor arma, Pedro el Matasiete decidió realizar visita al cautivo Galán de Douvergier con el pretexto de formalizar una interrogación sumaria y con el objetivo único de comprobar la veracidad de las palabras del obispo, y encontrase un Galán abatido que en momento alguno delató la identidad de quien, encapuchada siempre, convertía ya sus encuentros en costumbre diaria, cuando no rendía dos o tres veces visita en el mismo día.

-Vos, Galán, conocéis más de lo que decís sobre la identidad de ésta que habéis bautizado como encapuchada dama –decía al de Douvergier el Matasiete-, y yo debo conocer más sobre ella, como jefe de los cuarteros que soy.

-Prendedme en cuartel, entonces, noble caballero, pues sospecho que ésta, mi estancia, no se encuentra entre muros carcelarios.

-¿Dónde estás, Galán?, ¿dónde crees estar?

-Decídmelo vos, caballero. Y decidme también cuál norma he quebrantado, cuál ley he vulnerado, cuál orden he desobedecido, pues escrito no está aún que una juglaresca condición sea pretexto para prenderme y hacerme preso, más aún cuando mi carcelero es mujer y confiesa aquello que en secreto me ha declarado.

-¿Qué secreto, Galán?

-En secretos y en amores, labios cerrados, ahorro de dolores.

Y fue aquel instante aprovechado por el militar para tentar al desespero del juglar, y prometirole juicio justo a cambio de aquel callado secreto.

-Caballero Pedro –dijo Galán-, preso estoy en celda extraña, preso por delito no cometido...

-Escarnios a su majestad la Reina, Galán.

-¿La Reina? –se extrañó Galán- Sólo la vi en la plaza, allá donde los mercaderes de sedas.

-Negarás haberla escarnecido...

-¿De qué serviría? No habrá juicio justo –sentenció el de Douvergier-, y permitidme dudar sobre si habrá juicio. Vos, al igual que todo aquél que vela por mi cautividad, sabéis por qué estoy aquí. Vos, comandante de todo aquel portador de armas en este reino, sabéis como todos los demás cuál es este secreto que un día reveló la encapuchada dama a este pobre servidor. Vos, hermano de Rey, conocéis tan bien como yo la identidad de la dama (si tal tratamiento es de proceder). ¿Qué buscáis, Pedro?

-Créeme, Galán –confesó el Matasiete-, la verdad.





Capítulo 8.

Cuando, siendo crío, precisaba un toque de

atención, mi abuela solía nombrarme a la bruixa Joana para darme miedo. Joana era una bruja mallorquina que vivía en una cueva, y a menudo su mención servía para calmar los ánimos de los niños traviesos. Mi párvula mente, bajo tales amenazas, fue con el paso del tiempo creando una imagen para la tal bruja Joana, imagen que se ha conservado en mi memoria gracias, posiblemente, al pánico que me provocaba aquel personaje.

Según Indalecio E Punto Ramírez, la bruja Morgana habitaba en los montes de Soltada y eran escasas las ocasiones en las que se dejaba ver por las gentes soltadenses. Para el viejo del clavel sin duda la tal Morgana no fue más que una pobre mujer marginada por los rumores de aquellas gentes llanas y sencillas. Incluso en la actualidad, cuando alguien abandona la calzada para internarse en los umbríos bosques que rodean los pueblos y ciudades, el rumor del viento, el constante ruido de las pequeñas cascadas y de los riachuelos, los cantos o gemidos de las aves, el chasquido de los pasos de los animales al avanzar, algunos insectos que alumbran y quién sabe si algún fuego fatuo burlón fosforesciendo en la noche, unido a las sombras alargadas que de los árboles proyecta la luna a su antojo y a tantas otras cosas

que nuestra imaginación pone en movimiento, consiguen que incluso el más tranquilo de los mortales se confunda, y que aquellas historias de brujas, de hadas, de duendes, de tratantes de almas, de ninfas que se nos antojan fantásticas, encuentren un sentido real. Para el vejete historiador Morgana fue depositaria de los miedos y creencias de las incultas gentes de Soltada. Me explicó que la hechicera Morgana es personaje habitual en multitud de cuentos y leyendas; que aparece en la historia como hija del Conde Gorlois de Cornualles y de su esposa Igraín y, por tanto, hermana de madre del rey Arturo. Tras la muerte de su padre y el nacimiento de su hermano Arturo, con la intervención del gran mago Merlín, Morgana fue internada en un convento y se convirtió en una gran maestra de la hechicería. Su sobrenombre, Le Fay, significa el hada y se la describe como una hechicera capaz de cambiar de forma (como por ejemplo en la leyenda del Gigante Verde en la que se deja ver como una anciana sirvienta). Podemos encontrarla también en la fábula Los cisnes selváticos, de Hans Christian Andersen. Por todos estos motivos, el personaje en cuestión, posible bruja, quizás ni siquiera se llamara Morgana.

Pese a todo ello, la bruja Morgana apareció de repente en nuestra historia apenas unos días antes de iniciarse el torneo medieval del que ya ultimaban sus preparativos en Soltada. Yo no puedo pensar en ella sin vincular su imagen a la que en su día creé en mi mente para la bruixa Joana: una mujer vieja y muy fea ataviada con un haraposito vestido negro y tocada con un simulacro de sombrero en forma de caperuza. El no imaginarla con un solo diente, ojos amarillos y cabellos blancos sería, creo yo, una autodefensa del subconsciente para no crear en mí más pavor que el que sentía por la bruja.

Las lenguas de la época, ávidas de inculpaciones fáciles, atribuían no pocas historias fantásticas a la bruja Morgana. Se contaba que en cierta ocasión desaparecieron cinco bebés de sus casas en Soltada. Alguien, sin duda con sus ojos engañados por el pánico, había visto unos monstruos de seis patas alejándose del poblado, y los hombres que tenían caballo salieron de madrugada en su búsqueda, pero no encontraron el más mínimo rastro de aquellos engendros. Tampoco de los bebés. Al día siguiente apareció la bruja Morgana en el pueblo portando una suerte de carretilla con cuatro de los cinco bebés desaparecidos, manifestando haberlos encontrado en el Valle Perdido, un lugar prácticamente desconocido y de dudosa existencia. Del quinto niño confesó no saber nada. Y así se creó la leyenda que narraba la historia de una bruja que mediando hechizos y sortilegios, quién sabe si conjurando algún monstruoso engendro de varias patas, había robado unos bebés para quedarse con aquel que mejor le sirviera para sus encantamientos y hechicerías. Por ello, cada vez que Morgana visitaba el poblado de Soltada en busca de alimentos, que acostumbraba a trocar por pieles de animales que ella misma cazaba en el bosque, era recibida con cautela. Los mercaderes no discutían nunca con aquella mujer, aceptaban las pieles ofrecidas y a cambio le procuraban a Morgana midas de trigo, cebada y cereales varios, así como legumbres y algunas verduras. El alguacil tenía orden de dejarla pasear libremente, pero debía convidarla a abandonar el pueblo con la caída del sol. Las gentes viandantes se apartaban, cautamente, a su paso, y escupían a escondidas para ahuyentar el mal de ojo.

Sin embargo, aquel día Morgana no había bajado de las montañas cargada de pieles. Nadie supo cómo

llegó, pero todo aquel que quiso pudo verla sentada en la escalinata mayor de la catedral. Los guardias, cumpliendo con los preceptos reales que para adecentar la villa habíanse establecido, invitaron a aquella mujer de edad indeterminable a que abandonara las calles de Soltada pues de lo contrario sería instigada a morar bajo techos indeseables. Morgana, según narraba Indalecio E Punto Ramírez, miró fijamente a los ojos de los guardias, haciendo a éstos estremecer y, parsimoniosamente, preguntó por el mal que había en que una mujer devota esperara la llegada del obispo para pedirle confesión. Un par de sacerdotes intentaron convencerla de que ellos eran interlocutores válidos entre Dios y los hombres, pero Morgana los refutó, y esperó pacientemente a que llegara el obispo Basilio.

-Ave María Purísima –saludó la supuesta bruja si es que en aquellos tiempos existía la tan consabida fórmula de salutación confesional.

-Sin pecado concebida –recibió el obispo a la hechicera Morgana.

-Ya sabes que no vengo a confesar mis pecados.

-Me hubiera resultado sorprendente –afirmó el obispo.

-Tienes bajo tu techo un prisionero que debe ser liberado.

-Veo que no te andas por las ramas, Morgana.

-Te conozco –dijo la hechicera-, y sé que contigo voy a entenderme. Hablo claro porque no sé hablar de otra manera, y tú debes hacer lo mismo conmigo.

-Está bien, Morgana, yo también te hablaré claro: ¿quién se supone que ordena la libertad del prisionero?

-Las estrellas son caprichosas, obispo. El destino del trovador no se encuentra en este reino.

-¿Hablas –preguntó el obispo a la hechicera- del reino terrenal?

-Hablo del reino de Soltada. Las constelaciones me han hablado, obispo.

-Las estrellas no hablan, Morgana.

-Dios tampoco, pero tú lo escuchas –sentenció la bruja dejando claro al prelado que no iba a confesar la identidad del interesado o interesada en la libertad del trovador. Sin embargo, pensó el obispo, algo o alguien importante tenía que haber tras la petición de la vieja Morgana, de lo contrario, la hechicera no se hubiera prestado a tan peligroso juego. Ni aun por dinero. Tal no era el estilo de la vieja bruja.

Interesado sobre el beneficio que podía suponer para él o para su diócesis el acto de dejar en libertad a Galán de Douvergier, e informado de la inexistencia de tal beneficio, el obispo Basilio decidió hacer caso a la bruja y en breves horas el trovador se encontraba ya en libertad. Acto éste que calificó de insólito e incomprensible el escritor, tantas veces aludido en nuestro relato, Indalecio E Punto Ramírez. Tal acción, obviamente realizada con el mayor de los sigilos, fue informada inmediatamente a la reina María de Minarete encubierta, como era de esperar, bajo la apariencia de una fuga incomprensible, operación que no hizo más que incrementar la fama del de Douvergier añadiendo un episodio más a sus proezas y hazañas.

El vejete del clavel se mostró siempre reacio a creer que el obispo Basilio pudiera haberse sentido presionado por Morgana simplemente por ser hechicera. Sospechaba, el del clavel, que existían detalles del tal episodio que se escapaban al conocimiento que de la historia de Soltada presumía Indalecio E Punto Ramírez, y, con ello, me explicó una curiosa teoría. Años antes,

tras la muerte del obispo Pelagio, mecenas que había sido de la catedral de Soltada, la Santa Sede decidió que sería un tal Facundo, del estado de Sarre, quien sustituiría en el cargo al obispo Pelagio. Tal nombramiento resultaba nefasto para el entonces presbítero Basilio, segundo de a bordo de la diócesis de Soltada, de quien se vaticinaba ser acreedor de aquel episcopado. Camino de Soltada, acompañado de su séquito, desapareció, y jamás hubo nueva alguna sobre el obispo Facundo y su comparsa. Tras el inexplicable episodio, el papado sí concedió el título de obispo al presbítero Basilio. Del tal accidente, explicaba el viejo erudito, era más que posible que pudiera detallar acontecimientos concretos la hechicera Morgana, pues se contaba que la persona última que pudo dar nuevas de la expedición episcopal, un cazador que por allí cazaba, narró que se encaminaban tan altos señores a la pequeña colina donde la bruja tenía su casa. Obvia reseñar que el viejo pensaba que de los tales acontecimientos era probable que el obispo Basilio resultara mal parado, caso de que fueran hechos públicos, pues no se ajustaba a los parámetros de lo considerado normal el hecho de que el clérigo se acoquinara y se dejara intimidar por una vieja solitaria y, dentro del ámbito de lo posible, algo desquiciada. La simulada fuga de Galán de Douvergier silenciaba aquel oscuro pasaje, pero el obispo no pudo conocer la identidad de quien interfería en favor del afamado juglar.

Los calabozos de Soltada, en vísperas ya del esperado acontecimiento, se encontraban repletos de gentes, los más de ellos indeseables que habían sido detenidos por robos y otras fechorías, reflejo de la situación por la que atravesaba la ciudad. A Manfred lo encontró la guardia real haciendo sus necesidades

fisiológicas en el jardincito que daba al convento de las monjas clarisas, un edificio que con el tiempo y la expansión de Soltada había quedado demasiado cerca de las tabernas. Manfred iba borracho, y de nada le sirvió alegar ser caballero y llevar por linaje el noble nombre de la teutona familia Von Roterose.

Manfred Von Roterose había recalado en Soltada llamado por los suculentos premios que ofrecían a los poetas, bardos y rimadores que ganaran en los juegos florales, organizados por la reina y que se iban a desarrollar de forma paralela a los torneos de fustas. No tratábase de trovador al uso, más bien diríase que no era más que un recitador de rimas y poemas. Su poder de retención para con las historias, amorias las más, le permitía tener siempre en boca ese verso adecuado para cada circunstancia, esa copla capaz de llegar al corazón de una mujer o esa rima que a modo de chascarrillo arrancaba risotadas a los hombres. Llegado a Soltada, Manfred fue asaltado por unos bandoleros que le quitaron los pocos dineros que guardaba en sus alforjas.

En verdad Manfred Von Roterose era caballero. Había sido educado en las armas por designio de su padre, el poderoso conde Adler Von Roterose, y nombrado caballero por el rey Felipe II de Francia un día antes de entrar en combate a las órdenes del tal monarca en la que sería la primera y la última batalla para el primogénito de los Von Roterose: la batalla de Bouvines. De la contienda salieron victoriosas las tropas del rey Felipe II de Francia, y Manfred se reveló como uno de los más aguerridos y diestros caballeros de todos cuantos lucharon a codo con el soberano. Fue después, en el saqueo reservado a los vencedores, cuando Manfred se dio cuenta de que su vida no estaba del lado de las armas: esa recompensa a los guerreros, ese pago por los

servicios que se traducía en el asalto y desvalijamiento de las pobres e inocentes gentes protegidas por los vencidos, era aquello que repugnó a un jovencito Manfred que volvió al castillo natal buscando refugio en la protección económica de su progenitor. Un progenitor, el conde Adler, que desterró a su hijo tan pronto tuvo nuevas sobre la desertión del mismo, avergonzado, sin duda, por el proceder de su vástago.

Desposeído de sus pocas monedas, Manfred fue de nuevo saqueado en la siguiente esquina. Esta segunda vez le arrebataron un pequeño estilete que escondía en la caña de sus botas, dejándole para un probable tercer asalto solamente la suerte de bandurria que de su espalda colgaba. En maldecir por completo al pueblo de Soltada y a sus gentes estaba el bueno de Manfred, cuando se cruzó en la calle, ya muy cerca de la plaza Mayor, con el otro juglar de nuestra historia, Galán de Douvergier, a quien acababan de liberar de su encierro y a quien habían advertido bajo amenazas, coacciones e intimidaciones varias, que abandonara la villa y que jamás volviera a pisar tierra soltadense.

Indalecio E Punto Ramírez en su trabajo “Soltada, la desaparición de un estado”, remitía a otros autores para documentar a sus lectores sobre la rivalidad existente entre Galán de Douvergier y Manfred Von Roterose, dos polémicos juglares (más bien juglar el segundo y trovador el primero si queremos atender al significado más purista de ambas concepciones) que coincidieron en alguna ciudad del centro europeo años antes de su último encuentro en Soltada. En su primera coincidencia, un más que posible lío de faldas con su consiguiente confusión por parte del marido cornudo, quien creyó ver en Manfred al mancillador de su lecho conyugal, concluyó con una paliza al germano, al tiempo que el de

Douvergier se despedía de aquella ciudad deshonrando por vez última aquel lecho que el marido cornudo creía estar purificando con cada uno de los golpes que recibía Von Roterose. Tiempo después volvieron a coincidir en una edición de los afamados juegos florales de Toulouse. Galán conquistó a organizadores, asistentes y concurrentes con sus ingeniosos versos no exentos, las más de las veces, de mordaces ironías encubiertas en divertidas rimas y coplas. Manfred se escudaba en una falacia, la de hacer creer a quien le escuchaba que los versos y poesías que con tanta pasión defendía iban saliendo de su inventiva al tiempo que de su boca, cuando en realidad eran desempolvados de la prodigiosa memoria del alemán, teniendo por autores a anónimos troveros y poetas a quien en su día Manfred había escuchado con atención. Y hete aquí que Galán no tuvo reparo alguno en acusar a Manfred Von Roterose de tramposo y usurpador para derrotarlo en su confrontación, aportando como prueba ante público y autoridades el hecho que él tildó de cierto y que pretendía demostrar que unos versos esgrimidos por su rival eran, en realidad, de la cosecha del propio Galán, quien púsose a recitarlos de memoria ganándose la credibilidad de la muchedumbre y aún la de los cortesanos galos quienes mandaron persecución para un Manfred que, avezado por sus avatares diarios, no había tardado en poner pies en polvorosa y habíase ya confundido entre el gentío que gritaba alborotado exigiendo ajusticiamiento para el impostor. A punto estaba, entre la confusión de todos, el bueno de Manfred de ganar la puerta de la iglesia de San Saturnino donde sabía el juglar que estaría a salvo, cuando desde la distancia el propio Galán lo delató a la turba.

-¡Ahí! ¡Ahí está el impostor! –iba gritando Galán al tiempo que le señalaba para descubrirlo a una multitud que, enfurecida, alcanzó a acorrallar a Manfred Von Roterose. Éste, en su desespero, sólo pudo apelar a su linaje para conseguir el respeto y favor de aquellas gentes, pero fue en vano, pues terminaron propinándole una inmensa paliza que hubiera acabado con su vida de no haber intervenido el abad de la iglesia de San Saturnino, quien alertado por el escándalo que a puertas de su templo se había formado, salió a la escalinata interfiriendo en favor de Manfred alegando los más elementales principios cristianos como el perdón, la compasión, la misericordia y la indulgencia combinándolos con la pasión y sufrimiento de un Cristo que lo hizo por nosotros. Un tiempo después, recuperado de la somanta recibida, el bueno de Manfred abandonó Toulouse junto a un grupo de peregrinos que habían recalado en la misma iglesia de San Saturnino y a quienes decidió acompañar en su camino a Santiago de Compostela. A los pocos kilómetros de Toulouse, que a escasos años estaba ya de ser francesa para siempre, la comparsa peregrina fue interceptada por unos salteadores de caminos, y aquellos hombres, seis o siete a lo sumo, fueron obligados a desnudarse y entregar todas sus pertenencias a los bandidos quienes, como ejemplo de aquello que podía pasarles si decidían acudir a la justicia del conde de Toulouse, escogieron al azar a un peregrino, y propinaronle paliza tal que todos le creyeron muerto. Este azar quiso que fuera Manfred el escogido.

Comentando los acontecimientos que acabo de narrar, el vejete del clavel, riendo, me dijo que Galán había acusado de impostor a quien en realidad lo era, pero que probablemente el de Douvergier no lo sabía, y que quiso jugar de farol para derrotar a Manfred. Jugada

sucia e infructuosa, pues Galán no llegó más allá en aquellos juegos: alguien a quien el público tendría por mayor poeta, le derrotó en la ronda.

-Si glosáranse gestos de bellacos, de tunantes y aun de rastreros y miserables –inició Manfred al ver a Galán, por aquello de que no existe mejor defensa que un buen ataque- el nombre de Galán de Douvergier unido estaría para siempre a la memoria de los glosadores de gestas.

-Entre los cuales glosadores –contraatacó Galán- jamás situarse podrá Manfred Von Roterose.

-¿Tan seguro estáis de situaros vos, Galán?

-No será en estas tierras que ahora por amor debo dejar. Tomad consejo, amigo Manfred, guardad los breves recursos poéticos que poseéis para venideros lances en los comedidos que aquí os han guiado, pues conmigo no necesitáis batiros.

-¿Por amores abandonas, Galán de Douvergier?

-Por amores ya consumados... pero permitid que siga camino, Manfred, mis rencillas con vos compararse no pueden a este tormento que muerde mi corazón. Id a bregar con vuestras glosas, y proclamad a los cuatro vientos, si ello os place, que mi amor por aquella mi dama me ofusca de tal manera que refugio en otras tierras debo hallar.

-¿Un trovador enamorado? ¿Estáis actuando, Galán?

-Dejadlo, Manfred –aconsejó Galán-, id a bregar con vuestras glosas.

-¡Por todos los dioses! ¿En verdad está el gran Galán de Douvergier abandonando unos juegos florales por el amor de una dama?

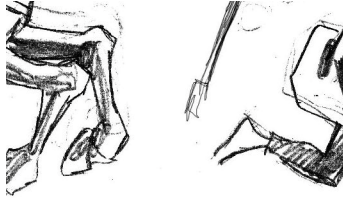
-Una dama sin igual, amigo Manfred, una dama, doncella a mi llegada, de la que bebí sus primeras mieles

encandilado por unos encantos de los que ahora debo rehuir con mi retirada. Permitir no debo que un desfallecimiento de mi corazón desluzca las gestas y leyendas que en las páginas de mi historia se han escrito. Proclamad, Manfred Von Roterose, mi amor por ella a cambio de mi absoluta gratitud.

-Sepa yo su nombre, Galán –dijo el germano confundido.

-María de Minarete.





Capítulo 9.

Prácticamente desde el primer día de su llegada a palacio, Aldara se convirtió en la confidente de la reina. De Aldara diríase que era la alegría transformada en chiquilla de apenas doce abriles. Y no había cambiado en sus años de acompañante de la monarca de Soltada. Hija del archiduque de Boruga, noble que había jurado lealtad al rey Roberto Clavel, la pequeña Aldara arribó a la corte soltadense tras la muerte de su madre con la finalidad de aprender los modales de cortesana propios de aquella época, bajo la tutela de la reina María de Minarete, a quien serviría. Su contagiosa alegría y su constante jovialidad fueron los motivos que encandilaron a la soberana para que pronto la tratara en condición más cercana a la amistad que a la servidumbre. Su entusiasmo inquebrantable y su incesante buen humor prestamente la hicieron famosa entre los cortesanos, y de confidente de la reina pasó a ser la confidente de toda la corte. Todos en palacio querían ser oídos por Aldara, a quien confiaban sus secretos de amores y de quien escuchaban historias más tristes que las suyas para el consuelo de todos ellos. Nunca reveló un secreto, nunca desenmascaró un romance, nunca divulgó nombre alguno

ni pregonó infidelidades ni amoríos; pero las historias que ella narraba eran tan tristes, tan reales, tan románticas, que pronto fue apodada con el sobrenombre de Romancilla.

Jamás se le conoció deslíz a Romancilla, pero ella conoció de todos los deslices ocurridos en Palacio durante su estancia, incluso de algunos no sucedidos. Hubo quien la buscó como alcahueta, otros sólo buscaban consejo, incluso los hubo que buscaron, meramente, un hombro donde llorar. Pero nadie existió que buscara de ella su amor. Por eso, aquel día que salió sola a las calles de Soltada en busca del amante de una cortesana para avisarle de Dios sabe qué peligros, y encontrase con Galán de Douvergier quien, cumplido, recitole dos únicos versos, posiblemente ajados y marchitos de ya muchos recites, éstos atravesaron el corazón de la bella Aldara cual dos rejonos minuciosamente afilados.

Aquel día la reina María había confesado a Romancilla sentirse muy atraída por un extraño personaje.

-¿Decís amarle, mi Señora?

-Sí... no... ¡No sé! –exclamó la reina María- Es extraño el sentimiento que embarga mis sentidos y que alejar no logro de mi mente.

-De tal manera contado, mi Señora, suena a amor. Y decidme –preguntó divertida Aldara- ¿puedo yo saber quién es el que os hace de esta manera sentir?

-¿No me reprendes, fiel Aldara? ¿Acaso no debo amar para siempre al rey nuestro Señor?

-Ya nada me sorprende, mi Señora, pues curada estoy de sobresaltos. Sin ánimo alguno de ofenderla me atrevo a decirle que no creo que su corazón esté confeccionado en pasta distinta al del resto de los mortales.

Y fue cuando la reina, con más ilusión que divertimento, confesó que quien había allanado sus pensamientos no era cortesano del reino, ni siquiera era noble de condado vecino. Había llegado a Soltada con los vendedores de sedas y se paseaba por la villa tocado con una barretina roja y un laúd atado a su espalda.

Romancilla quiso morir: había entendido qué era el amor, y conoció en aquel mismo instante de los sufrimientos que éste puede ocasionar, y de las angustias, ansiedades y desánimos que produce si no es correspondido. La reina habíase enamorado de Galán, el único hombre por el que había suspirado el corazón de la joven Romancilla.

No es, creo, necesario explicar aquí el estado de ánimo que debió de embargar a nuestra Romancilla la confesión de la reina María. Quien más, quien menos, ha sufrido los sinsabores del desamor. Cierto es que nuestro Galán no había rechazado a la joven doncella, pero Aldara sabía que no podía inmiscuirse en los caprichos de la reina y ello conllevaba, directamente y sin reservas, olvidarse por completo del trovador.

-Pero Majestad, mi Señora, -intentó sin esperanzas disuadir Aldara a la reina- me estáis hablando de un juglar... de un trovador...

-De un hombre, mi fiel Aldara, de un hombre sensible, de un poeta...

-¡Un mentiroso! -protestó la joven cortesana-. No os dejéis engañar, mi Señora, historias narra, las más de las veces inciertas, ese Galán que vos nombráis...

-¿Galán? Tal nombre yo no mencioné -observó la reina María.

-¿Quién va a ser si no? Otro no existe en Soltada que tocado vista con un extraño gorro rojo y cuelgue en su espalda el laúd que habéis mencionado.

Al pronto se calló Romancilla, no fuera la reina a pensar que intentaba contradecirla por algún motivo oculto, como tal era el caso, pues no era deseo de Aldara que viera un interés la reina incompatible con el suyo y pudiera truncarse la relación tan cercana a la amistad que la monarca le profesaba. La reina, con cierta inquietud que Aldara consideró de irritación, dio por concluida aquella conversa.

Sin embargo, no sería irritación aquello que dejó entrever María de Minarete, pues en breves horas llamó a su presencia a la doncella Aldara y, esta vez con la máxima confidencialidad, le demandó un favor amparada en una más que tangible amistad, alegando que no podía ordenarle como señora suya aquello que era su anhelo. Aldara escuchó con desconcierto todo lo que la reina le iba explicando, una premeditada maquinación con el único objetivo de apresar el corazón de Galán de Douvergier, y nunca mejor utilizado el verbo apresar, pues el plan de la reina se iniciaba precisamente con el apresamiento del trovador.

Pretendía, la soberana de Soltada, que la joven Aldara visitara periódicamente al juglar en presidio, sin que delatara en instante alguno su identidad. El ardid consistía en enamorar a Galán, y consideró la reina María que nadie mejor que Romancilla, conocedora de cientos de historias de amor, para tal cometido. Una vez Galán se hubiera enamorado de Aldara, llegaría el momento en que la mujer desvelaría su identidad y, bajo la vestimenta que hacía las funciones de embozo para disimulo de la misma, aparecería ella: la reina.

-Mi Señora, ¿y si no consigo enamorar al tal Galán? –objetaba Romancilla.

-A la fuerza ahorcan, mi querida niña –a decir verdad, la expresión no sería esa, pero en “Soltada, la

desaparición de un estado”, no aparece diálogo alguno. Galán restará en presidio, sienta o no sienta amor.

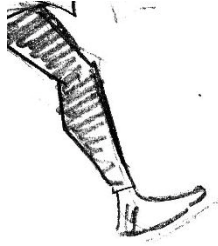
-¿Y qué ganáis vos con ello si no llega a sentir amor?

-¿Quizás poseerlo? –indagaba coqueta la reina. Otra mujer no habrá que pueda visitarle en prisión.

Y se equivocaba la reina, pues Romancilla también era mujer.



GABRIEL FRAU GOMILA.



Capítulo 10.



El gran día amaneció con breves amagos de tormenta, pero nadie en Soltada se dejaría intimidar por aquellas cuatro gotas que cayeron a primeras horas de la mañana, ni tan siquiera por la vigorosa tormenta que, mediado el día, inundó las calles y las plazas de Soltada, así como la gran pista que para el evento se había construido en las afueras de la ciudad (o en las entradas, según se vaya o se venga). Quedaron también inundados cuantos chiringuitos y puestos de feria se habían instalado en la localidad, con el consiguiente deterioro de aquellos productos que mal soportaban el agua, tales como víveres y alimentos, pero también aquellos productos realizados con materias primas tales como el cuero, el esparto, el lino y otras.

Pese a la gran tormenta todos los feriantes pudieron salir al paso, algunos sin problemas mayores, otros con parte de la mercancía mermada o, incluso, irrecuperable. Cuenta Indalecio E Punto Ramírez que los artesanos más perjudicados fueron un par de franceses que desde tierras natales llegaron a Soltada con un cargamento de papel, producto que los galos habían

empezado a manufacturar utilizando el lino como base, a diferencia de los sicilianos y castellanos quienes para ello utilizaban deshechos de seda, cáñamo y algodón.

Por la tarde salió el sol. Y, con él, aquellas personas que tal cosa no hicieron por la mañana por mor de la lluvia o por rematar el sueño reparador que tras noche borracha se precisa, pues hacía ya días que las noches de Soltada convertían sus calles en bullicio constante, griterío estridente, jolgorio permanente y animación agotadora. Los puestos artesanales recuperaron el boato perdido con la tormenta, y las gentes aglomeráronse en torno a ellos. Vidrieros, grabadores, ebanistas, cereros, tapiceros, herreros, miniaturistas, encuadernadores, carpinteros, y aun hojalateros, orfebres, zapateros, cardadores, forjadores y todos cuantos artesanos pudieron levantar pequeños talleres o abrir puertas de los locales que de forma fija tenían en Soltada, pues muchos artesanos instalaban el puesto en su propio taller, explicaban, a quien escuchar quería, los entresijos de su profesión y esforzábanse por agradar a la concurrencia con sus habilidades profesionales, pues no pocos eran los parroquianos que se dejaban sus dineros en todos cuantos productos estaban expuestos. De la tal forma explicada, el mercado no sólo se reducía a un bullicioso centro de compra y venta o de permuta mercantil, sino que hacía las veces de centro de intercambio cultural, un lugar de comunicación y conocimiento entre las gentes más llanas.

Otros comerciantes, aquellos quienes mercadeaban con víveres y otros comestibles, tales como aceituneros, queseros, carniceros, panaderos, verduleros, etc, así como aquellos quienes habían instalado algunas mesas, una barra casi improvisada y unos toldos para amparo de algunas gotas que pudieran caer, que más no

achicaban aquellos tendales, y para prevenir del sol más traicionero, y dispuesto habían una especie de tabernas o cantinas, fueron quienes más clientes acapararon durante las jornadas de aquel evento. Quienes se dedicaban a comercios mayores habían considerado que aquel mercado no alcanzaría el nivel exigible para sus actividades, y dejaron a Soltada fuera de los circuitos comerciales de aquel entonces.

A decir del viejo del clavel, un mercado medieval jamás pudo ser tan hermoso y bello como pretendía Indalecio E Punto Ramírez en su librito histórico, ni tan vistoso y pulcro como se nos presenta ahora en los cientos de mercados y mercadillos que a modo medieval se organizan a lo largo de la geografía española. Así encontramos estas remembranzas de un pasado no tan lejano en ciudades bellísimas como Toledo o Ávila, al amparo de un marco y escenario medieval que todavía se conserva; tal es el caso de la villa de Capdepera en mi estimada isla mallorquina. En nuestras constantes charlas, que tenían lugar en la biblioteca donde trabaja mi mujer, el vejete gustaba de advertirme que aquellos tenderetes, casetas y barracas que conformaron un enorme mercado en Soltada durante la celebración de los torneos de justas y de los juegos florales, estaban regentados por tenderos y vendedores muy avezados a aquellas labores, y que bajo las mejores y curtidas pieles se encontraban otras de menor calidad, bajo los dulces más golosos y apetitosos se encontraban otros que quizás llevaban días elaborados, bajo las rosadas carnes aún humeantes se encontraban otras en un más que posible estado de putrefacción. Los productos que procuraban vender aquellos mercaderes eran, ante el ofrecimiento de los primeros, los segundos. Tales artificios (que por desgracia no han caído todavía en desuso), eran a

menudo objeto de controversias, de discusiones y aún de acaloradas disputas entre vendedores y compradores. En algunas ocasiones se dirimían aquellos litigios mediante mamporros, guantazos y otras lindezas de igual índole, lo que acostumbraba a desencadenar conflictos de mayor cuantía entre vendedores y compradores, ya en plural, solventados, de igual forma, mediante manotazos, puñetazos y golpes varios formando pequeñas escaramuzas entre los mercaderes y los viandantes. El griterío se acrecentaba, y ello servía de reclamo para que vagabundos, rateros, rufianes y alguna que otra gente de bien, amén de pandillitas de críos y pillastres, aparecieran expeditos al lugar del altercado para, con provecho de la confusión, afianzarse de alguna vianda, una hogaza de pan, unas manzanas, una pieza de queso fresco, algún barrilete de cerveza o cualquier otro producto que pudieran distraer de su lugar de exposición. Las mercaderas perseguían a los chiquillos con escobas y garrotes, mientras que los hombres salían en pos de otros ladrones que por edad o corpulencia pudieran resultar de más peligro.

Las escenas debemos imaginarlas en un contexto ordinario y cerril: calles llenas de barro, excrementos de animales (y de algún humano) por doquier, frutas y verduras podridas vertidas en las esquinas, perros famélicos husmeando alimentos putrefactos cuando no robando piezas de carne y otras pitanzas en los puestos de los carniceros, algún perro agonizando al lado de un tenderete tras haber sido sorprendido por el carnicero (y después de haber recibido palo o hachazo, según tuviera una cosa u otra el carnicero en las manos, si no cuchillazo), algún mercader molesto con su vecino carnicero por haber dejado un perro agonizante frente a su chiringo... Debemos también imaginar una

mezcolanza de olores en el ambiente, este aroma de hierbas aromáticas que para infusión o conjuro se exponían en algunos puestos, la esencia de fascinantes perfumes y embriagadoras fragancias de colonias elaboradas con flores cultivadas en tierras galas, las emanaciones de los vertederos de los urinarios que para las gentes transeúntes se habían habilitado en cada calle, el olor a pan recién sacado de los humeantes hornos de leñas, el vaho caliente emanado de las reses abiertas en canal por los matarifes, el aroma de jabones y aceites que para uso personal se elaboraba en toda la zona de Italia y en las tierras hispanas, el hedor del pescado pútrido que en forma de salazón llegaba a Soltada, el tufo a descomposición de un perro apaleado y muerto por un carnicero, un revoltijo, en suma, de olores, que abarcaban desde la exquisitez de la última creación de perfume elaborada para la Corte francesa, hasta el olor a cloaca, a sudor, a boñigas y excrementos varios.

A todo ello, los caballeros, siempre sobre montura, andaban a todas horas exhibiendo sus emblemas y sus gallardetes junto al colorido de sus penachos, recibiendo reverencias al paso y algún impacto de pedrada en sus armaduras, amén de escupitajos en sus capas, males de ojo de sus rivales y miradas seductoras de las prostitutas que desde primeras horas de la tarde se hacían a las calles y esquinas de una ciudad y reino, Soltada, avezada a ajetreos menos agitados.

A menudo algunos chillidos, al punto agudos, denotaban la presencia en alguna ventana o balcón de dama o damisela (rara vez doncella) que revestida de histeria presta se las arrojaba en repeler la agresión de un marido, recién cornudo, o de un enojado padre al tiempo que de la ventana o balcón salía, cual liebre que escapa de lobo hambriento, algún mancebo ligero de ropa

cuando no con el culo al aire. Querían las circunstancias que los tales mancebos, casi nunca tiernos, acostumbraran a vestirse con calzas de colores. Tal detalle delataba su condición juglaresca o trovadora. Con tales proezas no fueron, precisamente, muy bien recibidos los poetas en Soltada, y las limosnas que acostumbraban recibir se tornaban, como era costumbre, escasas y reducidas. Con citadas famas, no es de extrañar que aquellos trovadores, juglares y bardos, poetas en suma, a menudo y mediando ardides, intentaran extraviar comida o algunos pequeños objetos de valor, con la única finalidad de subsistir en el día a día. Así las cosas, los calabozos del reino se llenaron de estas gentes, pues contra ellos andaban los guardias, dejando más tranquilas a otras tribus como los saltimbanquis, los danzarines, los comediantes, los malabaristas y los enanos saltarines, titiriteros todos ellos. Sin embargo, los esfuerzos para el orden público fueron en vano, pues pronto tuvo el rey Roberto que ordenar excarcelación para juglares y afines: fueron tantos quienes moraron en las prisiones en aquellos primeros días de torneos y feria que, de no mediar la citada orden real, habrían tenido que suspenderse los juegos florales.

Y, a todo ello, las justas se iniciaron con una vistosísima ceremonia de inauguración. Los caballeros, bajo las órdenes de aquellos que más avezados estaban en aquellos eventos, se alinearon de a dos para recorrer en pasacalles todos los vericuetos de la villa de Soltada. Sus escuderos, a pie detrás de las monturas, portaban los emblemas propios de sus señores, quienes, a la vez, exhibían sus blasones e insignias en las cotas de armas, unas largas túnicas sin mangas que se contaba habían descubierto los cruzados en sus luchas contra los sarracenos, pues al parecer los moros cubrían con ellas

sus armaduras evitando que las mismas alcanzaran temperaturas insoportables en su exposición al sol. A la retaguardia de la comitiva caballeresca andaban los caballeros soltadenses, todos ellos luciendo los emblemas del reino de Soltada y los penachos más vistosos. Se cerraba la comparsa con un cortejo de chiquillos quienes, tocados con harapos a modo de casco y con maderas a modo de espadas o lanzas, simulaban cabalgar sobre airosos corceles al mismo compás que los caballeros de verdad. Algunas fanfarrias desde el castillo anunciaban el carácter festivo del evento, y los caballeros eran recibidos con grandes vítores y sonoros aplausos a su llegada al recinto de justas.

Una gran bandera con el emblema de Soltada, un cáliz de oro adornado con esmeraldas y rubíes sobre fondo azul y blanco, presidía el recinto de justas. Junto a ella el rey Roberto Clavel había ordenado se colocaran cuantas banderas se defendieran en el coso, pero días antes del inicio de los torneos, cuando ya todos los caballeros habíanse instalado en la villa, los ayudas del rey diéronse cuenta que pocos estaban en conocimientos de emblemas, blasones, escudos de armas e insignias, hasta el extremo de casi no distinguir un caballero con título nobiliario de un simple caballero andante, de no distinguir al heredero de un condado de un mercenario. Y así, en acto improvisado pero eficaz, los dos caballeros más viejos que presentáronse a los torneos de Soltada, fueron nombrados heraldos por el rey Roberto, rebajándoles de sus combates y recompensándoles con dineros que consideraron en cantidad suficiente. De la tal forma, cada caballero participante fue tratado en conformidad a su rango, a la vez que la gran experiencia que de torneos y justas tenían ambos caballeros, ahora

heraldos, fue utilizada por el rey Roberto para perfilar definitivamente las normas que iban a regir los combates.

Pronto quedaron de manifiesto las nulas posibilidades que los caballeros locales tenían para alzarse con algún triunfo.

Los torneos medievales, según me contaba el viejo del clavel, fueron inventados hacia el año 1060 por un caballero francés que murió en uno de ellos con posterioridad. Esos primeros torneos distaban mucho de los que estilaban en época del rey Roberto. Acostumbraban a ser auténticas batallas entre dos pequeños ejércitos. Grupos de nobles y sus caballeros acordaban normas y pautas para unos enfrentamientos cuyo propósito estribaba en capturar prisioneros y despojarlos de armas, caballo y armadura, que pasaban en propiedad de los vencedores, así como en solicitar recompensas, a modo de rescate, por el caballero apresado. Con el paso del tiempo convirtiéronse tales torneos en una suerte de lotería para muchos nobles, hidalgos, señores, soldados y cuántos tuvieran derecho a armas, pues veían en los torneos una forma rápida de hacer fortuna. Aunque también podían perder la poca que tuvieran, amén de la vida si la destreza en el manejo de armas y defensas se hiciera de manera torpe en una mala tarde. Se contaba que tras los torneos hacían sus negocios los prestamistas a quienes acudían aquellos que todo habían perdido.

Auténticas escuelas de batalla, estos torneos acostumbraban a ser bien recibidos por los reyes en tiempos de paz, escasos en aquellos entonces, pues mantenían en forma sus tropas. Con el paso del tiempo los mentados torneos fueron cayendo en desuso y

sustituidos por las justas, por los combates de uno contra uno.

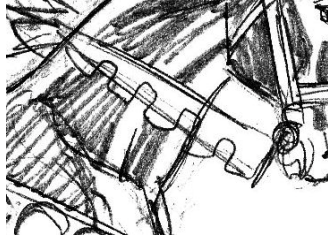
Los caballeros soltadenses cayeron en su casi totalidad en los primeros envites. Los caballeros visitantes se mostraron mucho más avezados en tales menesteres, y mucho más diestros en el manejo de las armas. Tarde se dio cuenta Pedro el Matasiete, quien al final capitaneó a los bravos soldados de Soltada (según Indalecio E Punto Ramírez, por orden expresa de su hermanastro el rey), que si bien las armas manejadas por los foráneos no distaban en demasía de las locales, sí había grandes diferencias en las defensas. Las armaduras de los forasteros se antojaban inabordables. De materiales mucho más gruesos y fuertes, con dobles defensas en articulaciones, yelmos más grandes y resistentes, aquellas armaduras hubieran resultado en extremo incómodas y poco manejables en batalla real, pero para las justas, para aquellos embistes a la carga de uno contra uno, sus resultas eran asombrosas, pues le hacían al contrincante más difícil el desmonte de quien la usara, a la vez que preservaba de golpes, rasponazos y heridas varias.

En su turno, Pedro el Matasiete demostró gran habilidad en el manejo de la lanza, y a punto estuvo de realizar la proeza de eliminar a un caballero foráneo, pues por dos veces consiguió desmontarlo con sendas cargas de lanza. Pero otras tantas veces fue él quien dio con sus huesos en el suelo, donde fue superado en el combate a espada.

Al término de aquella primera jornada de enfrentamientos, un solo caballero de Soltada, de nombre Robustiano, logró la victoria. Su contrincante en suertes había sido otro caballero soltadense. Desde aquel día fue

elevado a héroe en la historia local y rebautizado como el gran Robustiano de Soltada, afamado caballero con blasón de la familia Clavel.





Capítulo 11.

- **D**ebéis, Majestad, reponeros, no podéis

permitir que vuestro abatimiento sea motivo que malbarate estas jornadas largamente esperadas en Soltada. –Con tales, y otros, argumentos, intentaba Romancilla conferir algún ánimo a la reina María, quien había caído en tremenda depresión al conocer las nuevas que, sobre la fuga de Galán de Douvergier, le había revelado el obispo Basilio.

Habían transcurrido, desde el inicio de los torneos de justas, tres animadas jornadas, y algunas fechas más llevaba Galán fugado. Era el día en que iban a dar inicio las esperadas jornadas poéticas con los juegos florales, y María de Minarete debía presidir el palco que para tal menester había sido instalado muy cerca de la torre del homenaje, intramuros, pues decidió la propia reina María que la gran explanada que allí se situaba sería el mejor lugar para que bardos, poetas y trovadores animaran a los concurrentes con sus divertidas, o tal vez tristes, ocurrencias. Pero la tal monarca no parecía estar por la labor.

-Ya nada importa, mi fiel Aldara. Galán se marchó y, con él, mis ganas de vivir.

-Tal cosa decís, mi Señora, porque así la sentís, pero no dudéis –aseveraba Romancilla- que en breve volverá la ilusión, el anhelo de seguir viviendo. No podéis permitir que, entretanto, vuestros actos no se adapten a aquello que de vos se espera. Tal cosa sería un obstáculo para devolver la normalidad a vuestra vida, mi Señora.

-Nunca volverá la normalidad de la que hablas, dulce Aldara. Nunca volverá Galán.

-Entonces, Majestad, ya no lo esperéis.

-Razón no te falta –sonrió por primera vez la reina María-, pero nada me apetece menos que sentarme en el palco, rodearme de la falsedad de las cortesanas, recibir alguna dama de condado vecino, reír las gracias de los juglares y escuchar los chismes que algún bufón tenga a bien confiarme.

-¿Qué opinará vuestro esposo y señor mío?

-¿El rey? De un tiempo a esta parte acostumbrado está a mis jaquecas.

Y así empezaron, sin la reina, los juegos florales. A diferencia de la gala inaugural de los torneos de justas, los juegos florales, denominados también juegos de la Gaya Ciencia en tierras hispanas, no dieron inicio con un desfile que, ceremonioso, presentara a los participantes. La tal citada presentación se realizó en el recinto del castillo, y cada competidor dábase a conocer recitando algún poema o musicando algunas estrofas, recibiendo por ello grandes ovaciones por parte del público, sobretodo cuando sus palabras versaban sobre temas indiscretos, eróticos o escatológicos. El primer día no hubo competición.

En derredor del tablado donde los participantes recitarían las sus glosas (o las glosas de otros, que experto no había que pudiera descubrir los plagios) o

cantarían grandes y valientes gestas, habíanse instalado gran cantidad de errantes y aún bohemios, que ganábanse la vida entreteniendo y divirtiendo a los transeúntes; y así los espectadores podían recrearse con peligrosos espectáculos de fuego, con complicados malabares o con divertidos saltimbanquis, al tiempo que comediantes venidos de tierras vecinas interpretaban farsas burlescas y otras representaciones de la época. De igual forma, buscándose la vida, un mago realizaba trucos de prestidigitación intentando esconder sus engañifas a los ojos de la concurrencia. Unas bailarinas, supuestas orientales, bailaban extrañas danzas al son de una curiosa flauta sonada por un viejo de canas barbas y estrambótico turbante. Apagados gritos de asombro precedían a los aplausos que recibía un fakir, premio a su temeridad y arrojo por clavarse algunos puñales o recostarse sobre lecho de puntas. Otras gentes bohemias optaban por un público más fácil, pero muy exigente: los chiquillos. Marionetas, mimos, títeres y juegos como los de cañas, pretendían entretener a la gente más chica, con el único objeto de recoger algunas monedas que sus padres gustosos entregaban si aquellos titiriteros entretenían, tan solo fuera por unos minutos, a los revoltosos párvulos.

Al otro lado del espectáculo se encontraban los vagabundos y errantes. Eran personas imposibilitadas, cuando no tullidas, que se valían del favor de las gentes a quienes solían dar pena. Pero si la limosna no alcanzaba para la botella de vino nocturna, acababan el día sisando en los bolsillos de algún incauto transeúnte o desvalijando al primer borracho que durmiera la mona.

No sería de extrañar que algún juglar, en momentos de no competición y con el afán de ganarse algunas monedas, fuera deambulando por el lugar y recitando alguno de los cantares de gesta, de moda por

aquellos entonces, y que por la situación geográfica de Soltada a buen seguro se tratarían de la francesa Canción de Roldán o del alemán Cantar de los Nibelungos. El hispano Cantar de Mio Cid, sin duda a causa de la frontera lingüística, posiblemente no se recitara por las mentadas latitudes a las que sí llegó, en cambio, la fama de nuestro bravo hidalgo y guerrero castellano, campeador de la reconquista.

Al segundo día floral, y pese a las reticencias y pocas ganas que sentía, la reina María de Minarete hizo acto de presencia en el palco al lado de las muchas cortesanas que al pronto interesáronse por las jaquecas de la soberana. Los varones limitáronse a saludarla con gesto de reverencia. Más le hubiera valido, a nuestra reina, seguir enferma durante todos los días que de duración tuvieron los juegos.

Manfred Von Roterose fue puesto en libertad, ya en vísperas de aquellas jornadas de juegos florales, merced al favor real que mediante indulto excarceló a cuantos juglares y gentes de similar condición hubieran recalado en las cárceles de Soltada. En la noche declinó algunas invitaciones que otros troveros le hicieron para que se acercara con ellos a las tabernas y echara unos tragos antes del despunte del alba. Escogió un rinconcito al lado de la herrería, donde se notaba aún el calor de la fragua, para acurrucarse en él y pasar la noche. De esta guisa sorprendió la madrugada al alemán, quien apenas había descabezado un par de sueños tan absorto estaba en refrescar algunos cientos de versos de los miles que conservaba en su memoria. Sin duda estaba iniciando práctica para días venideros. Con los primeros rayos de sol, Manfred se durmió, y fue cuando aprovecharon para

asaltarle un par de enanos quienes, después de asegurarse de que el trovador no despertaría (para la cual cosa utilizaron un soberbio garrote con el que descargaron un fuerte golpe sobre la testa de Manfred), procedieron a desposeer al juglar de todo aquello que algún valor pudiera tener. Y así, instantes después, salieron corriendo con un trozo de pan bazo que Manfred guardaba en su faldriquera y con la vetusta bandurria con la que el desdichado pretendía acompañar sus versos en el concurso.

Desposeído de todo cuanto algún valor pudiera tener, tras la retahíla de atracos a la que fue sometido, Manfred Von Roterose se juró a si mismo no pisar nunca más Soltada. Lo que no sabía en aquel momento es que iban a existir motivos muy superiores que le apartarían para siempre de aquellas tierras.

María de Minarete, presidenta de honor de los primeros juegos florales de Soltada, se reservó la potestad de juzgar las intervenciones de los participantes sólo en caso de existencia de un empate. Un jurado compuesto por cortesanos y cortesanas se encargaba de calificar a los poetas que con sus versos se hacían a la palestra en busca del beneplácito del público, y del dinero de los premios. Algunos de los participantes se descarriaban en sus glosas y, si bien comenzaban con historias de amor, con líos de faldas, con enredos de cornamentas o con narraciones erótico-festivas, al pronto se apartaban del tema de aquellos juegos, del amor y sus placeres, para escarnecer algún contrincante, ya fuera con mofa o con agravio, que todo valía para ridiculizar al adversario.

En aquel segundo día de juegos poéticos, primero en competición, Manfred apenas encontró nivel elevado

que le hiciera peligrar postreras intervenciones, y bastáronle unos versos que aprendió de chico, el “Romance del enamorado y la muerte”, para encontrar el favor de un público que secábase las lágrimas al tiempo que le dedicaba un sentido aplauso de aprobación. El cortesano jurado, desconocedor de la auténtica procedencia de aquellos versos, le otorgó el segundo premio del día y la clasificación para próximos enfrentamientos.

Las intervenciones de los juglares, trovadores, rimadores y poetas en general, se iniciaba cada día con la caída del sol, pues aprovechaban las luces del día para la celebración de los torneos de fustas, donde los caballeros con más experiencia iban eliminando a los más débiles y a los menos preparados. Robustiano de Soltada inició su segundo duelo con una reluciente armadura, regalo que fue del rey Roberto. En su cota de armas, imponente, el escudo de la familia Clavel había sido bordado por mano experta en semejante labor. Su penacho, confeccionado para la ocasión, había engarzado plumas con matices arco iris, un privilegio exclusivo de la realeza de Soltada por la ley de los colores que regía en el reino. Las fanfarrias de la corte dejaron oírse en el recinto, al tiempo que el público, puesto en pie, ovacionaba la aparición sobre la arena del caballero Robustiano de Soltada, a lomos de corcel manchado. Dos escuderos portaban sus armas, destacando por su longitud una lanza adornada con los colores azul y blanco de Soltada. El gran triunfador local se disponía a escribir otra gloriosa página para la historia soltadense.

El contrincante de Robustiano fue recibido con abucheos, reprobaciones, alguna befa y muchas pedorretas, pero en su viejo rostro podían divisarse las

arrugas cuyo curtido le inmunizaba frente a tales incordios. Se trataba de un caballero andante sin blasón alguno, ni siquiera el de su propia familia, y sólo dos cintas con los colores negro y amarillo en la cúspide de su yelmo denotaban su lealtad al emperador Federico II. Su escudero, viejo como él mismo, acarrea con una oxidada lanza, una vieja espada casi tan grande como él, un abollado escudo de protección y un hacha de tajante filo que posiblemente era utilizada más a menudo para cortar algunos troncos y ramas en las noches más frías que en el propio combate en sí.

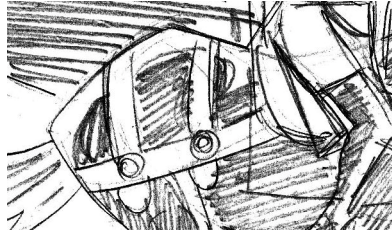
Al pronto cesaron los vítores al caballero local y los abucheos al forastero. El silencio se hizo entre los presentes, que eran muchos. El combate de justas iba a empezar.

A decir verdad, lo más probable es que en aquel momento el público enfureciera como es costumbre actual hacerlo en los campos de fútbol, pero el silencio que transcribo otorga más intriga e incertidumbre al combate. Un combate que, como usted querido lector (o lectora), habrá podido imaginar, tuvo de emoción más bien poca, y al primer galope de los caballos una reluciente armadura, con caballero dentro, saltaba por los aires y aterrizaba con gran estruendo y desilusión sobre la arena de aquel recinto de fustas. Fue la última actuación del héroe local Robustiano de Soltada. Hizo ademán de levantarse, pero un desmayo volvió a dejarlo en el suelo. Y en tal sitio estaría aún si no hubieran saltado prestos los escuderos para levantarlo al peso y cargarlo hasta las dependencias de la guardia real en el castillo, donde fue atendido por manos expertas que le dejaron como nuevo en poco más de un par de horas. El caballero contrincante, vencedor prematuro del tal envite citado, bajó de la montura para ayudar a su escudero en la

recogida de armas sin evidenciar signo alguno de alegría y, al subir otra vez al caballo, inclinó la cabeza en señal de saludo al rey Roberto Clavel, quien hallábase en posición cabecera en la plataforma que presidía el recinto de las justas. El monarca levantó la mano en un inequívoco signo de reconocimiento hacia la victoria del caballero foráneo.

Tras la derrota de Robustiano, la única esperanza que conservaba el pueblo de Soltada se centraba en la participación de Renato el Fraguas en una de las pruebas menores (aunque declarada mayor por designio real) de aquellos torneos: el tuercebrazos, prueba que, en contra de lo que parecer pudiera, resultó la de más participación, pues cuanto caballero hubo en las distintas modalidades de torneo, quizás debido a lo pintoresco de aquella variante de prueba medieval, quizás debido a los interesantes premios con los que el rey Roberto habíala dotado, no dudaron en participar en la misma. A decir verdad, no constituía prueba de riesgo físico, característica común a las demás, y suponía distensión y relajación, amén de solaz esparcimiento para aquellos rudos caballeros que habían llegado a Soltada. El desarrollo de aquellos combates (si tal apelativo alcanzaban) que en el arte de torcer brazos consistían, habíase previsto para los dos últimos días de competición, pero la gran cantidad de inscritos en la tal prueba aconsejó su adelantamiento a las cuatro últimas jornadas.





Capítulo 12.

A su salida del extraño cautiverio a que fue

sometido y siguiendo con las instrucciones que le habían dictaminado, Galán de Douvergier fue recogido por un carruaje tirado por dos alazanes espectaculares. Al entrar en su interior, el trovador se encontró con una silueta que llegó a ser habitual en su cautiverio: una dama vestida con sayo marrón a modo de fraile y con la caperuza cubriéndole la cara.

-Sepa yo al fin su identidad, mi Señora –esgrimió a modo de saludo el de Douvergier al tiempo que aposentábase frente a la misteriosa dama.

-Tal información tiene su precio, Galán.

-Pobre nací y pobre voy a morir –se exclamó el juglar-, no sé con qué moneda podría yo pagar servicio alguno.

-Vos sois hombre, Galán –dijo la siempre misteriosa silueta al tiempo que indicaba al cochero que siguiera camino-, y yo mujer. ¿De verdad no tenéis moneda con la que yo pueda cobrar?

-Señora, intuyo que vuestra posición en estas tierras es importante, pues entender no pudiera que llegarais a hacer todo cuanto habéis hecho sólo para

abandonaros a los placeres de la carne con un zascandil y tarambana como quien os está hablando.

-Intuíis bien, Galán.

-Siendo así –explicó el juglar- entiendo también que cualquier correría que entre vos y yo surgiera, siempre hablando en hipotética situación, podría resultar en extremo dificultosa para mi integridad, caso, obvia decirlo, hiciérase pública la tal teórica conjetura.

-Galán, dejemos las vendas a un lado –indicó la dama mientras se apartaba la caperuza de su rostro- y hagamos sinceras y transparentes estas pocas horas que el destino nos depara, dejemos los misterios y las engañifas para después de este tiempo en que deberemos separarnos para siempre.

-¿Quién sois, mi Señora, si no la más bella mujer que jamás hayan visto mis ojos?

Y sin más palabras, Galán de Douvergier y la misteriosa dama unieron sus labios en beso apasionado. Bueno, la dama los unió en beso apasionado, mientras que Galán lo hizo por considerar que una negativa a los deseos de aquella mujer acarrearle pudiera, quizás, consecuencias no deseables en el preciso instante en que había alcanzado, por vez enésima en su vida, la libertad.

El carruaje no debía constituir lugar de gran acomodo para que una pareja en acto amatorio se entregara a carnales y placenteros actos, pero tal condición tampoco es aplicable al Opel Corsa y allí fue donde la bibliotecaria y yo mantuvimos nuestros primeros ajamientos. Sí es cierto que al siguiente día, lo mismo mi chica que un servidor, conservábamos algunos laureles de aquella inolvidable batalla: un moratón en la pierna, una pequeña erosión en un codo y dos puntos en mi frente de cuando rompí con la misma el espejo retrovisor. Y algo parecido ocurriole a la bella dama con

la que Galán fornicaba, pues, y quizás debido al fragor de la batalla, la tal citada señora enmarañose cabeza y cuello en una de las molduras de las agarraderas de los asientos y un pequeño corte a la altura del mentón dejó brotar un breve reguero de sangre.

No consta en los libros referencia alguna a la intensidad de aquel encuentro, ni así como a la calidad del mismo. Ni mención siquiera puede encontrarse sobre el grado de satisfacción de la dama. Pero a tenor de lo que conocemos del de Douvergier, juglar corrido y veterano en tales menesteres, aquel momento quedaría siempre grabado en el recuerdo de aquella muchacha.

Tras los sudores, Galán insistió en la belleza de la su Señora, en el brillo indescriptible que irradiaba de sus bellos ojos, en la lozanía de aquellas tiernas carnes que disfrutó, en la tersura de unos pechos que la razón le habían robado, en la espesura de un sexo que por siempre, confesó, iba a venerar. Y a la par, iba preguntando a la dama sobre su identidad.

-Declarasteis amor a la Reina, Galán...
¿revalidáis vuestras palabras?

-Lo hice por desesperanza, mi Señora, por creer que tal era quien me había conferido cautiverio. Pero ahora –confesó el trovador- debo desdecir tal embuste, si errado estoy en identidad. Mi amor no puede conocer más mujer que la que acabo de gozar, sea o no sea la Reina. Mi corazón restará por siempre suyo, mi Señora.

-¿Y si fuera yo, en verdad, la Reina? Observad los emblemas de este carruaje. Decid, ¿acaso no se tratan del escudo real de Soltada?

-¿Acaso no sois igualmente mujer, Señora? Sin embargo, extraño resulta que fuerais doncella antes de caer en mis brazos.

-Si no lo hubiera sido –sentenció la misteriosa dama- no hubiera caído en tus brazos.

Y así terminó aquel encuentro entre trovador y cortesana, pues a Galán, no sin antes haber sido besado en un último, tierno, apasionado y, sin duda alguna, sincero beso, dejáronle en pleno corazón de la villa de Soltada con el encarecimiento de abandonar aquellas tierras y no regresar en vida a ellas.

Cuenta el historiador E Punto Ramírez que aquel encuentro quedó grabado en el corazón del juglar, que la beldad y hermosura de la dama del sayo prendaron el ánimo y aún el espíritu de un veterano en batallas amorosas como era Galán, y que sufriendo de amor emprendió retirada a tierras más seguras. Sin embargo, recuerdo cuán confuso se mostraba el vejete de la biblioteca cuando afirmaba que los juglares y trovadores no dejaban lugar a los amores, que cautos se mostraban a caer en las redes que Cupido va tendiendo a su antojo, y que resultaba una chorrada hablar de un Galán de Douvergier enamorado de una dama vestida con una suerte de sayo y una caperuza cubriéndole la cabeza. Yo le decía al viejo que bajo el vestido había una mujer, hermosa sin duda, una mujer que desvirgada fue por nuestro trovero, a lo que el del clavel me insistía en que un juglar no podía enamorarse, que muchas mujeres pasaban por sus brazos en su vida y que a cuál más bella. Sin embargo los hechos que iban a acontecer, y que van a ser narrados al final de nuestro relato, delataban la existencia de un auténtico amor entre Galán y la que dejó de ser doncella en sus brazos. Podríamos suponer, llegó a decirme el viejo en su afán de buscar otras explicaciones a la historia, que en realidad Galán se sintió terriblemente dolido por las últimas palabras de la dama, que se sentía utilizado y humillado por aquella mujer, y que por ello

aconteció aquello que narraré a continuación, pero no sería así, concluía el del clavel, la última aparición de Galán confirma sin género de dudas que en realidad existió ese amor del que hablaba Indalecio E Punto Ramírez en su trabajo “Soltada, la desaparición de un estado”.

Sea como fuere, lo que sí parece no dar lugar a incertidumbres es la convicción que después del encuentro embargó a Galán de que aquella mujer del sayo no era otra que la mismísima reina María de Minarete, aun a pesar de la doncellez aludida, y que por ello, al encontrarse de frente con Manfred Von Roterose maquinó al instante y con astucia un curioso plan con el que vengarse de la Reina (en la conjetura, deseada por el viejo de la biblioteca pero descartada por él mismo, como hemos visto, de que no estaba enamorado y se sentía humillado) y, oportunamente, anotarse otra victoria más en sus refriegas con el alemán Von Roterose. Es obvio suponer que en caso de presumir en la certeza del amor de Galán por la dama, con aquella estratagema Galán quería dejar constancia de su amor imposible por la Reina, y testificar sobre una supuesta impotencia sexual del Rey Roberto Clavel, o, aquello que sería peor, una condición sexual distinta a la supuesta. Por ello hablóle a Manfred de su gran enamoramiento, de su huída por ser el tal amor imposible, de su momento de pasión con la que era doncella, del nombre de aquella mujer: María de Minarete.

Y el tal ardid ideado por Galán dio lugar a uno de los episodios más apasionantes de la historia de Soltada, con consecuencias inesperadas para muchos de los protagonistas de nuestro relato, un capítulo que marcaría el principio de todos los demás, un suceso que por sí sólo no merecería designación otra que la de anécdota, pero

que junto a otros motivos desencadenaría aquello que el título del trabajo de Indalecio E Punto Ramírez nos sugiere: la desaparición de un estado.

Gustaba el anciano del clavel de relatar con pelos y señales los sucesos de aquella tarde fatídica para Soltada, de extasiarse en la narración de los hechos y recrearse en cada uno de los detalles, convirtiendo aquello que sin duda constituye un apasionante relato en una perorata cansina y aburrida que, por lo soporífera, nunca escuché con entusiasta atención. Aún así, y pese a mis ronquidos (de los cuales el viejo del clavel jamás quiso darse cuenta, dicho sea de paso), aquellos acontecimientos pueden ser recogidos en esta narración sin contratiempo alguno, pues mis recuerdos de los mismos se deben a la lectura del consabido “Soltada, la desaparición de un estado”, donde se refería la citada historia de forma amena y resumida. Curiosamente se coincidía con la visión que de los hechos tenía el vejete de la biblioteca.

Manfred Von Roterose escogió unos antiguos versos para su presentación en la jornada inaugural de aquellos juegos florales. La historia de un joven príncipe que casase con una desconocida princesa a la que previamente había salvado de las garras del enemigo moro, aderezada con unos pícaros toques a modo de burlas escatológicas y pequeños chascarrillos sobre el estamento clerical, levantó grandes aplausos a un público entregado a aquellos juglares, trovadores y poetas que más burlas y jocosidades incluyeron en sus versos. Hubo quien atreviese con algún chisme propio de las gentes de Soltada, comidillas o habladurías que recogido habían de los propios soltadenses y que conseguían la carcajada del

auditorio, pero que levantaban no pocos recelos por lo que de cada uno pudiera versar el poeta en cuestión. Otros optaron por simples ocurrencias, invenciones de enredos y marañas que arrastran consigo las que son turbulentas historias de amor, tema por excelencia de bardos, rapsodas y troveros, amén de serlo, de igual forma, de los Primeros juegos florales de Soltada. Pero todos buscaban, con el chiste más o menos fácil, la risa del público que congregábase en la explanada de la Torre del Homenaje.

Ya al segundo día de coplas, rimas y odas varias, Manfred pudo percibir cuán elevado estaba el nivel de los que fueron sus competidores y, sabiéndose limitado en sus ingenios, optó por empezar sus intervenciones sin guardarse demasiados ases en la manga, pues de nada servirían si quedaba eliminado.

-Y en llegando ya a Soltada,
vieron aquestos mis ojos
mujer que en ser amada
dieran los hombres sus flojos.

Y en habiendo ya llegado,
cabal cuenta yo me di,
las mujeres del reinado
las más bellas que yo vi.

Unos pequeños cambios en palabras clave de poemas aprendidos por Manfred Von Roterose en su peregrinar por caminos y villas, y ganaba con ello el aprecio y la admiración de quienes escuchábanle.

-En el nombre de Dios y de Santa María,
si ellos me guiasen estudiar querría,

componer un romance de nueva maestría,
del buen juglar Galán y de una tal María.

Galán se llama, de Douvergier natural,
que por las venturas vive en gran temporal,
hizo perder la honra a doncella formal,
y juró para siempre el suyo amor leal.

Y esos, o parecidos versos, fueron los plagiados por Manfred para introducir el tema sobre el que discurrirían sus intervenciones en los juegos florales. Es obvio imaginar que la turbia historia de un personaje real tan conocido en Soltada como escandaloso en su leyenda, cual era Galán, gozaría del máximo interés entre las gentes soltadenses, más aún compartiendo la tal historia amatoria con una doncella, de nombre María, vecina de aquella villa de Soltada. ¿Quién sería? ¿Quién no sería? Se reía, pícaro, el viejo del clavel ante la posibilidad de que en verdad hubiera existido alguna María entre las mancilladas por el juglar durante su estancia en aquel pueblo, y elucubraba sobre la eventual presencia de esta posible María entre las gentes que recreábanse con los juegos florales. Si tal casualidad hubiera tenido lugar, podemos evidenciar cuán incómoda debió sentirse esta María viendo narrada la historia de su pasión. Pero Manfred se cuidó muy mucho en no desvelar la identidad de la tal María, guardándose así el apellido de Minarete para el toque final. En considerar que mantener la intriga sobre la identidad de la muchacha ocasionaría el favor del público, deseoso de escuchar otros detalles de la tal historia narrada y de descubrir en momento alguno la identidad de esa chica, quién sabía si vecina, no andaba desatinado el poeta alemán, pues en verdad así fue.

Las gentes de Soltada chismorreaban cada mañana sobre aquel affaire soltadense que tuvieron a bien en llamar, para convertirlo en leyenda, el del Galán y la doncella, historia que objeto fue de varios romances y cantares de la época. Pero aquel desconocimiento sobre la identidad de la que fue doncella, pues obvio es que ya no era, no sería el único en este embrollo, pues Manfred von Roterose de igual forma desconocía quien era la tal María de Minarete, llamada así por el mismo Galán de Douvergier. De esta forma, el trovador creía que se trataba de alguna muchacha, joven lo más seguro, engañada por las artimañas de las que Galán acostumbraba, sin sospechar que el de Minarete era, en realidad y como todos nosotros sabemos (y si no aquí estoy yo para recordarlo), el linaje de la reina María, monarca de Soltada.



GABRIEL FRAU GOMILA.



Capítulo 13.

Pedro el Matasiete apenas dejó verse por el recinto de fustas después de su eliminación en aquellos torneos. A decir verdad, aquellos combates de pamplinas no revestían interés alguno para el Comandante en jefe de las tropas del reino. Aunque, visto con los ojos del Matasiete, quizás hubiera sido preferible no tener soldados a tener aquellos melindres que, es de suponer, debían defender Soltada.

Por las tardes, tras el cambio de guardia, Pedro dejábase caer por la sacristía donde el obispo Basilio preparaba la misa de la noche. Allí dialogaban tranquilamente el militar y el clérigo, los dos hombres que atesoraban mayor poder en Soltada, siempre por detrás del rey Roberto. Ambos personajes se desentendieron de la gran semana soltadense, de los torneos medievales y de los juegos florales, preocupados como estaban por las noticias llegadas de Roma: tras continuos rifirrafes con el emperador Federico II, el Papa Gregorio IX habíale declarado la guerra, y ordenó Cruzada contra el excomulgado soberano.

-Es el momento, monseñor –declaró el comandante Pedro al obispo Basilio- para disertar convenientemente con mi hermanastro el Rey. Debemos ir a la guerra.

-Lleva tiempo el papado mandando misivas en este sentido –confesó el obispo-, y en tal enfoque he aconsejado al rey Roberto en un par o tres de ocasiones. Pero no creo que el viejo Papa Gregorio emprenda represalia alguna contra nuestro estado por no aportar a su vera un par de docenas de soldados inhábiles y desmañados en las artes de la guerra.

-Éste es el motivo, monseñor. La incapacidad que los caballeros de nuestro reino de Soltada demuestran para con los oficios militares aconseja, de apremiante manera, la conveniencia de licenciar a tales soldados en los castrenses menesteres, y otra forma no existe más perfeccionada que una práctica en el mismo campo de batalla.

-Si ésta es la opinión –se convencía el clérigo- del superior en mando, nada tiene que objetar la Iglesia. Restaría, pues, bendecir resultante expedición y remitir oficio a Roma, participando a Su Santidad de la decisión que esta diócesis comparte con las fuerzas políticas de Soltada de acceder a los deseos del papado para la incorporación de nuestro minúsculo, pese a que bravo, ejército a la Cruzada cristiana en contra del emperador Federico II.

Y en tal sentido se expresaron el militar y el religioso ante el rey Roberto Clavel en urgente reunión convocada por los primeros.

-Sosegaos –aconsejó el rey Roberto-. Sosegaos y explicadme con más detalle. ¿Decís, monseñor Basilio, que tenéis nuevas sobre una excomunión al emperador Federico II?

-Excomuni3n y persecuci3n. El santo Padre de Roma –inform3 el obispo- ha ordenado Cruzada contra el emperador, y precisa la ayuda de las tropas de su majestad.

-Pero decidme –se interes3 el monarca- ¿acaso no haba sido ya excomulgado, no media a3n una d3cada, el emperador?

-As3 es, majestad –explicaba el obispo-, y a3n as3 encontr3 el soberano la benigna indulgencia de su santidad el Papa.

-Hermano Pedro –solicit3 el rey Roberto-, explicadme en favor de mis recuerdos confusos: ¿no hubo cruce de armas entre las tropas imperiales y las papales en el reino de Sicilia a causa de esta excomuni3n y alguna otra rencilla?

-Est3is en lo cierto, mi se3or.

-¿Debo, ante todo ello, entender que tras lucha armada revocara el Papa la excomuni3n? –Y a3adi3 el soberano- ¿Debo creer que, tras derogar la condena, el Papa Gregorio dicta otra vez excomuni3n y a3n ordena persecuci3n del emperador Federico?

-Tales, majestad –dijo el cl3rigo-, son las informaciones llegadas de la Santa Sede.

-Interesante, monse3or. Mas, decidme –solicit3 Roberto al tiempo que serv3a 3l mismo una copa de vino al cl3rigo, copa que, como siempre, rechaz3 Pedro el Matasiete-, ¿compete al Papado la destituci3n del emperador del Sacro Imperio Romano Germ3nico?

-Me consta que el Santo Padre en acuerdos se encuentra con los pr3ncipes germanos para nombrar un candidato al trono del Imperio.

-Tengo entendido, y corregidme vos, hermano Pedro, que ducho est3is en cuestiones de guerra –dijo el rey de Soltada mientras se aposentaba de nuevo en su

trono-, que los príncipes germanos juraron lealtad al emperador Federico -ante el asentimiento del Matasiete, siguió hablando el monarca: -¿puede entenderse la actitud de tales príncipes como deslealtad? ¿Hablamos de traición o debemos suponer que esta entente entre los alemanes y el Papa debe calificarse de conspiración?

Puso el obispo el grito en el cielo, como era de esperar. Las decisiones surgidas de la Santa Sede debían ser entendidas como emanadas del poder divino, o algo parecido. No cabía duda de qué lado estaba la razón.

-No os sulfuréis, monseñor -le apaciguaba el rey Roberto-, vos sois hombre de Iglesia y debéis obediencia ciega al Padre Santo de Roma. ¿No lo jurasteis así, monseñor Basilio?

-Así es majestad, y el juramento es sagrado.

-Yo juré lealtad a Federico II, Emperador del Sacro Imperio Romano Germano. Mi Señor.





Capítulo 14.

No es la primera vez que pretendo narrar

en obra escrita una historia ilustrada en documentación peculiar, como es, creo, el caso que me ocupa. Pero sí es la primera vez que la tal historia no ha sido elegida por mí. Nunca creí, en aquellas tardes de supuesto estudio de asignaturas de Derecho, cuando me internaba en la biblioteca que se encuentra cerca de la Plaça de Cort buscando la abstracción precisa para el tal estudio, que aquellas gratas charlas (cuando no se transformaban en aburridas peroratas) mantenidas con el viejo del clavel fueran a desembocar, como lo hacen en estos momentos, en el teclado de un ordenador y de ahí a una pantalla que, en su constante uso, achicharra día a día mis delicados ojos dejando a su pies una sombra negruzca conocida con el vulgar nombre de ojeras. Tampoco creí jamás, y de bromista hubiera tratado a quien tal cosa hubiera sostenido, que aquella bibliotecaria a quien acostumbraba a mentar como la de las malas pulgas y las buenas tetas, acabaría compartiendo su vida conmigo (o yo con la de ella si es que en los matices alguien puede apreciar la

diferencia). Y siempre pensé que si nombraba al hombre del traje gris lo haría aludiendo a un famoso disco de Joaquín Sabina, jamás pensando en un viejo que por un casual encontré en una biblioteca, mitad pública, mitad privada, cuya bibliotecaria me hacía callar sólo cuando a ella le interesaba. Pero lo que sí tenía claro es que mi carrera de Derecho no andaba por los cauces que uno desearía sobre todo si ese uno era mi padre, quien, cumpliendo con su papel, no paraba de aconsejarme que me centrara más en mis estudios). Así las cosas, cuando el viejo del clavel, el del traje gris, empezó a repetirse en sus historias sobre Soltada, momento que coincidió en el tiempo con una especie de oficialización de lo mío con la bibliotecaria (o, mejor, lo de la bibliotecaria conmigo, por aquello que comentaba de los matices), decidí cambiar de biblioteca e intentar que nada ni nadie intercediera en mi camino hacia el estudio.

Aquel cambio de biblioteca me supuso, a corta instancia, un aprobado en Derecho Laboral y otro en Derecho Civil de cuarto curso, y aunque poco pude hacer con la Filosofía del Derecho y el Derecho Procesal, pues ya se sabe que quien mucho abarca poco aprieta, sí pude construir unas bases consistentes para afrontar una segunda convocatoria con garantías.

Pero las anotaciones que en los márgenes de mis apuntes quedaron asentadas con la intención de no permitir que cayeran en mi olvido las historias del viejo del clavel, conseguían que cada cierto tiempo me dejara caer por la biblioteca y le preguntara al erudito detalles de aquella que fue su historia y que ha pasado, diez años después, a ser mi historia.

En ocasiones, las anotaciones mentadas no consistían únicamente en frases escritas de resumida manera, sino que las adornaba con algún dibujo o esbozo

que iba saliendo de mi mano al compás de las explicaciones del vejete. De todos estos dibujitos (si a tal calificativo pueden llegar mis garabatos), aquel que mejor me salió, no siendo, como no he sido nunca, un buen dibujante, era el de un caballo alado. Engalanaba con el tal boceto el resumen de una de las leyendas más bonitas sucedida en aquella temporada de torneos, justas y poesías de Soltada.

Cuenta, la leyenda, que un caballero con una capa blanca se incorporó a la presentación de los participantes una vez ya iniciado el desfile inaugural. Acababa de llegar a Soltada, y lo hizo sin escudero alguno que las armas le guardara. En su escudo divisábase un emblema en blanco, y del tal color era su blasón. Contaban, en la época, que su montura era descomunal, un blanco corcel mucho más grande que los caballos franceses (de asiduo uso por los caballeros andantes) y del que se aseguraba que su velocidad superaba la de los caballos hispánicos y aún la de las veloces monturas del infiel enemigo árabe. Por armas portaba una reluciente espada, al cinto, a la que bautizaron los soltadenses como La Invencible, y una lanza no muy larga elaborada en acero blanco al igual que la armadura. Se contaba que La Invencible había sido templada con acero de la ciudad de Damasco, famoso desde tiempos inmemorables por una dureza que sólo se superaría, siglos después, con el acero toledano. El Caballero de la Blanca Capa, como se le conoció en Soltada, se hospedó en los cobertizos de una de las escasas posadas que se regentaban en la ciudad, y el tal hecho mentado avivó los lenguaraces comentarios que sobre el guerrero versaban las gentes: frente a aquellos que sostenían una total ocupación de las plazas de hospedaje en Soltada, había quienes creían que el de la Blanca Capa no disponía de dinero para la fonda, habida

cuenta que llegó tarde a Soltada para solicitar hospedaje a cargo de la Corte, pues todos los soltadenses sabían que aquellos caballeros se mantenían con los dineros reales obtenidos, a su vez, de los tributos especiales que el rey Roberto Clavel había impuesto a los habitantes del reino. Sin embargo, y por los hechos que a continuación voy a narrar, el verdadero motivo de alojarse en aquellos cobertizos no era otro que el de no alejarse nunca de su caballo.

Fueron muchos los competidores en aquellos torneos y justas que cruzaron la frontera de Soltada por su vertiente norte en su linde con el condado de Brings, y casi todos ellos lucían los pendones de aquella jurisdicción. Puesto al corriente del acontecimiento, Hugo de Brings, titular legítimo del condado, decidió rendir cortesía al rey Roberto de Soltada, y presentose con gran comitiva y mayor bombo en la corte soltadense. Entre los muchos integrantes de la comitiva condal, y aparte del Conde Hugo y de su esposa la Condesa Reinalda, así como una retahíla de siervos, criados, vasallos y subalternos, encontrábanse varios aristócratas y gentes distinguidas, tales como la propia hija de los Condes de Brings: la pequeña y bella Flor, y algunos de sus domésticos.

Suponía el viejo del Clavel que Flor de Brings tuvo que acaparar la mayor belleza jamás arribada a Soltada, pues narran las crónicas que tan grande era su atractivo que varón no había que no se rindiera a los pies de la chiquilla. Un encanto y hermosura, por otro lado, no propios de su madre, la Condesa Reinalda de Brings, a quien la crueldad de los chismes de las parlanchinas de la villa pronto la asoció con la recordada y fea Noroberta, quien fuera educadora del rey Roberto en sus tiempos de

principito. De dominio público era el hecho de que el Conde Hugo fue el primer prendado por la dulzura de su hija, y así, no contento con rodearla de los muchos sirvientes que la mimaban, de los versados educadores que la instruían y de los fornidos guardaespaldas que la escoltaban, el propio Conde jamás se alejaba en demasía de la presencia de su hija, con propósito de preservarla y protegerla de cualquier mal que acecharla pudiera.

El rey Roberto tuvo a bien en notificar al Conde Hugo de Brings que en el palco de autoridades del recinto de justas restaría reservada una poltrona para tan honorable vecino que, con su presencia, ensalzaba y dignificaba el reino de Soltada.

Pronto el Caballero de la Blanca Capa se convirtió en el héroe de aquellos torneos. Sus combates eran cortos y limpios; sus contrincantes jamás pasaban, como mucho, de la segunda embestida de lanza. Toda vez que el palco presidencial reconocía su victoria, aquel caballero iniciaba su ritual desmontando de su caballo y ayudaba a su adversario a levantarse; cuadrábase ante el público que lo vitoreaba y hacía ostentosa reverencia frente al rey Roberto, juez de los combates, en clara expresión de pleitesía. Y, siempre al final, hundía su rodilla en tierra frente al Conde Hugo despidiendo su presencia en inequívoco signo de vasallaje.

Es obvio imaginar que aquel caballero de blasones blancos apenas encontró obstáculo para arribar al gran combate final del torneo de Soltada. Sin ostentaciones, alardes o pavoneos, aquel caballero sin sirviente llegaba cada tarde al recinto del torneo, esperaba su turno en las justas, vencía a quien se pusiera delante, ejecutaba su ritual de despedida ante la aristocracia del palco y se retiraba a las caballerizas de la posada. Allí se procuraba de algún manjar que lo

sustentara y de aquellos útiles que menester había para la perfecta higiene de su blanco caballo, a quien mimaba con delicados cuidados y acicalaba con gran ternura y cariño.

El contrincante del Caballero de la Blanca Capa, en la final de los torneos de justas, resultó ser un fornido caballero cuyas armas se alzaban en defensa de los colores de la Hermandad Livonia de la Espada, quien llegó a Soltada con la vitola de haber batallado al lado de la Orden de los Caballeros Teutónicos contra los Mamelucos primero, y, ya con los pendones de la Hermandad Livonia, en cruzada contra las hordas infieles del Gran Ducado de Lituania. Este fornido caballero, bautizado con nombre germano sin duda, vio cómo las gentes de Soltada olvidáronse del tal bautizo y buscáronle otro nombre de más fácil memorización. Así la leyenda nos habla, con mote de escasa originalidad, del Caballero del Rojo Bigote.

De la tal forma contada, la leyenda concluye con el combate entre el Caballero de la Blanca Capa y el Caballero del Rojo Bigote, dos bravos guerreros que saldaron con un empate, a ojos del rey Roberto, sus primeras confrontaciones con lanza. El enfrentamiento, pues, iba a dirimirse sobre la arena, donde ambos soldados blandieron sus espadas en signo de inminente ataque. Grandes muestras de admiración dejáronse sentir entre la muchedumbre asistente, ante el centelleo de la espada del caballero blanco, La Invencible. Por su parte, el caballero rojo demostró ser un virtuoso del arte del acero, avezado como estaba en el combate a cuerpo, pero al final sucumbió, exhausto, ante el ímpetu y la energía del de la capa blanca, quien jamás perdió la compostura ni la elegancia en el manejo de la espada.

El rey Roberto Clavel, tras el excitante espectáculo que ambos caballeros habían ofrecido, dignose en bajar del estrado para nombrar ganador del primer torneo de justas de Soltada al Caballero de la Blanca Capa. Hecho lo cual, el soldado, dirigiéndose a la tribuna de nobles, volvió a hincarse ante el conde Hugo de Brings y, despojándose del casco, ofrecióle sus armas en vasallaje, su brazo en sumisión, su reverencia en acatamiento y pidió le entregara los pendones, escudos y blasones del condado de Brings con los que cambiar el blanco de sus atuendos y por los que luchar, y morir si aquello fuera preciso, durante el resto de su vida. A cambio, le pidió al conde la mano de su hija: la bella Flor de Brings.

-Levantaros, caballero –ordenó el conde-, y sabed que es mi designio que quien despose a la futura condesa de Brings aúne en él el consentimiento humano, como tal bien podría ser vuestro caso, y el consentimiento divino. Sólo aquel caballero que a lomos de su montura del cielo bajare, conseguirá mi consentimiento y, con él, la mano de mi hija Flor. Con Dios, caballero.

Y es, precisamente, en este punto de la historia (o mejor afinaría mentando la noche que siguió al combate relatado) donde salen a relucir los elementos mágicos de la leyenda narrada: no bien despuntaba la alborada cuando del cielo de Soltada apareció volando un vigoroso corcel blanco montado por caballero con blanca capa. Todos los vecinos vieron al caballo y al jinete, así como las descomunales alas blancas que de la montura emergían.

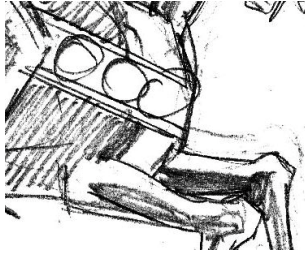
Todos los habitantes de Soltada presenciaron la aparición. El Caballero de la Blanca Capa descabalgó para arrodillarse ante la noble Flor de Brings, quien hallábase en el mismo centro de los jardines reales. La

niña aprovechó la rodilla en tierra del soldado para subirse a lo alto del caballo y, al momento, el corcel alado inició el vuelo con la muchacha y el de la Blanca Capa a sus lomos. Habíanse cumplido las exigencias del Conde Hugo de Brings.

Cuenta, la leyenda, que al instante en que el caballo empezó a volar, todo cuanto de blanco había en vestimentas y ornamentos del caballero se tornó de muchos colores, y que el verde y el rojo, colores de Brings, aparecieron gloriosos en los pendones y blasones que lucía el que fuera Caballero de la Blanca Capa. Cuenta, la leyenda, que todos los habitantes de Soltada lo vieron.

Y a este punto llegados, y con ánimo de no marchitar los pétalos de la tal leyenda contada, sí quisiera anotar una breve consideración que quizás conteste aquellas preguntas que todo lector despierto (en ambos significados del concepto) se esté planteando en estos momentos, y es que tras el último combate de aquellos torneos, una gran fiesta tuvo lugar en los jardines de la corte. Allí, nobles y villanos se mezclaron para diversión de sus almas y aún de sus cuerpos. Hubo espectáculos tales como representaciones burlescas y actuaciones musicales, festejos varios conmemorando a los bravos caballeros que luchado habían en aquellos días, celebraciones en honor de aquellos poetas y bardos que más aplausos consiguieron en los juegos florales, verbenas en suma para regocijo y esparcimiento de aquellos habitantes de Soltada que culminaron sus alborozos observando, borrachos todos, quizás, cómo un precioso caballo alado hacía acto de presencia y escribía los primeros renglones de esta hermosa leyenda.





Capítulo 15.

Tras los acontecimientos y acaeceres que voy a desvelar en posterior capítulo al que ahora nos ocupa, y asegurando, porque así lo hizo el viejo del clavel, que fueron los tales hechos quienes causaron en el rey Roberto un profundo malestar y un cierto desasosiego, el monarca tomó la firme decisión de ir a la guerra. De presumible podemos tachar la hipótesis que confirmaría que en verdad la guerra importaba al rey lo mismo que un comino (si utilizar puedo una expresión al uso en tiempos actuales), pero sin duda el soberano sospechó que un cambio de aires en su vida cotidiana sentaría bien a su alma, y que con ello quizás se evadiera la zozobra que lo embargaba.

La noticia, aún en período de alto secreto, corrió como el Correcaminos en persecución de quien siempre me pareció divertido coyote, y pronto llegó a oídos de los cortesanos. Los vasallos, los siervos y las meninas fueron extendiendo la voz a pajes y bufones, quienes enteraron a cocineros, criados y lacayos, los cuales pusieron al corriente a todo aquel que quiso enterarse en la corte de Soltada. Pronto, también, las nuevas traspasaron los

muros del castillo, y como alma que persigue el diablo fue pasando, de lengua en lengua, por calles, caminos y travesías de la villa de Soltada.

Tras la bonanza que supuso el período de torneos para los negocios y comercios soltadenses, y una vez recuperado el habitual devenir en las gentes de Soltada, un considerable número de hombres quedose sin trabajo. Ante la gris perspectiva de una emigración hacia el estado de Sarre, tierra próspera por ser el paso natural para aquellos viajeros que movíanse entre tierras teutonas y galas, la noticia de que el reino de Soltada iba a participar en la guerra fue bien acogida entre los varones más jóvenes, y así fueron muchos quienes se alistaron en el ejército soltadense. Tales alistamientos fueron, además, promovidos desde la corte, pues consideraba el comandante Pedro el Matasiete, y así hizolo saber a su hermanastro el rey quien aprobó la promoción, que al partir el ejército hacia el frente de batalla, otros caballeros debían defender la villa y la corte de Soltada. Para la cual cosa se hacían imprescindibles más hombres de armas.

Como era de esperar ante la disyuntiva existente entre el poder imperial y el poder eclesiástico, el rey Roberto Clavel decidió que sus tropas engrosarían las filas del ejército pontificio, del que se sabía ya había partido en apoyo de las tropas lombardas que habíanse diezmado en sus enfrentamientos contra el ejército.

De esta forma quedaba nulo el juramento de fidelidad que años antes el propio rey Roberto había formalizado, por petición expresa del estado vaticano, en favor del emperador Federico II Hohenstaufen, quien pasaría a la historia universal con el sobrenombre de “stupor mundi”.

Los preparativos para ir a la guerra supusieron un cambio radical en la corte de Soltada. Si tal decisión tomada por el monarca lo fuera, como cabe suponer, para relegar su desasosiego a un segundo plano, a fe que lo consiguió. Todo en palacio era desorden y nerviosismo. Los consejeros reales no paraban un instante en debatir sus consideraciones sobre tal o cual aspecto, los subalternos no poníanse de acuerdo sobre las tareas de estado a asignar en ausencia del rey, los lugartenientes y apoderados no cesaban en la organización de un viaje que iba a necesitar algo más que vituallas para que los bravos caballeros de Soltada llegaran al frente de guerra. A todo ello, los criados, escuderos, servidores y pajes andaban perdidos de un sitio a otro, de una dependencia a otra, sin saber exactamente qué debían hacer, los escribas no daban abasto en las transcripciones de documentos, pliegos y certificados, dos astrólogos que en palacio había no cesaban en aventurar predicciones a diestro y siniestro, los camareros no sabían a quién dar de comer, y los bufones no encontraban ya a quién divertir.

Así las cosas, el rey Roberto pasábase la práctica totalidad de su tiempo encerrado en su cámara privada y en despacho, casi ininterrumpido, con el mando militar y el representante de Dios y el Pontífice, o, lo que es lo mismo, en reunión casi permanente hallábanse los tres poderes del reino de Soltada: la autoridad soberana personificada en la figura del rey Roberto, la autoridad militar representada en el comandante en jefe Pedro el Matasiete, y la autoridad eclesiástica simbolizada en el obispo Basilio. Según narraba el librito “Soltada, la desaparición de un estado”, aquellas tres personas estuvieron, durante días, despachando sin otras visitas que las de algún camarero dispensándoles viandas, agua,

caldos y otros brebajes; sin embargo, y es de suponer detalle lógico el que voy a anunciar, cabe pensar que el trajín de consejeros ante la audiencia del monarca debió de ser constante, así como las visitas de aquellos lugartenientes que quedarían en el castillo de Soltada y que recibir debían las órdenes pertinentes para dirigir el reino en ausencia del rey.

-Debéis nombrar regente, mi Señor –aconsejaría algún secretario.

-Debéis redactar testamento, majestad –aseguraría el mentor jurista.

-Debéis ejercitar más con el escudo –sugeriría el instructor militar.

-Debéis descansar, mi Señor –advertiría el lacayo.

-Debéis reiros, rey –recomendaría el bufón al tiempo que tropezaba con sus propias botas para darse de bruces contra el suelo.

El obispo Basilio, satisfecho tras la decisión tomada por el soberano, valiose de un mensajero real para mandar aviso al Santo Padre de Roma, un recado donde anunciaba la inmediata incorporación del reducido pero bravo ejército soltadense a las tropas pontificias.

-Sin duda, majestad –aseveraba el obispo-, el Papa acogerá la noticia con gran entusiasmo y elevará plegarias a Dios nuestro Señor para que los soldados del reino vuelvan a sus casas sanos y victoriosos.

-Así sea, obispo. Pero de interés resultaría también que su santidad cuidara con holgadas vituallas a los nuestros caballeros y les otorgara aquellas atenciones sanitarias que necesitaren... junto a los rezos y plegarias, se entiende.

-Me consta que tales acciones son prioritarias en las agendas del Santo Padre –aunque quizás no estuviera muy convencido de ello el obispo-, ¿de qué otra manera

podrían prestar sus valiosos servicios y estar siempre a la orden los cientos de caballeros que el ejército pontificio conforman?

-Siempre he confiado en el buen hacer y en las responsabilidades adquiridas por parte del estado vaticano –confesaba al obispo el rey Roberto-, y en base a ello he ordenado que el aprovisionamiento para la intendencia de los soldados caballeros que van a acompañarme en la guerra contra el enemigo, resulte suficiente para llegar hasta tierras lombardas donde previsto tenemos unirnos a las tropas cristianas. Pero –continuó el rey-, no cargaremos más que las provisiones necesarias, el exceso de carga retrasaría nuestro viaje en no pocas jornadas.

-Partid sin inquietud, mi Señor. El Papa respetó siempre las normas de la milicia.

Y así partió, el Señor de Soltada. Previsto había en un principio acompañarse, para el mando de las tropas y consejo de la estrategia, del comandante jefe del ejército soltadense, su propio hermanastro Pedro el Matasiete, pero fue precisamente el militar, aleccionado al parecer por el obispo Basilio, quien hizo que el monarca corrigiera sus planes.

-Mi Señor, permitidme un consejo como hermano y como jefe que soy de las milicias.

-Decid Pedro –autorizó el rey Roberto.

-No deberíais ir a la guerra.

Imagino que tras escuchar tal aseveración, después de haber tenido que escuchar en múltiples y diversas ocasiones aserciones en sentido contrario, toda persona en sus justos cabales reaccionaría de forma que dejara firme constancia de su indignación y enfado mediante muestras de desacuerdo e irritación, sin

embargo, el rey Roberto se conmovió ante las palabras de su hermanastro, pero se mostró firme en su decisión.

-Mi Señor –hablaba el obispo-, habéis adoptado decisión valiente y acertada, pero debéis sopesar la necesidad de vuestra presencia en el frente. ¿Acaso no creéis que de conveniencia sería quedaros en palacio para seguir manejando los destinos de Soltada? Nadie mejor que vos para continuar en el gobierno de nuestro pueblo.

-Eminencia, una curia de lugartenientes y gente de mi total confianza he previsto para tales menesteres. Soltada queda en buenas manos.

-En buenas manos políticas, sin duda, pero ¿entienden estos delegados de cuestiones de defensa?

-Tú mismo, hermano Pedro, has formado un ejército, joven e inexperto, pero ejército en suma, que suple a los valerosos caballeros que van a partir conmigo al frente. –Seguía el rey manteniéndose en su decisión.

-Voluntarios sin oficio –protestaba Pedro-, valerosos sin duda, pero necesitados de un guía que los tutele en caso de conflicto.

Y no faltábale razón al comandante Pedro y al obispo Basilio. Soltada quedaba a merced del primer estado vecino que atacarle quisiera, aunque, si hay que ser sinceros, estado no había interesado en conquistar aquel pequeño reino a caballo entre tierras galas y germanas.

La ausencia del soberano, así como la del jefe militar y aún la de los pocos soldados que podían defender la plaza, causole no pocos quebraderos de cabeza al rey Roberto Clavel, quien decidió adoptar una serie de medidas entre las que se encontraba la comentada de transmitir sus funciones administrativas y judiciales a varios de sus consejeros, quienes ocuparían los despachos reales. En relación al ejército que debería

quedarse en el castillo creyó de conveniencia dejar al mando de los jóvenes alistados, en aras de ser nombrados caballeros, a Robustiano de Soltada, quien fuera héroe para los soltadenses en los ya pasados torneos de justas. Sin embargo, toda precaución parecíale poca al monarca, y más aún cuando despachaba tales asuntos junto al Matasiete y al obispo Basilio a quien encomendó los cuidados y las asistencias precisas a la reina María caso de que el propio rey cayera en combate.

Como ya anuncié hace varios párrafos, las palabras de Pedro el Matasiete y de su amigo y confesor Basilio, cuyo objetivo pasaba por convencer al rey Roberto de la necesidad de que en Soltada permaneciera fuerte, hicieron mella en el monarca, y en efecto consideró que las medidas adoptadas para regir los designios del reino podían resultar escasas. Sin embargo, y teniendo en cuenta las circunstancias que motivaron la real decisión de entrar en guerra, Roberto Clavel ansioso estaba por partir de Soltada, por abandonar palacio y alejarse de aquellas tierras en las cuales no aguantaba ni un instante más. Por las tales cosas y consideraciones, y casi en el último instante, el rey Roberto tomó la decisión de dejar en la corte a la persona más capaz para solventar las eventualidades políticas, militares y de cualquier otra índole que fuera precisa. Y la tal persona no era otra que su hermanastro Pedro el Matasiete.

Pedro no acogió la decisión, a su decir, con buen agrado, pues como militar y jefe de las tropas soltadenses le hubiera resultado satisfactorio acompañar a las mismas en la misión de guerra, pero al fin y al cabo la idea de liderar un puñado de caballeros poco diestros e inexpertos no revestiría gran atractivo para el Matasiete y por la cual cosa no gastó excesivas energías en desbaratar

la que sería última decisión del rey antes de partir al frente.

-Te quedarás en Soltada, hermano Pedro, y en ti recaerá el mando civil y aun el militar de este reino que en tus manos dejo. Mis lugartenientes han recibido mandato de aconsejarte en tus decisiones y de servir en las mismas. Sus conocimientos están a tus órdenes; tu sabiduría y su experiencia guiarán por buen sendero el futuro de nuestro noble país. En cuestiones militares pocas indicaciones puedo formular, nadie es mejor que tú para tal menester, nadie guiará a los noveles hombres de armas como de forma certera vas a hacerlo tú. Cuando sea de precepto aplicar justicia, descúbrete firme e intransigente, pero no dejes que la dureza convierta el castigo en advenimiento de superior envergadura que el delito a juzgar. No debes mostrarte pusilánime, timorato ni achicado ante circunstancia alguna, quienes para el gobierno fuimos educados, aprendimos que tamaña actitud acrecienta posibles traiciones y codicias de poder. Con mucho cuidado deberás lidiar cuestiones tales como pretensiones varias del obispo Basilio: permite que comande las almas del pueblo y aun la tuya si consideras ello conveniente, pero no cedas poder político. En cuanto a la reina... no he permitido que dirija las cuestiones de estado porque para la cual cosa no fue preparada, y debes convertirte en su sombra si soy vencido en la batalla y deba ser ella la titular del reino. Permítele que administre aquello que atañe a palacio, siervos, criados, sirvientes y demás, pues ellos han adquirido costumbre de obedecer a mi esposa y a otros cortesanos avezados a tales ocupaciones. Que Dios te ayude en tu empresa, hermano Pedro.

Dicho lo cual, montó su caballo y se fue a la guerra. Imagino que, en su honor, y en el de los

caballeros que acompañabanlo, las fanfarrias reales clamarían al cielo con estridentes sonidos, algún súbdito le ofrecería algo de vino para brindar su partida, los bufones representarían unas chanzas para una última sonrisa, los criados despedirían a su señor en formación casi militar, el obispo Basilio ofrecería alguna plegaria en ofrenda cristiana y la bendición le otorgaría, pero la reina no salió a despedir a su real marido como tal hubiera sido, imagino, su obligación.



GABRIEL FRAU GOMILA.



Capítulo 16.

Manfred von Roterose, como ya expliqué

con anterioridad, se ganó la condescendencia de un público que pronto empezó a hablar del trovador más allá de la explanada de los juegos florales. Habladurías y murmuraciones varias, amén de más de dos embustes, tejieron una vida atrayente con episodios fascinantes y seductores. Historias de desamores, no exentas de cuernos y alguna cornada, entrelazaban, cual maraña fascinante, docenas de leyendas atribuibles al famoso Manfred von Roterose, afamado juglar que ganado había cuantiosos concursos poéticos... por lo menos al decir de la gente.

Manfred seguía alimentando la curiosidad de la parroquia narrando y glosando pasajes de un fugaz romance, fragmentos de una historia de amor ocurrida en Soltada, piezas que encajaban en un amorío entre dos personajes reales de aquel pueblo: Galán y la doncella. Iba, con ello, esculpiendo una historia de amor a golpe de verso amañado, al tiempo que las gentes de Soltada iban creando una historia irreal para un pasado de Manfred que nunca existió, e íbanla transformando en leyenda, en

aquella leyenda que sólo los más grandes juglares escrita llevaban en sus currículos.

-¡Patrañas! –exclamaba alguien al escuchar los gloriosos comentarios que proferían las mercaderas al hablar de Manfred-. Este hombre es un busca la vida, un trotamundos que con sus mentiras embauca y enreda a las gentes ignorantes para conseguir unas monedas con las que vivir.

-¿Qué sabrás tú, viejo borracho? Tú sí eres ignorante. Envidia tendrás tú, abuelo...- Y así, verduleras, carniceras, fruteras y demás, defendían la memoria de aquel que narrábalas una historia que sus ojos no vieron.

-Ese bardo teutón que tanto alabáis –continuaba el viejo-, visitó pueblos que corriéronlo a pedradas y palos. Yo le conocí en Augsburg en una feria de artesanos. Se comentaba que el tal Manfred, desheredado y desterrado del condado de Roterose, habíase hecho a los caminos con un puñado de aventureros armados con bandurrias y mandolinas, y recalado había en la ciudad de Augsburg donde se le suponían no menos de dos pretendidas, tantas como hidalgos buscáronlo en la noche y moliéronlo a pescozones y mamporros. Al iniciar viaje hacia Venecia, mis cofrades y yo lo encontramos magullado y lastimado, y por compasión cristiana curámosle las heridas. Mas hete aquí que alguien reconoció en él aquel que deshonorado había a su mujer, y sin apenas darnos cuenta volvió a dejarle más perjudicado que al recogerlo, tan violenta e impulsiva fue su reacción. Al instante se dio cuenta que aquel no era el juglar que rondado había a su esposa.

Pero a las gentes de Soltada no parecía importar en demasía aquellos comentarios, ciertos o no, que daño pretendían hacer a Manfred von Roterose. Tanta era la

curiosidad por conocer el desenlace de la historia que por episodios el trovero narraba en aquellos juegos florales, que muchos abordaban en la misma calle para indagar sobre la identidad de la tal María. Pero Manfred se mantenía firme en su decisión de reservar el desenlace para el acto final, un último golpe de efecto para terminar un enredo amoroso que se abultaba con pequeños detalles, cosecha propia von Roterose.

El nivel cualitativo de los bardos recalados en Soltada se mostró pronto irrelevante en las jornadas poéticas. La rima, el ritmo, la composición, la métrica, todas aquellas cosas que de forma tan insistente nos enseñaron nuestros profesores de literatura, palidecieron ante la fuerza de la historia, del tema que trataban los trovadores y juglares. El estremecedor impacto que supuso la historia de Galán y la doncella consiguió avivar los ingenios del resto de participantes, y pronto comenzaron a glosarse historias, supuestamente reales, ocurridas en tierras soltadenses e interpretadas por gentes de tales tierras. Y quiso el guión que algunas de estas historias malinterpretáronse en las calles de Soltada, y que algunos nombres, supuestamente velados, destapáronse al decir de las gentes, y que tales malentendidos tornáronse en mortíferos dardos que sembraron de duelos, desafíos, pugnas y lances las calles más oscuras de aquella ciudad, amén de supuestos ajustes y otros violentos affaires. Cuando un juglar utilizaba para las sus glosas el nombre de Enriqueta, todas las Enriquetas de Soltada eran sospechosas de las, por lo general, oscuras marañas de cuernos y enredos que la inventiva de aquel juglar ideaba, y al solo verso de “mirola con deseo el vecino”, todos los vecinos de todas las Enriquetas amanecían con insultos, coacciones,

intimidaciones y advertencias, si no con un ojo a la virulé.

Y si en el día de las Enriquetas, todas las féminas que con tal nombre fueron bautizadas eran señaladas con el dedo a su paso por las calles hacia el mercado, o eran escarnecidas en la plaza recogiendo agua, o sentían el murmullo de las vecinas cuando tendían las coladas, tales eran también los desprecios que sufrían las Guillermas en el día de las Guillermas, y las Ginebras en el día de las Ginebras. Pero todos los días era el día de las Marías.

Escamados, recelosos, suspicaces, desconfiados, temerosos y aún quisquillosos y aprensivos, andaban aquellos cuya mujer llamábase María, aquellos cuya hija bautizaron con el nombre de la virgen, aquellos cuya hermana, quizás por tradición familiar, por María era llamada. Pero todas esas Marías, tal vez en silencio, eran envidiadas por el resto de mujeres de Soltada, pues cualquiera de ellas podía haber sido amada por Galán de Douvergier, aquel juglar llegado de cualquier lugar y tocado con una suerte de barretina roja, aquel guapo y galán trovador por el que habían suspirado las mujeres solteras, y las casadas también.

La razón histórica del gran éxito que juglares y troveros obtenían entre el sector féminas de aquellas poblaciones y ciudades medievales en las que iban recalando, hay que buscarla en la personalidad de los integrantes del sector varones, en su mayoría rudos trabajadores, hombres fornidos y vigorosos físicamente con una escasísima cultura que los convertía en seres toscos, groseros, ordinarios, bastos y brutos. De la tal manera descrita no eran los poetas. Sus músculos carecían de cultivo, pero no así sus cerebros, tan sólo fuera por la experiencia que acumula el conocer las

muchas culturas y costumbres halladas en los cientos de kilómetros recorridos y en las innúmeras gentes conocidas. Sus modales y palabras en nada se parecían a las de los hombres locales, ni aún a las de los caballeros. Palabras gentiles y corteses, dulces en fin, que convertíanse en melaza para los oídos de aquellas mujeres que escucharlas quisieran. Reverencias galantes, sonrisas educadas, cortesía y amabilidad, amén de los muchos piropos y lisonjas que los juglares sabían situar en el instante más oportuno de la conversación, hacían el resto.

Sin embargo, y muy a pesar de la fama adquirida por estos troveros, a pesar incluso de las muchas trompadas, guantazos y algún palo que llevábanse los tales poetas, los maridos, los mismos que proferíanles puñetazos y pedradas en salva de un honor supuestamente humillado, no veían con malos ojos la presencia de tales personajes rondando a sus mujeres. Incultos sí, pero no tontos, sabían los maridos que de vez en cuando precisa la condición femenina el recibir una caricia dulce, un susurro tierno o una mimosa mirada, y ellos se sabían incapaces de complacerlas en este aspecto. Cierto es que para algunos el precio a pagar se tornaba elevado, y a poco que uno se descuidara la poesía del trovero se transformaba en furor y el deslumbre de la mujer se volvía deseo incontrolado, componentes ambos que en conjunción terminar solían en colchón caliente, en improvisado camastro o en pajar discreto. En estas circunstancias frecuente era en la época cambiar el garrote de atizar por puñal o destal traicionera.

Pero no se lleven a engaño, queridos lectores, el arte del flirteo, arte del galanteo imagino que se llamaría en aquellos entonces, no distaba en demasía de aquel que conocemos nosotros. Es decir, y para entendernos, el

hombre se disfraza de buena persona y despliega tantas armas cuantas conoce para que la mujer caiga rendida en sus brazos. La mujer saca el escudo y repele todas las armas. No hay más. Mucha era la fama que envolvía a trovadores y semblantes, mas no acostumbraba a ser más que eso, fama.

Manfred era poco menos que una celebridad después de aquellos primeros días de juegos florales, pero en las noches cubría su frío con pajas o con algunos retales de telas viejas y sucias. No pocos eran los intentos, pero lecho no hallaba el germano que le proporcionase calor en las noches, ni mujer que tal quehacer librara. Al llegar la tarde, rebotante su orgullo de loas, ponderaciones y ensalzamientos que iba acumulando al paso por calles y plazas de Soltada, Manfred acostumbraba a aposentar sus huesos y su soledad en la misma taberna donde serenaba su sed y su espíritu el comandante Pedro el Matasiete. Y era a la salida de aquel tugurio, amodorrado sin duda por los efectos del alcohol, cuando la vena poética regaba la inspiración de Manfred y el juglar preparaba las coplas para el día siguiente. Nadie sabía que tratábanse de versos plagiados.

Galán de Douvergier, en su paso por Soltada, había sido aquello que consideraríamos la excepción a la regla. En su paso por Soltada y en todos cuantos otros sitios recaló. Si los juglares se ganaban la cama, amén de su moradora, una o, a lo sumo, dos veces por semana, tenía por costumbre Galán dormir caliente cada día. Por mentada razón, muchas eran las mujeres que recordábanlo en Soltada, cabe pensar que unas más

gratamente que otras. Y una de esas mujeres, cortesana en este caso, como todos sabemos era la reina María.

Algún espabilado lector habrá, quizás, pensado que entre los vecinos de Soltada muchos pudieron sospechar que la tal María de la historia narrada por Manfred pudiera ser la reina, y la tal cosa fue del mismo modo presentida por el obispo Basilio. Cierto era que la voluntad real era suprema en las dependencias que los monarcas disponían entre los muros catedralicios, y que nada pudo hacer el obispo ante el encierro de Galán por orden de la reina, excepto dejarlo escapar, obviamente. Pero no era óbice para que Basilio no experimentara un cierto sentido de culpabilidad al pensar en la más que probable circunstancia de que el rey hubiera sido coronado, y no precisamente con corona, en aquellos aposentos. Pedro el Matasiete había informado al obispo, en capítulos anteriores, del asunto entre la reina y Galán, y desde aquel instante el eclesiástico sentíase incómodo por lo que aquello suponía de deslealtad hacia el rey.

-No debimos, Pedro, permitir aquel encierro sin informarlo al rey –opinaba el prelado-. Ese juglar iracundo y lujurioso, en su huída detalles daría de su relación con la reina. Ahora ese otro pecador, Manfred se llama, recoge la tal insidia para restregarla por las narices del rey y de sus súbditos.

-Imposible, monseñor, creedme. –Pedro el Matasiete intentaba tranquilizar al obispo, pues la desazón que demostraba era mucha.

-Si fuera el propio Galán quien sus historias narrara, cuidariase muy mucho de detallar su episodio delante del rey Roberto, pero hablando estamos de otro juglar.

-Y los juglares, monseñor, mienten cuanto hablan. Aún así, dormid tranquilo, pues nada debe preocuparos,

pues en nada sois culpable, ni aún habiendo pasado aquello que vos sospecháis entre los muros de vuestra iglesia.

Y de la tal manera sosegaba Pedro al obispo añadiendo, a interpretación del propio Matasiete, que aquella que por María era llamada en la historia del juglar, mal podía ser la reina, pues los años que de matrimonio llevaba la soberana intuir hacían que no podía ser doncella. Y doncella era la María de la historia.

A Manfred aquellos días de popularidad le sirvieron para incrementar en muchos enteros su propia estima. A primeras horas de la mañana solía visitar el mercado, y dejábase ver por los puestos de comestibles donde, siempre entre súplicas de desvelo de la historia y alguna felicitación, las mercaderas lo agasajaban con algunas frutas, con un puñado de olivas, con un pedazo de salazón, o con unos frutos secos que Manfred aceptaba agradecido. Llegado el almuerzo, el de Roterose, a cambio de algunos versos, por lo general lacios y marchitos, era obsequiado con algunas viandas más consistentes que servíanle para iniciar su duelo poético, al menos, con la barriga llena.

En las primeras tomas de contacto entre los bardos y trovadores participantes, los rivales de Manfred apenas le otorgaron credibilidad, no en vano su nombre ya era conocido en otros muchos lugares europeos, y todos sabían de su falta de éxitos. Pero a los pocos días, gracias a las glosas del Galán y la doncella, ya todos vieron que bien podía erigirse el teutón en el ganador de aquellos juegos florales. Los había, sin embargo, quienes, avezados desde hacía años a aquellas situaciones, y arropados por la seguridad que otorga la experiencia, convencidos estaban de la existencia de plagio en los

versos de Manfred von Roterose, pero de igual forma se sabían incapaces de hallar prueba de tal acusación. Así las cosas, mucho fue el empeño y la voluntad que pusieron los contrincantes de Manfred para derrotarle, pero tal era el poder de encandilamiento que emanaba de aquella historia, que hasta el propio jurado, encabezado por la reina María de Minarete, iba día a día premiando las glosas del trovero Manfred para, de esta forma, tener más nuevas del affaire al día siguiente, pues era ya secreto a voces que el de Roterose mantendría la incógnita de la identidad de la doncella hasta el último día de enfrentamiento poético, si eliminado no había sido con anterioridad.

Y no fue con anterioridad eliminado el juglar Manfred. Con paso firme y verso plagiado, el germano escribió para la historia europea aquello que quizás podríamos catalogar de la primera novela rosa por entregas. Novela hablada, se entiende, pues tal era el sistema para ilustrar, en somera base, a las gentes llanas que no entendían más que de trabajos y penurias. Y así, Manfred iba revelando detalles, los más inventados, de una historia que llegaría a su fin en el último día de juegos poéticos. Un día, ese último comentado, que amaneció algo triste y lloroso, pero que, como era costumbre en Soltada, íbase estirando con las horas hasta dejar paso a un titubeante pero placentero sol de primavera.

Aquel día reuniéronse todos los juglares, trovadores, rapsodas y semblantes en la explanada que con motivo de los juegos se había preparado, y empezaron a repartir versos a diestro y siniestro. Sus semblantes mostrábanse risueños y gozosos, pues aquel era el día en el que recibirían los estipendios que se habían ganado con su participación. El público, acudido

en masa para sacar en claro de una vez la identidad de la doncella María, vecina de Soltada, agradecía a los poetas con vítores y aplausos sus participaciones durante aquellas jornadas florales. Habían también montado su chiringuito distintos bohemios que de Soltada hicieron su hogar durante aquellos días, y así la concurrencia podía adquirir dulces de miel y otras golosinas, amén de collares con abalorios, toquillas de colores y otros adornos personales. Pronto se llenó el cadalso de autoridades, cortesanos y cortesanas vestidos con sus mejores ropajes y tocados con sus mejores joyas, no en vano aquella jornada era de fiesta grande en Soltada. Los trovadores recitaban sus últimos versos, y algún bufón imitábalos arrancando algunas risas cuando no sonoras carcajadas de la concurrencia.

Y entre tanto barullo dispuesto apareció, con los pocos aires de grandeza que podían otorgarle sus vestiduras viejas y desaliñadas, el protagonista de aquel día, el gran juglar Manfred von Roterose, noble, caballero y trovador. Es de creer presumible que el rival, un casi imberbe mancebo, se presentó a aquella final consciente de las pocas perspectivas que de victoria tenía, mas contaron las crónicas del lugar que demostró grandes dotes para la poesía y que bien pudiera haber derrotado, con sus glosas, al bueno de Manfred si no hubieran acontecido los hechos que a partir de ahora, apreciados lectores, van a conocer.

Recién abandonada la mocedad, Laurent Jongleur, joven poeta de origen francés, defendió una triste historia de amor, con el alegato que otorga el tormento de corazón y la razón de quien padece tales dolores. Sus glosas, guiñapos de una desesperación, sembraron la congoja entre los villanos y aún entre las gentes de la corte que, en pleno, abarrotaban sus asientos en el

estrado. Recibió por sus poemas una sincera ovación. Después de ello apareció Manfred quien, después de saludar al rey Roberto Clavel y a la reina María de Minarete, presidentes de honor en aquella jornada de clausura, dirigióse a un público ansioso por escuchar sus palabras.

-Permitid, respetable concurrencia, que sean presentados los postreros versos de una veraz y cierta historia que en tierras de Soltada no ha mucho que ocurrió. Mi lacayo, es de lamentar, a tiempo no ha llegado de tierras lombardas donde por misión le encargué, entre otros muchos quehaceres, la recogida de un laúd construido especialmente para mí en la ciudad de Cremona. Sin embargo, tal historia del Galán y la doncella precisar no debe bellas notas musicales para ser entendida.

Y, atento el público, el germano juglar inició aquello que bautizó de postreros versos, relatando un hipotético adiós entre Galán de Douvergier, trovero y conquistador, y una doncella... que ya no lo era. Desflorado había el libertino Galán a la virgen muchacha, de nombre María, mas el amor entre ambos, apasionado por novel, imposible era por la posición de la tal María, conocida en Soltada.

-Y de las sus mejillas lágrimas brotaron,
y Galán recordole cuánto se amaron,
con un amor prohibido que no gobernaron,
y en llorando sin consuelo se abrazaron.

Con fáciles rimas sobre coplas antiguas, Manfred acercaba a las gentes al final de la historia. Mercaderes, campesinos, artesanos, ganaderos, campesinos, taberneros, gentes de buen y de mal vivir prestos estaban

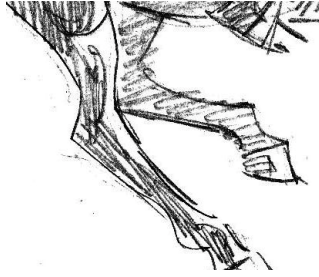
todos a aquellos últimos versos del de Roterose. En el palco el silencio era elocuente, nadie disimulaba el interés por la historia, y ni aún los bufones dejaron un solo instante para las payasadas.

-Roto de dolor y el corazón encogido,
Galán caminó con el ánimo vencido,
dejando atrás Soltada sin rumbo escogido.
Llorando está María pues Galán ha partido.

Y llorando estaban también muchos de los oyentes. Los más, disimulaban las lágrimas con forzados gestos; los menos, sin consuelo aparente dejaban escapar por las mejillas sus sentimientos.

-Y de esta tal manera, cuando yo venía,
me contó Galán aquello que él quería,
que yo propagara a los vientos, me decía,
el que de Minarete era su María.





Capítulo 17.

Con el fin de no faltar a la verdad debo decir

que en ciertas ocasiones el vejete del clavel, o el del traje gris, como prefieran llamarlo ustedes, tenía la tremenda facilidad de sacarme de mis casillas, si es que con la señalada expresión logro expresar con suficiente elocuencia el hecho que trivialmente calificamos como el de cabrear, incluso el de cabrear mucho. Pretendo decir, con esta confesión a modo introductorio de este capítulo, que no siempre transcurrían plácidas e impertérritas nuestras pláticas sobre aquel que fue uno de los estados más pequeños de Europa.

Soy, por lo general, de naturaleza afable y tranquila. Mi mujer, la de las tetas, sabe que tiene que sacar muchas pulgas a relucir para alcanzar mi irritación, situación ésta que, dicho sea de paso, le encanta. Sin embargo, y muy a pesar de este natural descrito y que conservo como herencia de mi fallecida abuela paterna, el viejo del clavel tenía el poderoso don de sulfurarme al instante cuando pretendía dar por buenas algunas teorías que no sólo declaraba indocumentadas, sino que, por lo general, se caían por su carácter incoherente y, en

algunas ocasiones irrisorio. ¿Cómo iba a confundir, por poner sólo un ejemplo, el principito Roberto en sus mocedades a su tía abuela, una señora como cualquiera otra, con un caballo? ¿Cómo iba a llegar volando a lomos de su montura el caballero de la Blanca Capa? ¿Cómo iba a repeler el ataque de varios ejércitos el Matasiete, rey en funciones, con un puñado de novatos? Porque no les quepa la menor duda, queridos lectores, de que el vejete de la biblioteca convencido estaba de los supuestos ataques que en varias ocasiones, aprovechando la ausencia del soberano, castigaron algunos estados vecinos al débil estado de Soltada. Se supone, siguiendo esta línea de presunción, que comandando a los nuevos soldados del reino, Pedro el Matasiete resistió y rechazó todos cuantos ataques sufrió la villa, hecho que otorgó al monarca en suplencia gran admiración y consideración, ganándose la devoción de las sencillas gentes de Soltada.

Habíamos dejado a nuestro rey Roberto de partida hacia el frente de guerra. Parecía que, al fin, la historia reservaba un lugar de honor para un monarca de aquel reino. Es probable, y la tal conjetura, que yo apoyo, es fruto del análisis y de la experiencia que en cuestiones históricas demostraba el viejo del clavel, que el rey Roberto no hubiera cambiado del parecer de sus antepasados y siguiera opinando que la guerra no es más que una terrible llaga que se puede evitar, pero la presión que ejercía el estado vaticano sobre el pequeño reino de Soltada, y la situación creada en palacio tras las revelaciones de Manfred von Roterose que desvelaban un romance entre la reina María y el ínclito Galán de Douvergier, mellaron sin duda en los ánimos del soberano quien, tal vez perturbada su mente, tomó la decisión de ir a la guerra.

Trataríase, sin duda, de situación de difícil afrente: los estados Pontificios, por boca del obispo Basilio, solicitando presta incorporación del ejército soldadense a filas; Pedro el Matasiete en constante manifiesto que, de inquietudes bélicas, encontrábanse los caballeros del reino; la reina María de Minarete, muy a pesar de las protestas y negativas de la misma, echado había por los suelos un matrimonio que al rey parecíale, hasta la fecha, excelente; las gentes de Soltada, aun advertidas mediante pregones y proclamas sobre la falsedad de las glosas del juglar Manfred, alimentaron la leyenda de Galán y la doncella otorgando verosimilitud a la virginidad de la reina María por no haber existido descendencia del matrimonio real; en la corte, el séquito real murmuraba a sus espaldas, los siervos contaban historias de cuando Galán entraba a escondidas en las habitaciones de la reina, algún vigía juró haber visto al juglar en más de una ocasión saltar los muros del castillo, y aseguraban los bufones que si la reina era casta el rey era maricón.

Con certeza, que aquella delicada situación del rey en Palacio precipitaría la toma de decisiones al respecto de la guerra. Y al respecto, posiblemente, de la determinación de dejar al mando político y militar de Soltada a su hermanastro y hombre de confianza: Pedro el Matasiete, con finalidad encaminada a no dejar en desamparo aquella villa y aquella corte.

Las nuevas que del frente de guerra se tenían eran confusas. Noticias llegaban sobre las constantes victorias del frente cristiano, pero se sabía también que las bajas de los cruzados eran muchas. Una tarde, cuando ya las gentes soldadenses retirábanse a sus hogares, arribó a pie de muralla un caballero con señera de Soltada. El propio

comandante Pedro, quien no delegó en momento alguno sus funciones militares y las fue compartiendo con las obligaciones que la suplencia a la corona le exigía, al encontrarse en pleno cambio de guardia real (o mejor documentaría si hablara de aspirantes a guardia real) junto a la puerta de Oriente, recibió al caballero.

La puerta de Oriente era el único paso que existía para franquear la muralla que acorazaba el castillo real de Soltada. Al otro lado del castillo, al oeste del mismo, algún antepasado del rey Roberto había ordenado construir una puerta falsa, idéntica a la de Oriente, pero amurallada por dentro. Cuando el viajero llegaba al castillo se encontraba siempre con la entrada simulada, debiendo bordear la fortificación hasta arribar a la puerta verdadera. Sólo una angosta entrada, justa para el paso de un caballo y su jinete, permitía a la guardia real entrar y salir del castillo a su antojo, evitando el rodeo de la muralla. Comoquiera que el tal detallado acceso, pese a ser construido en secreto quizás por el mismo antepasado del rey Roberto que construyera la puerta falsa, y aún a pesar de su permanencia en oculto, disimulada en la muralla, con el paso del tiempo y debido a la nula existencia de conflictos bélicos en Soltada convirtiéndose en entrada habitual al baluarte (y salida del mismo, se entiende) para la guardia real, evitando de la tal manera el rodeo del castillo para tales menesteres, y comoquiera que el presentado caballero enarbolando bandera de Soltada no hizo uso de aquel pasadizo, Pedro el Matasiete desconfió del soldado, y mandó de inmediato el cierre de aquella puerta de Oriente.

Recibido por el propio comandante, el caballero con pendón de Soltada dijo ser representante del rey Roberto Clavel, quien batía valientemente junto a los suyos en cruzada vaticana frente a los herejes, y que

había llegado a Soltada para comunicar una exigencia del soberano:

-Deben ser reunidas, a la mayor presura, todas cuantas riquezas existan en palacio. Se recogerán monedas, joyas, piedras y diamantes, y deberán ser almacenadas en baúles de viaje para su más rápido transporte al mismo rey Roberto en el frente de la batalla. Los gastos en guerra son cuantiosos, y precisan de tales riquezas nuestras tropas para su manutención. Yo debo partir esta misma noche, el rey mi Señor está aguardando mi regreso. Debe ser preparada una expedición para salir mañana, a más tardar, con los tesoros hacia el frente de guerra.

Y así fue. A primeras horas de la siguiente mañana, una expedición formada por dos carros ligeros y escoltada por dos caballeros de la nueva guardia real de Soltada, salió del castillo dispuesta a viajar durante varios días antes de llegar al lado del rey Roberto. Diversos cofres de tamaños considerables habíanse cargado en aquellos vehículos, y sus sólidas cerraduras evidenciaban un valioso contenido en sus entrañas.

A poco menos de medio día de camino, aquellos dos carros y su brevísima comitiva sufrieron emboscada. Una docena de hombres armados cortaron el paso a la expedición. Los soldados escoltas sacaron espadas, pero decidiéronse a huir por ser en número muy inferior al de aquellos salteadores. Al tiempo, los carreteros pusieron pies en polvorosa y perdiéronse entre los sotos del bosque.

Precipitados los bandidos sobre los cofres, con descomunales risotadas, aquel que parecía el cabecilla mandó abrir los mismos, y así lo hicieron, a base de golpes de espada y otros aceros.

Imagino que, leyendo estas líneas, algún lector (por no elevar el concepto de algún al concepto de casi todos) estará opinando que soy poco original cuando afirmo que en aquellos cofres, y para sorpresa de los salteadores, nada había. Sin embargo, esta escasa originalidad en la historia fue fruto de una meditada estrategia del comandante Pedro el Matasiete quien, mandando una veintena de sus hombres, apareció en la escena de este episodio para prender, no sin resistencia, a unos sorprendidos delincuentes quienes ideado habían el plan esbozado para robar las riquezas del palacio.

El Matasiete había desconfiado del caballero llegado a Soltada en busca de dineros para costear las tropas de guerra. Una breve conversación, al amparo de la hora bruja, con el obispo Basilio, sirvió para confirmar que la financiación de la guerra era soportada íntegramente por parte del estado vaticano. El resto de detalles que este suceso configuran, resultan de fácil deducción.

Quiso, el comandante Pedro, ajusticiar a los facinerosos prendidos a la vista de las gentes soltadenses, y valiose para ello de una hora concurrida de mercado en la villa para tal cosa hacer en la misma plaza Mayor de Soltada. Escuchó todo cuanto aquellos bandidos quisieron decir sobre las tretas y ardidés que auspiciaron aquella emboscada, todo cuanto quisieron aportar para las sus defensas, y dictó sentencia al final, mandando inmediata ejecución de la misma al alguacil. De esta manera, los malhechores fueron expuestos en la plaza pública y azotados por asalto de caminos. Después fueron conducidos a las mazmorras donde restarían muchos años en cumplimiento de la condena impuesta por el intento de robar bienes reales, un delito de lesa majestad.

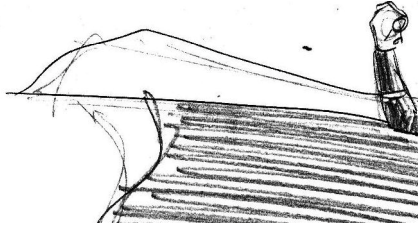
Las gentes de Soltada quedaron maravilladas con la actitud de Pedro. Había aplicado justicia de manera transparente, a ojos de quien quiso verlo. Había resultado justo, pues dejó hablar a quien iba a ajusticiar. Se mostró compasivo, pues no permitió que los azotes acabaran con las vidas de aquellos infelices. Y, por fin, se comportó de manera firme al mandarlos a presidio.

Y si en la villa y entre sus gentes el Matasiete empezó a gozar de gran prestigio y de una cierta estima, en la corte no tardó la reina María en cederle los poderes reales que a ella correspondían en ausencia del monarca Roberto, en aguardo siempre del retorno del rey. Noble y caballero, pronto manejó los designios del reino con corrección y valentía, algo que sirvió para ser considerado aquella especie de ídolo que durante siglos había faltado en Soltada.

A esta situación de popularidad y cierta gloria que alcanzó con prontitud el comandante Pedro, condiciones que posibilitaban un gobierno tranquilo y sosegado, se le sumaba el beneplácito de la iglesia, pues ya todos sabemos que entre el obispo Basilio y el comandante siempre hubo buenas relaciones. Relaciones que, sabía el obispo, resultarían siempre más estrechas y satisfactorias mientras Pedro siguiera ostentando las funciones de monarca.



GABRIEL FRAU GOMILA.



Capítulo 18.

No tardó la reina María en aprovecharse

de la ausencia de su esposo y rey Roberto, pues valiéndose de su poder de mando pronto dio estrictas órdenes a los recaderos de la corte, y presto partieron desplegándose por tierras vecinas a dispersar el recado que para Galán de Douvergier portaban de su majestad María de Minarete, reina de Soltada.

Las pretensiones de la monarca resultaban evidentes. Era de esperar el mucho tiempo que iba a transcurrir antes de la vuelta del rey, y la tal situación resultaba idónea para materializar una relación que cada noche era soñada por una María, la de Minarete, que la razón parecía haber perdido desde que un tal Manfred von Roterose protagonizado había un escandaloso episodio para la corte de Soltada, y para la reputación de la reina.

-Permitidme señora que os aconseje prudencia.

-Callad, Aldara. Mi corazón –explicaba la reina– no entiende de prudencia. Ese juglar que en buen día presentose en Soltada, entera posee mi voluntad.

-Pero señora, el rey...

-¡Callad, Aldara! Es obligación del rey la de servir a su patria, y devoción de la reina la de buscar jolgorio.

-Otros hombres existen para tales menesteres – protestaba Romancilla.

-Pero uno sólo en mi corazón.

Y con la razón ida pasaban las jornadas en Soltada. El comandante Pedro ganándose el cariño y la admiración de los soltadenses, la reina María paseando sus delirios de amor por sus aposentos de palacio, los hombres de confianza del ausente rey educando a su antojo al sustituto, los habitantes del reino felices al no tener que pagar los tributos que para el sustento de los torneos de justas y de los juegos florales habíanse establecido, y los bufones satisfechos al poder repetir los chistes que en su día interpretarían para las risas ante el rey Roberto. Un rey del que apenas llegaban nuevas desde el frente de combate.

El mentado, unos párrafos más arriba, episodio de Manfred von Roterose, incidente que propició la ida a la guerra, se inició con aquellos versos manipulados por el poeta y con los que fue día a día desgarrando la historia amorosa del galán y la doncella. El último verso llevaba escrito el nombre de la reina, y escribió no pocos sentimientos en la sorpresa de las gentes que con interés desmedido siguieron a diario el devenir de aquel enredo.

Acabados los versos, en versión de Indalecio E Punto Ramírez, la reina se desmayó, el rey Robertó se levantó (cual mecanismo con resorte), los cortesanos amagaron sus expresiones de confusión, el público lanzaría interjecciones de estupor y algún bufón se escondería tras mascullar aquello de “cornudo, cornudo”. A señal del alguacil municipal, toda vez repuesto de su

inicial desconcierto, un par de soldados carrera iniciaron en pos de un Manfred que, observado el percal, ya había puesto los pies en polvorosa tras sospechar que la tal María de Minarete no trataríase, como creía, de mujer llana, sino que aquel nombre unido iría a la nobleza o, aún peor, a la realeza de Soltada.

Se perdió Manfred entre el gentío que abarrotaba el recinto, mas aquello no valíale de gran cosa, pues ya su figura era famosa en aquel pueblo. Aprovechándose de la confusión creada, pues ya la guardia real se desplegaba, a grandes gritos, entre la muchedumbre, el juglar fue en su huída recogiendo prendas y objetos con los que disimular su imagen. Así pudo hacerse con un sombrero, algún pañuelo, una raída pelliza y otras prendas con las que disimular las suyas, recibiendo a cambio no pocos insultos y algún coscorrón de aquellos a quienes robaba. Mas, de esta forma, pudo cambiar su juglaresco aspecto por el de un tullido quien, sentado entre el barullo y el desconcierto, seguía pidiendo favor al transeúnte.

Es sabido, documentalmente, que Manfred von Roterose murió en Girona, donde recaló apenas unos años después de los lances narrados en esta historia. Consta en su currículum biográfico que fue abatido por arma arrojadiza en plena misión amatoria. Es obvio adivinar que no se quedaría cruzado de brazos el payés que lo pilló en la cama con su mujer (la del payés, es evidente), y así, el rudo campesino, en un repentino ataque de testa coronada persiguió al juglar por entre las coles y berzas, llegando a sacudirle algunos pescozones y alcanzarlo con un par o tres de pedradas que hicieron blanco en las desnudas carnes de nuestro trovador. Una de tales pedradas, la más desventurada para el juglar, abriole brecha en la frente, y fue tal el infortunio para el

de Roterose que, una vez pausado de la corrida que en ambos sentidos tuvo que bregar, cayó en profundo desmayo justo en el sitio donde a refugiarse del coronado payés había alcanzado llegar, y que no era otro que unos pesebres donde sin ningún espanto seguían comiendo unos gorrinos propiedad de los monjes del monasterio benedictino de San Feliu de Guíxols, en construcción por aquellos entonces. Los religiosos, convencidos de que aquel hombre había sido atacado por la pira de cerdos que ellos criaban, pusieron todo el empeño posible en la cura de Manfred, aplicándole todos aquellos cuidados que fueran recibo de menester para su mejor convalecencia. Pero el certero golpe asestado en la cabeza, complicado sin duda por la infección de la herida en contacto con la comida putrefacta que se servía a los gorrinos, impidieron que el bueno de Manfred recuperara la lucidez que le caracterizaba. Y así vivió unos años más entre los monjes de aquel monasterio en ciernes convertido en uno más de la comunidad religiosa, pues al no poder siquiera recordar quién era, los monjes le habían convencido de que su pasado había transcurrido con ellos, y que perdió la memoria al caerse de un peral que de raza mosquerola había en el plantío. Pese a ello, Manfred von Roterose murió cantando, como debería ser para todo juglar, y de los últimos versos no quisieron dejar constancia los benedictinos monjes de San Feliu de Guíxols.

De cómo llegó Manfred a tierras catalanas es detalle que no he logrado esclarecer. Según el vejete del clavel nunca nadie más en Soltada supo del juglar ni de sus aventuras. Bajo su disfraz de limosnero el trovador pudo ver a los soldados cómo de forma desbaratada buscando estaban al juglar que en extrema osadía había acusado de promiscuidades a la propia reina, y en el

cabal instante en que se supo a salvo de la mirada de aquellos guardias, Manfred se levantó y echó a andar, utilizando de la tal forma explicada, la pierna que escondido había para simular su tullidura. Algunos parroquianos observaron la mangarrufa, y creyéronse que aquel mendigo utilizaba aquella suerte de artimaña a efectos de engaño, pues de siempre el dar pena puede conseguir unas monedas más que otros sentimientos. Y así, sintiéndose víctimas del engaño de aquel mendicante, expresaron su irritación con insultos en primera instancia. Insultos que convirtiéronse en algún empujón que dio pasos a un par de golpes, golpes que a su vez derivaron en puñadas que inscrita llevaban una cierta mala leche. De las puñadas pasaron, sin aviso previo, a tortas y bofetones que no pudo esquivar el juglar, pues alguien lo había cogido por las axilas, y así derivó la incidencia en una monumental paliza que Manfred recibió antes de que los soldados, fracasados en la búsqueda del mismo Manfred, lo dieran por preso en cumplimiento de la normativa real que para vagabundos habíase ordenado en aquellas jornadas de fiesta en Soltada.

Un par de días después, en plena convalecencia de la somanta recibida, el trovero de Roterose fue puesto en libertad y ordenado abandonar Soltada. En su celda, semanas más tarde, recaló un preso que sabía leer, y en comunicación de los guardias puso algunos versos que escritos sobre la vieja madera que cubría el camastro alcanzó a descifrar:

“Si por falso cojo me prendieron
y por contar historias me buscaron,
sí cojo no soy, y sí glosero,
ésta mi boca no la callaron.

Y ahora digo, en celda fría,
que en mis palabras yo no mentía,
que todo es cierto, cuanto decía,
de Minarete es la María.

Buscadme ahora, soldados lerdos,
que la mi boca no cerraréis,
y mis sentidos están tan cuerdos,
que mi cojera no cogeréis.”

Se contaba entre los sirvientes de palacio, que la noche que siguió a la última jornada de los juegos florales, toda vez que Manfred había revelado la gran incógnita de los sus versos, el rey Roberto se recluyó en sus aposentos dando orden de no ser molestado por nadie. Se contaba también que la reina pasó la noche llorando a las puertas de aquellos aposentos, juraba que jamás habíase acostado con hombre que no fuera su esposo y que sólo al despunte del alba permitió que su asistente Romancilla la retirara a sus habitaciones, de donde no se movería hasta días después de haber partido el rey a la guerra.

Romancilla, la que entrara en palacio siendo la pequeña Aldara, pronto se convirtió en la única persona que María de Minarete aceptaba a su lado. La sirvienta de la reina, amén de consejera y confidente, hacía las veces de intermediaria entre su Señora y el resto de la corte, y por no tener que estar dando excesivas explicaciones en constante forma, a las preguntas contestaba que la reina sufría una extraña enfermedad que suponíase contagiosa.

Intentaba Aldara contarle historias nuevas a su Señora, hablillas recogidas en los pasillos de palacio, murmuraciones de tal o cual cortesana, habladurías en suma. Pero nunca eran escuchadas por la reina. En otras

ocasiones intentaba confesarle algún secreto que alguien le había revelado, sólo por intentar la distracción de la de Minarete. Pero en ello no hallaba interés. A veces se sentaba Aldara al lado de la reina e iniciaba conversación trivial a la que solía encontrar respuestas monosilábicas, pero pronto María desinteresábase por la tal conversa. Sólo en hablar de Galán de Douvergier empleaba la soberana todas sus fuerzas y aún sus ilusiones.

-Andará lejos, mi Señora –intentaba convencerla su doncella Romancilla-, andará lejos y los recaderos mandados por su majestad no podrán difundir la noticia en la tierra donde se halle.

-La voz llega lejos, y si mi amado quiere escucharla, a fe que así lo hará.

-¿Y si la escucha mi señor el rey?

-¡Callad, Aldara! –enfadábase la reina María-. A veces doy en pensar que no gustas de mi felicidad, que no deseas que Galán y yo juntos estemos.

Y tal era la locura que por amor habíase apoderado de los raciocinios de aquella mujer, tal era el grado de enajenación alcanzado por ella, que sólo al nombre de Galán reaccionaba, pues todo lo demás carecía de importancia alguna. Y si Romancilla, en esas ocasiones en las que creía ver algo de lucidez en su Señora, le mentaba a su esposo y rey, Roberto Clavel, tan grande desasosiego la dominaba, que en eludir su nombre y el tema ocupaba sus esfuerzos.



GABRIEL FRAU GOMILA.



Capítulo 19.

Pensará algún lector, avisado o no, que mi relato quizás esté dando tumbos de un sitio a otro en la historia de Soltada, razón por la cual debo especificar que de la misma manera me fue a mí narrado por el viejo del traje gris, o del clavel, como gusten llamarlo. Es más, fueron tantas las tardes en las que el vetusto erudito me narró episodios de aquel antiguo estado, que, unas veces por eso de que nuestra memoria se muestra incapaz de determinar si un episodio de nuestra vida es anterior o posterior a otro, y otras veces, quizás las más, porque estoy escribiendo a medida que voy recordando (e hilvanando, todo hay que decirlo) los detalles que me fueron legados por el viejo historiador y los datos que con avidez descubrí en aquel librito de Indalecio E Punto Ramírez y del que jamás he vuelto a tener noticia: “Soltada, la desaparición de un estado”, he creído que relatar algunos capítulos, si bien jugosos y divertidos, que en nada tienen que ver con nuestra historia sería, y convendrán ustedes conmigo, adornar con elementos farragosos, como tal creo que está resultando este párrafo, mi relato.

Quería, antes de escribir el párrafo anterior, aludir a estos tumbos que voy dando en la historia del rey Roberto y en la de su corte y de su villa. Y esta querencia no es gratuita. Se trata, sencillamente, de encontrar una excusa con la que incorporar, a estas alturas del relato, un desenlace que, caso de no existir estos tumbos, hubiera sin duda narrado en capítulos anteriores. Y el mentado desenlace alude a aquellos hechos ocurridos en Soltada el día en que el caballero local, Renato el Fraguas, debía disputar la gran final del torneo de tuercebrazos.

Eliminados ya todos los participantes soltadenses en aquellos juegos medievales, la única esperanza no desvanecida y que hacía presagiar una victoria local, pasaba por la participación de Renato en su especialidad de echar un pulso. Y a decir del cronista E Punto Ramírez, muy mal no podía hacerlo, pues casi sin esfuerzos se plantó en la final. Una final a la que acudieron prácticamente la totalidad de habitantes de aquel minúsculo reino, y es que la avidez de aquellas gentes en que un caballero local se hiciera con una victoria iba más allá de pretender un triunfo para el tal caballero, se consideraba el triunfo de todo un pueblo: Soltada.

Y a fe que Renato era consciente del sentimiento colectivo surgido en la villa, y aquello que, en los primeros días de competición, suponía para él una especie de tributo a pagar por el título de caballero que habíanle otorgado y por los patrimonios y capitales regalados por el rey, convirtiéndose en la obligación de no defraudar a las gentes que depositado habían sus esperanzas e ilusiones en aquel hombre que, de herrero, pasó a ser, por designio real, el caballero más afamado y aclamado en las tierras de Soltada. Y así, motivado por la tal obligación adquirida, el Fraguas, en los últimos días

de competición, decidió prepararse a conciencia e inició un programa de entrenamiento que le ocupaba la casi totalidad de la jornada.

Consciente era, el caballero Renato, que debía mantener el cuerpo en forma, pues con ello conseguiría una mayor resistencia física. Se informó, también, sobre los positivos efectos que derivábanse de una alimentación adecuada, el bienestar corporal ayudaría en la concentración. El propio comandante Pedro le recomendó que durmiera durante muchas horas, el descanso iba a beneficiarle en todos los aspectos. Y así lo hizo el Fraguas. O casi.

Con las primeras luces del alba Renato iniciaba una tabla de ejercicios gimnásticos, si como tales podían calificarse algunos aspavientos y otros gestos más encaminados a superar el frío matinal que a desentumecer y desarrollar el músculo. Concluidos los mentados ejercicios, y en segundo lugar del programa de entrenamientos, Renato empezaba su alimentación diaria con una gran fuente de frutas frescas de la huerta de palacio, leche recién ordeñada que por mandato del rey Roberto se le servía junto a una gran hogaza de pan blanco recién horneado, y un par de huevos. Una vez alimentado el cuerpo, preciso se hacía descansar con un par de horas de sueño reparador. A continuación iniciaba la segunda vuelta, el bueno de Renato, con algo de ejercicio (un poco más duro que las primeras gimnasias), más comida (algo más abundante que el desayuno), y a dormir un par de horas más antes de iniciar la tercera ronda, más dura en ejercicio físico y más abundante en comida que las veces anteriores. Y así sucesivamente.

Es fácil adivinar que aquellos entrenamientos, encaminados a la mejora de su rendimiento, producirían,

por aquello de las costumbres del cuerpo, contrario efecto al deseado.

Como ya todos sabemos, Renato llegó a la gran final, pero aquel día no se había levantado con buenas sensaciones. Notaba los brazos pesados, fatigosos, como sin fuerza. Quizá no debería haber realizado aquellos levantamientos de peso después de una jornada donde el ejercicio físico había precisado de un sobreesfuerzo complementario, pues los dos últimos contrincantes con quienes se batió para llegar a la final habíanle ocasionado más batalla de la prevista. Además, siguiendo con su estricto programa de preparación, se acostó para dormir unas horas antes de la gran final sintiendo un suave dolorcillo en el estómago. Dolorcillo que, lejos de desaparecer con el reparador sueño, dejó paso a tremendas y dolorosas convulsiones que retorcían la esbelta figura del caballero Renato. Sin duda la última comida había resultado en exceso copiosa y sus efectos afloraron en forma de gastroenteritis, indisposición o achaque de parecida índole.

Lo cierto es que, bajo salva de vítores, ovaciones y exaltaciones varias, una desmejorada figura de la gran estrella local, el caballero Renato el Fraguas, apareció en el recinto de justas saludando a diestra y a siniestra intentando exhibir aquello que pretensiones tenía de sonrisa y que no iba más allá de una tosca mueca. Diose cuenta el rey Roberto al instante, y mandó ordenanza que informara de su estado.

-Dice encontrarse mal, majestad.

-¡Voto a bríos! –exclamó el rey de Soltada.

-Dice que se va por la pata pabajo.

Seguro que no fueron precisamente tales palabras, las escritas, las utilizadas en aquel momento histórico para el reino de Soltada, pero siempre me ha gustado la

expresión “voto a Bríos”, aunque me duela reconocer que no sé quien sería ese Bríos. Eso sí, la expresión mentada, al igual que la de “irse por la pata pabajo” se me antojan más representativas de la parla castellana que del idioma hablado en Soltada, el cual, según explicaba el historiador Indalecio E Punto Ramírez, consistía en una especie de dialecto que provenía de alguna lengua románica de aquella zona y que se extinguiría junto a la desaparición de Soltada años después de nuestro relato.

Acto seguido intentó el rey Roberto, sin conseguirlo, impedir el acceso del contrincante del Fraguas al recinto, pero aquel competidor ya se encontraba allí y ya era abucheado por la multitud, resultaba tarde para impedir la entrada del rival (acto que quizás hubiera supuesto una ganancia de tiempo para algo inventar que demorara aquella final esperada). Pero no pudo ser. Allá que se encontraba, saludando al público con una enorme sonrisa como si no fueran con él las pitas y rechiflas que en su honor proferían aquellas gentes, una suerte de mole con más de cien kilos entre grasas y carnes, con el torso desnudo para dejar expuestos los enormes brazos que agigantaban su figura, y con unas más que aparentes intenciones de acabar con el Fraguas y con su mito (o parecidas intenciones denotaban sus resonantes gritos).

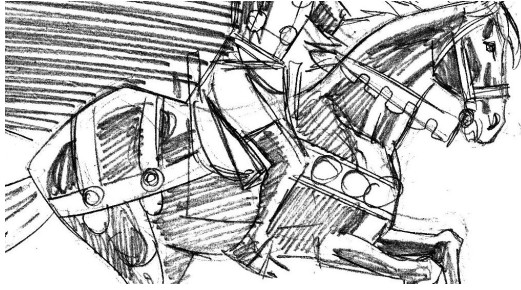
Tras brevísima y tosca presentación de los dos combatientes, ambos personajes situáronse frente a frente en una especie de pilón que, con motivo de los envites del tuercebrazos, habíase instalado en el recinto, y apoyando sus codos en él entrelazaron sus fuertes manos a la espera de la señal de inicio, justo en el preciso instante en que cesaron los gritos y aplausos que animaban al caballero local, y los pitos y abucheos que, con ánimo de desmoralizar al forastero, se dejaban sentir

entre el público. Hízose, como en las crónicas de eventos, un silencio que podía ser cortado con el filo de una espada.

No hubo más historia en aquel combate. Soltada se quedó sin triunfador ninguno en aquel primer torneo de justas. Renato había intentado sorprender a su rival, y quiso aprovechar el preciso instante en el que el juez de combate daba la orden de inicio para volcar aunadas las pocas fuerzas que aún restábanle, pero aquello no le fue suficiente. En poco menos de un par de segundos el enorme brazo de su rival tumbó sin contemplaciones el brazo de Renato y las esperanzas de cuantos soltadenses habían llenado el recinto. Un lamento colectivo pareció brotar de las gargantas de aquellas gentes, y una palidez lechosa afloró al sudado rostro del Fraguas.

Hubo quien pensó que aquella indisposición de Renato más no fue que una excusa para justificar aquello que pasó, que no existía malestar alguno en el caballero de Soltada, y que si dejaron correr la voz del padecimiento de flojedad de vientre que sufría el mismo, otra razón de ser no tenía que la de excusar, por vergüenza o por honor, la involuntaria evacuación intestinal que sobrevinole con el esfuerzo del tuercebrazos.





Capítulo 20.



Galán de Douvergier llegó a Soltada, por segunda vez, disfrazado a objeto de no ser reconocido. No consta en la historia la naturaleza del disfraz, pero podemos inventarnos un buen atuendo para pasar desapercibido: el de arriero, por poner un ejemplo. Galán de Douvergier entró en Soltada disfrazado de arriero con unos polvorientos (por eso del camino) y andrajosos (si fueran nuevos podrían levantar sospechas) pantalones de lana y una vieja camisa de lino que sólo Dios sabe de dónde la sacaría. Hasta sus oídos había llegado el mensaje de la reina y, haciéndole caso a su corazón, se encaminó hacia el reino de Soltada para entrar en su única villa confundido entre una cuadrilla de arrieros.

Los mensajeros que la reina María de Minarete había enviado a tierras vecinas, y aún más lejos a ser posible, a difundir la voz que emplazaba al juglar de Douvergier, realizaron su función de manera correcta, pero junto al reclamo de la reina tuvo también conocimiento Galán de los hechos acaecidos en los juegos florales. Y entre los tales acontecimientos nuevas recibió sobre el incidente de Manfred von Roterose.

Sabía también Galán que el ejército soltadense había partido hacia la guerra, pues noticia era ésta tan imprevisible que cual reguero de pólvora se extendió por toda Centroeuropa, y de suponer era que el rey Roberto Clavel capitaneara aquel ejército que, por minúsculo y al decir de las gentes, parecería de bufonada. Y si no estaba el rey en su reino poco iba a preocuparse Galán, pero aún así, el de Douvergier no se fiaba pues podía tratarse de una trampa para apresarlo. Así las cosas, decidió disfrazarse de arriero.

Llegó en horas de mercado, y la plaza se encontraba en pleno bullicio de gentes. Las mercaderas parloteaban con los compradores, y aún entre ellas, sobre cualquier tema que a la palestra saltara. Por su parte los mercaderes, al tiempo que de regateo estaban con los clientes, conversaban entre ellos al son de la última noticia llegada a Soltada: el rey Roberto había muerto en combate.

La obsesión que denotaba la reina María por el juglar que le había arrebatado los sentidos se acentuó de alarmante manera desde la partida del rey Roberto. En los mentideros de Soltada nadie dudaba de la certeza existente en los versos del trovador Manfred, y aunque la reina había decretado pena de prisión para quien osare hablar sobre aquel tema, parecía que el affaire entre Galán y María de Minarete era la única historia de interés para los habitantes de aquel reino. Pronto supieron los súbditos que la misma María de Minarete recado había mandado en busca del juglar Galán, y la expectación por saber si aparecería hízose latente en toda la villa y aun en toda la corte de Soltada. Y la tal expectación se incrementó en desmesura cuando palacio dio por fin oficialidad a la muerte de su soberano. Un emisario del

Vaticano entregó en mano la misiva papal donde anunciábase el fatal desenlace.

La confusión era grande todavía. Se comentaba, entre los burladeros de la villa, que el monarca había caído bravamente en combate, y que los pocos caballeros que de su ejército aún vivían decidieron seguir en la lucha, bajo las filas de tal o cual señor, siempre a las órdenes del Papa Gregorio.

Años después de los hechos narrados, volvió a Soltada Guillaume de Catnoir, caballero que fue del rey Roberto y con quien partió a la guerra. Llegó sin armas y sin caballo, denotando estrecheces y penurias pasadas. Faltábale también una mano, detalle que presagiaba las muchas y duras tribulaciones y calamidades que a buen seguro sufrió el bueno de Guillaume. De ascendencia francesa, la noble familia de Catnoir llevaba hasta cuatro generaciones sirviendo, con caballerescas condiciones, a la monarquía de Soltada. Jean de Catnoir, bisabuelo de Guillaume, recibió el título de caballero de manos de Balbino Clavel, bisabuelo a la vez de nuestro Roberto Clavel, título adquirido en agradecimiento real por haber salvado de morir ahogada a una tal Noroberta, de la realeza soltadense y supuesta antepasada de otra Noroberta (que conocimos en nuestro relato como Cara de Caballo), la institutriz del principito Roberto. A decir verdad, no consta en la historia la edad de la archieveja Noroberta, ni así tampoco la fecha de su nacimiento ni aún la de su defunción, pero suponer que ambas Norobertas fueron la misma se me antoja, dada la dispersión de los hechos en el tiempo y hasta cierto punto, ilógico.

Tras la llegada de Guillaume de Catnoir, organizáronse en Soltada varios actos en homenaje al

caballero pródigo y en memoria del fallecido rey Roberto y aquellos que junto a él cayeron en heroica defensa de la razón emanada de la alianza vaticana. Contaba Guillaume que el ejército soltadense batalló con gran bravía y extraordinario valor, pero las tropas imperiales del excomulgado emperador Federico II, más avezadas a los envites bélicos, aún a pesar de haber sufrido numerosas bajas ocasionadas por los hombres del rey Roberto, al final pulverizaron aquel pequeño ejército que junto a las tropas pontificias luchaba. El rey había caído el último. Murió matando. A Guillaume respetáronle la vida, había sucumbido a las investidas después de perder una mano luchando contra un enemigo de casi dos metros.

Antes de morir, apenas un par de años después de haber vuelto a Soltada, Guillaume de Catnoir confesó que en realidad el rey Roberto no murió en combate. Encaminados hacia el frente, y ya en tierras lombardas, el ejército soltadense se encontró con una tropilla de caballeros mercenarios que en camino hacia la guerra encontrábase. Guillaume dijo no saber si aquellos soldados en ayuda iban del ejército vaticano o por el contrario tenían intención de engrosar las tropas imperiales, pero no importáronles un ápice (o un comino, pues no voy a preocuparme a estas alturas en saber qué es un ápice y si ya existía por aquel entonces) a aquellos mercenarios los colores enarbolados en el pabellón soltadense, pues, movidos por las brillantes armaduras y las relucientes armas que portaban el rey Roberto y sus militares, pronto se abalanzaron sobre ellos con finalidad de arrebatárlas aquellas armas y aquellas armaduras, impolutas por su falta de uso. Respetaron, al parecer, los ropajes más íntimos de aquellos hombres, así como un puñal que, en deferencia y consideración a la institución

representada por el rey Roberto Clavel, dejáronle al monarca para que siguiera ostentando el poder y el escalafón sobre sus soldados, pero se apoderaron de todos cuantos bienes se acompañaba aquel reducido ejército, así como de sus caballos y un par de mulas que de fardos con víveres iban cargadas. Varios días pasaron aquellos hombres escondidos en el bosque, avergonzados sin duda de su suerte, cazando conejos y liebres, cuando no algún otro roedor, para alimentarse y sobrevivir. Decidieron mandar emisario al frente de guerra, esperando que las tropas del Papa Gregorio IX acudieran en su auxilio, y allí que fue el caballero Guillaume de Catnoir el elegido para la tal y delicada misión. Y así, camino del frente, medio desnudo y hambriento, Guillaume fue descubierto por unos labriegos en el preciso instante en que se agenciaba de una gallina y algunos huevos. Comoquiera la cosa que Guillaume les hizo frente, valiéndose de su condición de caballero aunque no de sus desaparecidas armas, aquellos aldeanos incrementaron su enfado y a punto estuvieron de acabar con la vida del desdichado Guillaume, pero al final decidieron ajusticiarlo de cruel manera y cortáronle la mano derecha, a modo y usanza de ciertas y actuales leyes musulmanas, para asegurarse de que nunca más robaría. Sin duda no tuvieron en cuenta que ello también es posible con la mano izquierda (al acto de robar aludo, no al de cortar la mano). Tras muchas fiebres, algunas infecciones, una neumonía, los mordiscos de un lobo y una colitis aguda, Guillaume logró sobrevivir gracias a su fabulosa resistencia física y gracias, también, a haber sido encontrado por un destacamento de las tropas imperiales de Federico II que en encargarse de reclutar nuevos soldados para morir en las refriegas estaba. Curado de sus heridas, alimentado adecuadamente,

vestido con algunos ropajes y desechado para el combate por manco, Guillaume pudo por fin llegar al frente de guerra y presentarse ante los militares al mando de las tropas vaticanas. Obligados por alianza, pero no pudiendo mandar tropa alguna en ayuda del ejército soltadense, los comandantes de los aliados papales decidieron informar, entre las nuevas que periódicamente expedían a la cúpula vaticana, de la muerte valerosa del rey Roberto y de sus bravos caballeros, luego de haber supuesto que en las condiciones narradas por Guillaume de Catnoir aquellos hombres habrían ya sucumbido en el bosque. Desde el Vaticano se remitió la mentada noticia a la corte gobernada por el comandante Pedro el Matasiete. Guillaume malvivió unos años en tierras lombardas hasta tomar decisión de volver a Soltada.

Oficializada ya la muerte del rey, Soltada vivió varias jornadas de luto decretadas por quien iba a ser el nuevo monarca de aquel reino: Pedro I el Matasiete. Enajenada por una esquizofrenia de nombre Galán, la reina María de Minarete, legataria de la soberanía soltadense tras el fallecimiento de su valiente marido en bravo combate, abdicó del trono en favor de su cuñado Pedro.

Los lutos expirados en las ceremonias por los funerales y homenajes, dieron paso a las fastuosidades que conllevaron las celebraciones por la coronación de Pedro I. El cariño que las gentes del reino ofrecieron desde el primer instante al Matasiete hizo que éste sintiéndose fuerte en su plaza, y teniendo en cuenta los estrechos vínculos que entre el nuevo monarca y el obispado que al mando de monseñor Basilio estaba, pronto los súbditos de Soltada habían olvidado al rey Roberto Clavel.

A todo ello, María de Minarete seguía sin salir de sus aposentos. Su fiel Romancilla hacía tiempo que había claudicado en sus intentos por disuadir de su actitud a su Señora, y limitábase a servirle en aquellas cosas que pedía, por desbaratadas que pudieran parecer.

-Debes preparar mi traje azul, Aldara.

-¿El de seda, mi señora? ¿Aquel que incrustado de piedras preciosas incorpora todos los colores del arco iris en la manteleta?

-El mismo, Aldara. No tardará mucho ya en llegar Galán a la corte, y mis mejores galas deben restar a punto para su recibimiento.

-A punto estarán, mi Señora.

-Llegará montado sobre caballo de grandes alas...

-¡Como el caballero de la Blanca Capa!

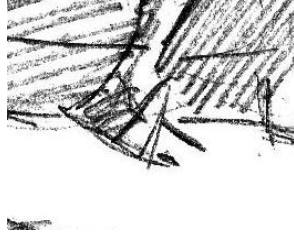
-Deberéis estar todos preparados para su recepción.

-Así será, majestad.

Y con estas, y otras de similar índole, divagaciones, esperaba la reina la llegada de su amado Galán de Douvergier. Sin embargo, la fiel y dulce Romancilla no imaginaba que en realidad el juglar estaba esperando el momento más adecuado para presentarse ante la reina María. Y si no lo imaginaba, supongo, es porque nadie en su cabal juicio imaginaría que quien se vio privado de libertad por designio de alguien que juraba amarlo, volvería a rehacer los pasos que le habían liberado para caer por segunda vez en las garras y en la voluntad de una mujer. Y todo ello sólo puede conseguirlo el sentimiento más poderoso de cuantos embargarnos pueden: el amor. Y Galán, sin duda alguna, se había enamorado.



GABRIEL FRAU GOMILA.



Capítulo 21.

Tuvo Galán la ocurrencia de entrar en palacio de forma idéntica a como había entrado en la villa, es decir, disfrazado. No consta tampoco en las crónicas la naturaleza del atuendo utilizado por el trovador para lograr sus pretensiones. Sin embargo, y puesto que disfrazar a Galán de mujer para acceder a las habitaciones de la reina supondría un detalle poco original a estas alturas de la historia, vamos a suponer que entró el andoba disfrazado de médico.

Tenía Galán unos dados cargados que acostumbraba a usar cuando precisaba con urgencia de unas monedas, de un trozo de pan o de algún favor con más importancia. Por aquella época el juego de dados, que al parecer provenía de un juego árabe llamado “al zar”, se estaba haciendo muy popular en la Europa occidental, y extraña era la taberna o tugurio donde no hubiera una mesa en la que jugarse los sueldos, los estipendios y, si fuera menester, las haciendas personales. Esperó Galán incorporarse a una de estas mesas a que antes lo hiciera algún guardia del castillo, pues desde primeras horas de la noche tenían costumbre, los tales caballeros, en montar guardia en las bodegas. Pronto

había perdido Galán todo el dinero que había depositado sobre la mesa de juego. Aceptaron los jugadores algunas fianzas, pero el juglar, arriero en aquella aventura, seguía perdiendo.

-Apostar no puedo dinero, pues no lo tengo. Y al tener como el total de mi patrimonio las únicas prendas que porto encima, si vuestras mercedes me permiten una última mano, dispuesto estoy a jugarme el cargamento que de harina tengo preparado para bajar mañana del molino, pues, sin ser mío, siempre pueden asaltarme por el peligroso sendero que al molino lleva.

Llegados a este punto, Galán cambiaba los dados por los suyos marcados y, avezado como estaba a tales artimañas, en breves jugadas conseguía todos los dineros, casi siempre pocos, que sus contrincantes portaban, suficientes, empero, para comprarse un vestido de médico.

Desde que con la escuela de Salerno los médicos habían adquirido gran prestigio y fortuna, las universidades que iban creándose en aquellos entonces formaban a esa nueva clase social a quienes pronto concedieron el derecho a vestirse con ropas costosas y adornarse con joyas. Se trataba de los escolásticos, los galenos que hablaban latín y que formados estaban en las tales universidades. Mas no era suficiente el dinero ganado por Galán para adquirir alguno de estos costosos ropajes, y así, bien tuvo que conformarse con la compra de un vestido corto, vestimenta utilizada por los médicos algebristas, aquellos que, siendo barberos, practicaban sangrías y conocían, al menos, treinta venas en las que podían aplicarlas, además sacaban piezas dentales y atendían fracturas óseas, esguinces, luxaciones y otros traumas.

Entrar en palacio le resultó, con el tal atuendo descrito, mucho más fácil de lo que hubiera sido deseado, pues ante una sencilla explicación sobre unos callos que debía extirpar a la reina María, los guardias, faltos de celo en su cometido, franqueáronle la entrada sin mayor dilación. Y allí que se encontraba Galán, en los interiores de un castillo donde los lujos y ostentaciones, si bien presentes en pasillos y dependencias abiertas, no resultaban tan abundantes como el juglar había imaginado. Pululaban por aquellos pasillos multitud de ujieres con sus libreas, aburridos guardias con lanza y casaca, y un sinfín de gentes que daban impresión de vagar y pasear, pasillo arriba, pasillo abajo.

Galán se extasió de aquel bullicio habido en palacio. En cada estancia hallaba personajes de la más variopinta naturaleza que de una u otra forma sus quehaceres y cometidos ligados estaban a la corte soltadense. Ricos mercaderes esperaban audiencia con el rey Pedro para negociar sus permisos de ventas, emisarios llegados de otros territorios pacientes hacían tiempo antes de ser recibidos por los diplomáticos de la corte, algunos vecinos de la villa compartían una gran antesala a la espera de que el rey o alguno de sus ministros impartieran justicia sobre algún litigio habido entre ellos, rudos muchachos con sus tocas en las manos sentados aguardaban a que el tesorero les pagara por algún trabajo realizado en el castillo, un grupillo de astrólogos exteriorizaban sus discrepancias con grandes aspavientos en un patio abierto que desde los pasillos podía contemplarse, los dos aguadores de la corte iban y venían vociferando su posición, soldados con pulcras guerreras patrullando y departiendo estaban con quien encontraban al paso, hazmerreíres y bufones hacían las

sus guasas y chacotas por doquier... era, la corte, lugar de gran bullicio y animación.

Guiado por los ujieres, pronto Galán se halló en la antesala de las habitaciones de la reina María. Un soldado hacía guardia en la puerta, y en los asientos dejaban verse algunos médicos, de los de universidad, que discutían sobre la más que posible locura que habíase apoderado del entendimiento de la soberana. A decir verdad, el concepto de soberana no podemos utilizarlo con propiedad absoluta, pues María de Minarete había dejado de ser reina el día en que abdicó a favor de su cuñado Pedro el Matasiete, pero éste decretó se conservara el título en honor a la que calificó como una de las mejores reinas que Soltada tuvo.

Al verlo vestido con ropajes de médico-barbero, los escolásticos cesaron en sus técnicas disertaciones demonológicas y, escondiendo sus labios con las manos, disimularon las risas que habíanles embargado.

-Tenga usted buenos días, doctor en barbas –y unas ya no cubiertas risotadas acompañaron el saludo.

-Tome asiento con nosotros, vuestra merced. Tal vez explicarnos pueda el mal que cierne sobre nuestra reina.

-Tengan a bien saberlo mejor que yo –contestó Galán a quien no importunaban palabras algunas, a tal cosa avezaba el oficio de juglar-, pues su formación galena en mucho difiere a mis humildes conocimientos.

-Entiendo, pues, que asuntos triviales son los que provocan la causa de vuestra visita.

-Entiende mal vuestra merced, en cura vengo del mal principal de nuestra reina –dijo Galán sin tapujo alguno.

-Mis colegas y yo coincidimos en opinar que el mal que ahoga a su majestad no es algo que pueda

curarse con una sangría –y más carcajadas siguieron a la ocurrencia de uno de los médicos.

-Sepa pues el diagnóstico de tan altas eminencias. Cuéntenme ustedes cuál es la naturaleza del mal que aqueja a nuestra señora.

-De mala manera puede haber diagnóstico sin previo reconocimiento y exploración de la paciente. Seis días con sus seis noches llevamos mis colegas y yo en esta antesala a la espera de ser recibidos por su majestad. ¿Cuántos días está dispuesto a esperar el doctor barbero antes de ser recibido?

-Nadie, ni aun la misma reina, hace esperar al doctor Plutarco –sentenció Galán sin inmutarse ante las burlas exhibidas por aquellos médicos.

Aprovechó el de Douvergier que una criada entraba con varias mudas en las dependencias de la reina para, de forma educada como creía que debía corresponder a un médico, afrontarla y pedir le dijera a la reina María que afuera esperábale el doctor Plutarco y, al tiempo, le entregaba una nota (en pergamino seguramente, pero bien pudo ser ya en papel, pues circulando por toda Europa estaba el papel elaborado con desechos de seda y cáñamo, tal como habían enseñado un par de siglos antes los árabes a los hispanos y a los francos) donde garabateado estaba su propio nombre: Galán de Douvergier. La sirvienta, avezada como estaba a portarle recados a la reina, asintió con grave gesto, tal queriendo decir algo así como “lo tienes chungo, colega” o como sea que se exprese en jerga actual. A su vez, el grupito de doctores seguía en pie de burla hacia el médico-barbero recién llegado, seguros como estaban de que no sería recibido antes que ellos. Pero no fue así. Al instante salió sulfurada la mencionada sirvienta pidiendo

al doctor Plutarco hiciera favor de entrar, que la reina esperándolo estaba.

Con expresión de asombro presenciaron los doctores cómo el recién llegado encontraba vía libre para entrar en los aposentos reales, y así lo hizo saludándoles levemente, en liviano gesto que venía a devolver todas y cuantas burlas e ironías había recibido.

Tras su coronamiento, el rey Pedro el Matasiete se rodeó de consejeros para organizar aquello que le resultaba novedoso, como era el gobierno de un estado. Y consta en la historia que su aplicación fue absoluta, y que su inteligencia y vivacidad permitiéronle en corto período coger las riendas de Soltada. Consejeros, ministros, secretarios, funcionarios varios, todos coincidían en afirmar la sagacidad del nuevo monarca, y pronto llegó el beneplácito de la iglesia: el propio obispo Basilio transmitió al rey Pedro los deseos de prosperidad y fortuna para Soltada que desde la ciudad de Roma habían llegado. Significaron, los mentados deseos, el reconocimiento papal a la legitimidad del nuevo monarca.

El viejo del clavel coincidía, sin que ello sirviera de precedente como acostumbraba a decir, con Indalecio E Punto Ramírez en la teoría de que Basilio había sido el gran instigador de la ida del rey Roberto a la guerra. No consta en ningún documento vaticano las peticiones que de ayuda bélica supuestamente pidieron al estado soltadense los papas Inocencio III y Gregorio IX. Resulta, además, de ilógica reflexión la conjetura de que un magno ejército, como tal era el conformado por las tropas pontificias, precisara de un puñado de soldados inexpertos como tales eran los que partieron a la guerra con el rey Roberto. Para conocer la naturaleza de los

motivos que mellaron en el obispo Basilio hasta concebir un plan cuyo objetivo era la marcha del rey, hay que remontarse a sus primeros años de obispado. Por aquel entonces, llevaba interés monseñor Basilio en apropiarse de unos terrenos colindantes con el palacio episcopal. En realidad el calificativo de palacio se utilizaba en desmesura, pues tratábase más bien de una casa grande, y de ahí derivaba la ambición hacia aquellos terrenos, pues era pretensión del obispo Basilio la de ampliar aquella casa y disponer de un verdadero palacio. Estriba la cosa en que aquellos terrenos, no más de medio acre, eran de propiedad real, y era cosa cierta que ni el rey ni ningún otro cortesano ejercían uso alguno de aquella pequeña propiedad. Sabedor como era el obispo Basilio de estas trascendencias, y de muchas otras sobrevenidas en Soltada, consideró que no importaría al rey Roberto Clavel la cesión a la iglesia del tal minifundio, pero esta consideración se encontraba muy lejos de la realidad.

Había en aquellos terrenos un albaricoquero que daba albaricoques, que si otra cosa diera ya no sería albaricoquero. Siendo aún crío nuestro rey Roberto, y estando como estaba sujeto a las enseñanzas y estudios que intentaba inculcarle la vieja Noroberta, a menudo se escapaba del castillo y llegaba corriendo a esconderse en el tronco de una vieja encina que se encontraba, también, en aquella propiedad ansiada por el obispado. En cierta ocasión, y una vez escondido en el hueco tronco de la vetusta encina, reparó en una monjita que bajo el albaricoquero hallábase, recogiendo los albaricoques que otra monja, encaramada al árbol iba pasándole. Envuelto en gran curiosidad, y olvidándose del par de soldados que a buen seguro ya habrían dejado el castillo para ir en su búsqueda (operación avezada ya entre los guardias de palacio), se acercó nuestro principito a la monja que

recogiendo albaricoques con gran ligereza se encontraba. Preguntada al respecto, la monjita, disculpando ante el príncipe, a quien había reconocido, la postura en la que se encontraba su correligionaria sobre el albaricoquero (muy católica no debía resultar la imagen de una monja encima de un árbol), explicó al niño que en la labor de recoger albaricoques se encontraban, pues designadas habían sido por la madre superiora de la orden para elaborar el dulce seco de albaricoque que suponía el manjar más tradicional de aquel convento que de benedictinas había en Soltada. El principito, sospechando que aquellas religiosas recogiendo estaban el fruto de un árbol que no les pertenecía, amenazó con chivarse a su padre, el rey Celso, quien dictaría justa condena para aquellas robadoras.

-No se exalte vuestra excelencia, deje para edades venideras tales quehaceres y dedíquese a aquello que deben dedicarse los infantes antes de su crecimiento, quiero decir, jugar. Recréese y solácese con la natura que Dios nuestro señor nos ha obsequiado. Corra por los montes, y por los campos, y distráigase con las flores y los animalitos que las habitan, quiero decir, que se las comen. Permita que nosotras terminemos la misión encomendada, porque debe saber vuestra excelencia que aquello que la madre superiora dice va a misa, quiero decir, que se debe cumplir. Y se debe cumplir porque es la decisión de Dios nuestro señor. ¡Hermana Beatriz!, a su derecha tiene una rama bien dotada, quiero decir, que lleva muchos. ¿Por dónde iba?... ¡Ah, sí! Príncipe Roberto, es designio de Dios nuestro Señor que nosotras dos recojamos estos frutos que nadie va a comerse y elaborar el dulce seco de albaricoque que sin duda vuestra excelencia debe de haber probado en más de una ocasión... ¿No? Pues no debe preocuparse, que mañana

mismo yo voy a dejarle en el hueco de la encina donde hallábase, quiero decir, donde escondíase, un trozo de dulce para que lo pruebe, y en venidera ocasión ya me referirá vuestra excelencia si el dulce le ha gustado. Y ahora, corra a esconderse, que bajando la ladera y a paso algo más que ligero acercándose están un par de guardias que seguro vienen a por usted, quiero decir, a devolverlo al castillo. ¡Hermana Beatriz! Tenga más puntería, haga el favor, que van ya dos albaricoques impactados en mi cara, quiero decir, que me han dado... ¡Vaya con Dios, príncipe Roberto!

Y cumplió su palabra la monjita: al día siguiente el principito encontró en el hueco de la encina un trozo de dulce envuelto en un trapo de dudosa procedencia. Y fueron tales las sensaciones que la ingesta de aquel confite provocó en el príncipe, que desde aquel día escapábase a todas horas de la tutela de su educadora y pariente Noroberta para encontrarse otra vez con aquella religiosa y seguir amenazándola para conseguir más dulce seco de albaricoque. Pero no coincidieron, quizás no tuvo en cuenta el párvulo Roberto que los árboles no dan frutos todo el año. Y así las cosas, meses después, dos monjas de aquella orden de benedictinas llegaron a Palacio con unas cestillas de ofrendas a los reyes, suponiendo como es obvio, que algún favor real pretendían del rey Celso. Al vislumbrarlas, el niño Roberto corrió a examinar aquellas ofrendas y, con gran alegría, halló en ellas una porción de considerables dimensiones de aquel dulce que tanto había gustado. Habló el principito con aquellas religiosas y les observó que no sólo incurrían en delito humano al robar los albaricoques en propiedad ajena, pues el mentado acto, además, no debía ser en exceso bien visto a los ojos del Señor. En defensa de tal actitud aquellas monjitas

alegaron que a otros albaricoques recurrirían, pero que el sabor de aquellos que reconocieron robar era inigualable, pues habían sido escogidos por Dios nuestro Señor para elaborar el tan exquisito dulce seco de albaricoque del convento de las hermanas benedictinas de Soltada. Y lo cierto es que púdole a nuestro Robertito la bondad y la ternura de su corazón, y permitió que aquellas monjitas siguieran cogiendo los, seleccionados por Dios, albaricoques, que si tal era la voluntad divina no debía ser humano quien la contradijera. A cambio, aquellas hermanas se comprometieron a dejar cada domingo, después de misa de doce, una porción de dulce en el hueco que formaba el tronco de aquella encina compañera de juegos del principito. Y el tiempo no borró la costumbre de las monjas de dejar, cada domingo, un trocito de dulce seco de albaricoque para el príncipe Roberto, quien con los años pasó a ser el rey Roberto, más adulto pero igual de goloso.

Supondría el rey Roberto Clavel, es de imaginar, que si accedía a las pretensiones del obispado y les cedía la propiedad de aquellos terrenos, las obras propias de la ampliación de la casa episcopal precisarían del derribo del albaricoquero, y con el tal derribo se acabaría la materia prima para elaborar el delicioso dulce que llevaba recogiendo desde hacía muchísimos años en el hueco de una vieja encina que también sería talada para las obras episcopales.

Convendrán ustedes conmigo, queridos lectores, que no es argumento confesable por un rey ante un obispo el del dulce seco de albaricoque para negarse a entregar una propiedad que tanto ansiaba el religioso, pues consideraba sería más digno para él un palacio que una simple casa. Por este motivo, Roberto Clavel le daba largas a Basilio cada vez que éste le solicitaba, ya fuera a

nivel formal, ya fuera de modo más despreocupado, la cesión al obispado de aquel terrenito que ningún servicio le hacía a la corona. Y no había más, al parecer del viejo erudito de la biblioteca, incluso en opinión del historiador E Punto, el obispo Basilio aspiraba a tener un verdadero palacio, y la tal cosa sólo sería posible con la donación (incluso en alguna ocasión se ofreció el religioso a comprar) de aquel minifundio, colindante con la casa episcopal, del que, por motivos que se escapaban del entendimiento del obispo, el rey Roberto no quería desprenderse.

Y así fue como el obispo Basilio empezó a idear una especie de plan, llámenlo ustedes como quieran, para conseguir aquel trocito de tierra. Y lo más fácil para ello, pensaría el prelado, estribaría en eliminar de una u otra forma al monarca de Soltada. Así, el que partiera Roberto a la guerra no era una mala solución, pues aunque probable era que nunca volviera de la misma, por razones que a nadie se le escapan, seguro que quien sustituyera al monarca en sus funciones gubernativas no objetaría impedimento alguno en ceder la propiedad ansiada, y mucho más fácil resultaría la tal artimaña si quien ejerciera en funciones fuera el comandante Pedro con quien el obispo Basilio había alcanzado una amistad férrea y, a tenor de nuestras informaciones, interesada.

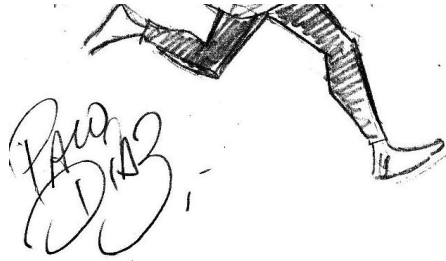
Con todo lo explicado en párrafos anteriores podemos entender el supuesto y gran interés del estado vaticano en contar con la pobre ayuda militar soltadense para la cruzada contra el emperador Federico II. Y este interés fue divulgado por el obispo ante todos los estamentos de la corte de Soltada. Así, Pedro el Matasiete, hombre de armas y religioso en desmesura, pronto entendió que el deber mandado por el Vaticano debía cumplirse. La reina María de Minarete, temerosa

de Dios, ni por un instante puso en duda las admoniciones del obispo quien le advertía, en parecidos conceptos a los utilizados apenas tres siglos después para convencer a la inefable María Tudor, que si no quedabase embarazada sin duda debía ser porque Dios no lo permitía, y para conseguir la voluntad divina no había mejor forma que su esposo y señor, nuestro Roberto Clavel, acudiera a la guerra y realizara escabechina de algunos enemigos del estado pontificio. Mas, estas engañifas no podían hacer mella en la voluntad del rey para quien tuvo que utilizar distintos argumentos: si no asustaba al monarca la ira divina, sí podía asustarle el poder militar del Santo Padre de Roma, por ello desde el Vaticano fueron llegando las amenazas que todos conocemos a la corte de Soltada.

Pese a todo ello, si fue el rey a la guerra no se debió a las argucias esgrimidas por el obispo. Como sabemos, fue el affaire entre Galán y María el motivo principal de la tal decisión y, tomada la misma, tiempo le faltó a Basilio para convencer al rey de que debía dejar al frente de la corte a un hombre que preparado estuviera para ello. Pedro fue el elegido, el amigo personal del obispo de Soltada.

Saliéronle bien, con todo ello, las cosas al prelado. Y así, no bien hubieron pasado muchas jornadas desde la partida del rey y sus tropas a la cruzada, cuando ya una cuadrilla de albañiles iniciaban los primeros trabajos para edificar el que llegaría a ser palacio episcopal de Soltada. El albaricoquero fue derribado.





Capítulo 22.

Mi esposa, la bibliotecaria, está convencida de que algo gordo tuvo que pasarle al viejo del traje gris para que no apareciera más por la biblioteca, y yo no tengo argumentos en contra de su creencia, pero lo que sí es cierto es que la desaparición del vejete y la del libro del historiador Indalecio E Punto Ramírez debía estar relacionada de alguna manera. He llegado a pensar que algo había en aquella obra, “Soltada, la desaparición de un estado”, que no quiso el viejo que yo descubriera. Por culpa de esta sospecha he repasado mentalmente todos y cuantos aspectos recuerdo de haber leído en el librito, y de todos he dado perfecta cuenta en esta historia narrada.

Notarán ustedes, apreciados lectores, que he dejado para el final el desenlace de la historia entre la reina María y el juglar Galán. Y si lo he hecho ha sido obedeciendo a la impresión que tengo de que también para ustedes el asunto entre la reina y el juglar parece ser el más jugoso de todos cuantos narrados han sido en esta historia, si es que alguno de los tales asuntos puede tener un mínimo de jugosidad, se entiende.

Ante la sorpresa de los doctores que a la espera estaban frente a las dependencias de la reina María de Minarete, Galán entró altivo en los aposentos, y fue invitado a sentarse en un diván por parte de la sirvienta que le había franqueado la entrada. Al pronto apareció la reina María, ataviada con un valioso traje azul.

La estancia olía a flores, o así lo plasmaba Indalecio E Punto Ramírez, pero cuando leí el mentado dato supuse que sería, simplemente, una deducción del autor, pues de difícil conjetura se me antoja el hecho de que tales e insignificantes detalles hayan encontrado adecuado cauce para llegar hasta nuestros días. A un gesto de la reina la sirvienta salió de la habitación y encontráronse solos el juglar y ella; el primero, rodilla en tierra en protocolario gesto, mientras que la reina se cubría el rostro con un delicado abanico en señal que el propio E Punto calificó de coquetería propia de la condición femenina, pero que a mí, si me permite el lector opinar por segunda vez en este último capítulo (obsérvese que durante el resto del relato he actuado con notable reserva), considero que no se trata más que de un recurso literario del propio autor de “Soltada, la desaparición de un estado” para introducirnos otra vez en un escenario con personajes conocidos: el trovador Galán de Douvergier conversando en forma privada con una dama cuyo rostro porta cubierto.

-Levantaos, Galán. Esperando estaba, tiempo ha, esta visita que acabáis de consumir.

-Señora mía, abandonados he dejado mis quehaceres y afanes que el arte de glosar, y aún de trovar me exigían, para presto correr a la vera de quien amo con todas mis fuerzas.

-Mi corazón late, Galán, a ritmo frenético. Controlar no puedo mis pasiones ante tu presencia. Llevo tiempo ya sintiéndome tuya.

-Y si tal vuestro sentimiento es, mi Señora, si hace tiempo, como decís, que sois mía, ¿por qué esperasteis tanto tiempo a liberarme?

-¿Liberaros, Galán? –preguntó sorprendida la de Minarete.

-Liberarme, majestad, antes de abandonaros en mis brazos y perder al tiempo vuestra doncellez.

-¿De qué habláis, Galán? –y acompañó la reina la tal pregunta apartando el abanico y dejando su cara al descubierto.

-De vos sin duda no, mi Señora. La mujer que yo amo, a la vista de vuestro rostro, bello de igual manera, no sois vos.

-Ahora entiendo los versos del trovador Manfred –confesó María de Minarete visiblemente alborotada-, ahora sé que existió traición. Otra mujer se aprovechó de aquello que yo había conseguido para embaucaros, Galán, para arrebatáros de mi amor.

Y fue tal el enojo y el berrinche que exteriorizó la reina, que contaban las voces de la época que sus gritos se colaron entre las piedras del palacio y que ahí restaron, y muchos fueron quienes aseguraban que durante años pudieron escucharse aquellos gritos con sólo acercar el oído a las paredes del castillo.

Intentó impedir la reina una nueva marcha de Galán prometiéndole riquezas y poder, pero el juglar juraba pertenecer a la doncella que conoció en aquel carruaje y con la que unió cuerpo y alma para siempre.

-Creí que erais vos, reina y Señora mía, aquella quien hizose mujer en mis brazos. Creí que erais vos, majestad, y por este motivo aquí estoy ahora. Mas mi

corazón pertenece a quien doncella era antes de estar conmigo. Y mi cuerpo y mi mente le pertenecen de igual manera.

-Mi esposo ha muerto, Galán. Mi poder en Soltada es completo. Si no consigo vuestra voluntad para estar conmigo, obligada me veré a forzar tal situación.

-Antes deberéis matarme –advirtió el juglar.

-Sea pues –sentenció la reina.

Y por vez segunda en aquellas tierras, Galán de Douvergier fue prendido y conducido a presidio. No hubo contemplaciones esta vez. El juglar fue encerrado en las frías mazmorras comunes, junto a los demás presos, en espera de una sentencia que dictar debía la que fuera soberana de Soltada y que, al parecer del propio Galán, no iba a resultar agradable.

A todo ello el rey de Soltada, Pedro I el Matasiete, iba ganándose adeptos a su mandato. La figura del rey Roberto fue pronto olvidada por el populacho, a pesar de que su imagen habíase reconvertido con su ida a la guerra, y la aceptación de Pedro como nuevo soberano hay que calificarla, sencillamente, de espectacular.

Sin embargo, la nueva posición del Matasiete, si bien mantenida con orgullo y satisfacción, no en vano era el rey, le supuso un problema de enrevesada solución, y es que no resultaba situación decorosa que el rey de Soltada compartiera mesa y banquetas con las gentes borrachinas y beodas en las cotidianas noches de taberna y vino, pues como sabemos a tales quehaceres se dedicaba Pedro al caer la noche. Emborrachábase, sí, el Matasiete, pero en la intimidad de las habitaciones reales no encontraba sosiego necesario para sobrellevar, día tras día, la pérdida de aquella que fuera su amor. Se cuenta que cuando murió el rey Pedro I, años después de acceder al trono y por supuestas fiebres portadas a palacio por

algún visitante de pueblo lejano, la tristeza de sus ojos denotaba el sufrimiento que en vida había soportado el que fuera Comandante en Jefe de las tropas soltadenses, y que innecesario era entender de enfermedades y medicinas para darse cuenta de que Pedro el Matasiete había muerto de amor. De amor y de, posiblemente, los efectos que ocasionáronle el exceso diario de alcohol y el consumo más que ocasional de un brebaje que, a efectos tranquilizantes y sedantes, le suministraba uno de los médicos de la corte y que compuesto estaba de diversos extractos vegetales que mezclábanse junto a dientes de lobo pulverizados.

Las noches mataban al Matasiete. Sin embargo, y según era costumbre como sabemos, llegaba el día y la metamorfosis que sufría lo transformaba en hombre cabal, en honorable gobernante de Soltada, admirado y estimado por sus súbditos, un rey que cumplía a la perfección su cometido. Y, además, un suspirado monarca soltero. Todas cuantas nobles y aristócratas en edad de merecer había en muchísimos kilómetros alrededor de Soltada, encontraban oportuno momento para rendir visita al rey Pedro I y, de la tal forma, tantear una ansiada alianza que uniera un condado, un ducado, un señorío o, incluso, un simple feudo con el reino de Soltada. Pero Pedro, si bien de educada forma y con modales corteses y al punto galantes, rechazó todas cuantas ofertas de matrimonio ofrecieronle los padres o tutores de las mentadas muchachas.

Forzosamente curioso resulta el hecho de que, a pesar de las constantes refutaciones hacia los expresados ofrecimientos de matrimonio (alguno de ellos con dotes de gran consideración, otros con ofertas que hubieran supuesto incrementos territoriales, otros con ofrendas de diversas índoles), jamás el Matasiete fue acusado de

homosexual por parte de las lenguas pérfidas y viperinas de sus súbditos, incluso teniendo en cuenta la belleza y atractivos exhibidos por cuantas doncellas (o no) visitáronle con nupciales pretensiones. Es posible, y en previsión quizás vana de que exista algún lector muy joven, que sea necesario anotar en este momento que, antiguamente, la homosexualidad no era aceptada como debe serlo, es decir, con total normalidad. Cierto es que la Edad Media fue una etapa marcada por su carácter contradictorio, y en la aceptación de la homosexualidad no se iba a hacer una excepción. Así, sucediéronse períodos de intensa belicosidad y fanatismo intolerante con otros de gran avance cultural y marcada tolerancia. De esta forma la suerte de los homosexuales debió ser variopinta, en principio, si bien sólo se ha demostrado la existencia de persecuciones masivas contra ellos al final de la Edad Media con la definitiva implantación de la monarquía renacentista, cuyas leyes responderían a un movimiento social favorable a la uniformización y la exclusión social que se venía gestando desde antes.

Por su lado, el obispo Basilio encontrábase como pez en el agua atendiendo las obras que tanto tiempo estuvo ansiando y por las que tantas astucias tuvo que fraguar. Atrás quedaron las largas conversaciones con el Matasiete convenciéndole de la necesidad que todo estado tiene de defender con las armas los intereses del Vaticano, las constantes entrevistas con el rey Roberto para transmitirle unas supuestas exigencias pontificias para que Soltada mandara tropas al frente de la Cruzada, las prédicas que constantemente debía razonar en sus ceremonias religiosas para que las gentes de aquella parroquia asimilaran que la guerra empleada en la defensa de los valores cristianos era un acto necesario y

beneficioso para la comunidad. Atrás quedaron los tiempos donde cualquier engañifa era buena si empleábase para conseguir la titularidad de una pequeña porción de tierra donde, casualmente, se erigía un viejo albaricoquero.

Dejamos, unos párrafos más arriba, a nuestro inclito Galán de Douvergier, encerrado en una fría mazmorra. La reina había ordenado que ningún beneficio le fuera aplicado al preso y de la tal manera se cumplió. El juglar restó encerrado en tiempo que no he podido determinar, a la espera, supongo, de que María de Minarete decidiera qué hacer con aquel que era su amado, con aquel que habíale robado corazón y entendimiento, con aquel que osó negarle su amor pues confesado había estar prendado de las galas de otra. ¿Quién sería, se preguntó mil veces la reina, esa otra? Y aquello que era peor: ¿qué podía hacer la reina para descubrir la identidad de esa otra?

Y hete aquí que, en medio de su paranoia, un atisbo de cordura llevó a la reina a maquinarse un plan para descubrir la identidad de aquella que le había usurpado su galán. Y a fe que funcionó tal astucia, aunque nunca pudo suponer la que fuera esposa del rey Roberto que el desenlace no se desarrollaría exactamente en los términos que ella hubiera deseado, pues la tal mujer, traidora a ojos de la reina, y oliéndose sin duda el percal, habíase recluso en un convento de clausura que en la ciudad de Brings se encontraba. Es obvio imaginar, y así lo plasmaba en su obra Indalecio E Punto Ramírez, que las intenciones de María de Minarete no eran, precisamente, amistosas, y en caso de haber encontrado en la forma deseada a la mujer seducida por Galán, a buen seguro alguna locura hubiera llevado a cabo contra ella.

Pero Aldara, la conocida por Romancilla, porque todos sabemos que fue ella quien aquel día estuvo en el interior del carruaje retozando con el juglar que en el punto actual de nuestra historia encontrábase en presidio, dio muestras de tener inusitados reflejos al vestirse unos hábitos y declarar haber sentido de repente la llamada del Señor.

Se adornó, la de Minarete, con una gran sonrisa y un guiño de magnificencia, y ordenó se liberara al de Douvergier. Que se le dijera que era hombre libre, dispuso, y así se hizo. Creía la reina que el juglar correría al encuentro de su amada, y que con la tal cosa descubriría la identidad perseguida. Pero con todo ello no se dio cuenta de que Galán no conocía a la que fue doncella antes de caer en sus brazos, que creía que la mujer del carruaje tratábase de la reina, y que mal podía, con tales antecedentes, correr presto en busca de su amada. Y así, creyendo el trovador que el gesto de la reina respondía a un acto bondadoso, pues como reina buena y generosa era conocida más allá de las fronteras de Soltada, instantes después de su puesta en libertad se presentó ante los aposentos de la soberana en espera de ser recibido por la misma. Aunque, y en opinión de mayor crédito, el viejo del traje gris creía que la vuelta de Galán a la Corte respondía al hecho de que la tal amada del juglar habíase presentado ante él en carruaje tocado por escudo real, detalle que, como es obvio, había omitido en todo momento el de Douvergier.

-Sois libre, Galán. Marcharos con mi bendición.

-Así lo haré, majestad, pero antes permitid que os presente gratitud por decretar mi libertad.

-Marcharos Galán, antes de que mi corazón tiña de abatimiento mi alma y vuelva a ordenar vuestro

apresamiento. Salid en busca de vuestro amor y marcharos lejos de mi desesperanza.

-Sí, me voy, majestad. Mas no puedo salir en busca de mi amor, pues no sé dónde tal cosa hacer –se lamentaba Galán-. Me voy sin conocer la identidad de la que yo creí erais vos, mi Señora.

Y así la de Minarete cayó en la cuenta de la situación de Galán, y pensando tan rápido como su mente era capaz empezó, haciéndole creer al trovador una supuesta intención de ayudarle, a preguntar sobre la mujer a descubrir, sobre algún detalle que pudiera delatarla: que si morena era, de ojos oscuros y mirada risueña, que si de labios rojos, tan brillantes y tan carnosos... No pasó desapercibida a los oídos de la reina la poesía que de boca de Galán fluía cuando de su amada hablando estaba.

-Es bella como vos, mi Señora, de carnes blancas y muy preciosas; morena y guapa, cual luna llena con toques de nácar. Su cara candorosa, compite en belleza con capullos y rosas...

-Hablad, Galán, pues sombrío de repente se ha tornado vuestro gesto.

-Recuerdo un corte en tan bello rostro. La mujer a la que yo amo se cortó con algún ornato del carruaje y una pequeña brecha se abrió a la altura del mentón.

Hizo memoria rápida la de Minarete. Su fiel Aldara, la inocente Romancilla, habíase cortado en el mentón en las fechas en que huyó Galán. Unos espinos del jardín había confesado.

Y así, no habría aún cruzado el juglar el zaguán de la puerta cuando ya la reina órdenes daba a diestro y a siniestro con objeto de encontrar a una Romancilla que, curiosamente, llevaba varios días sin dejarse ver. Y a fe que muchos fueron quienes intentaron cumplir las

órdenes de la de Minarete, pues nunca en Palacio se había podido constatar un furor tan desmesurado como aquel que exteriorizó la reina. Sin embargo, ya jamás nadie en aquella Corte tendría nuevas de la doncella Aldara. Quizás, en suposición de una posible huida, no imaginaron los buscadores que mal escondrijo no era un convento, o quizás nosotros podamos suponer de forma más fácil la tal conjetura gracias a la influencia que ejercen los cientos de recursos literarios que nos hablan de mujeres, aquejadas todas ellas de mal de amores, que curaron las sus penas vestidas con los hábitos religiosos.

Tornose definitivamente loca la reina, se cuenta, pues ya nunca pudo apresar a aquella que fuera su criada, su amiga, su confidente y su coronadora (de cuernos, se entiende). Informaba Indalecio E Punto Ramírez de la documentada existencia de un edicto de la reina donde ordenábase se apresara de nuevo a Galán, pero una feliz circunstancia, para el juglar obviamente, dejó la tal orden sin objetivo cumplimiento. Y así la reina perdió el juicio definitivamente. Se contaba, en los mentideros de las distintas cortes europeas de aquel entonces, que un par de docenas de emisarios vagaron durante años por territorios vecinos llegando incluso a tierras lombardas, y aun a tierras hispanas, en busca de alguna nueva sobre el galán, o sobre la doncella, de alguna pista que les llevara a localizar a la pareja de amantes que ofuscado habían el raciocinio de aquella a quien ya todos llamaban la loca María.

Y ya le iba bien al Matasiete la situación creada en la Corte a raíz del affaire de Galán, pues la locura de la reina otorgábale plenos poderes más allá incluso de la voluntad de la propia María. Ya nada debía temer en relación a una posible vuelta de la reina al poder. El rey Pedro permitía y facilitaba los deseos de la de Minarete

en torno al uso de personal para la búsqueda del juglar Galán y de la criada Aldara, acto que a ojos cortesanos convertíale en persona más humana, compasiva y sentimental, pero en realidad aquel acto le servía al nuevo monarca para seleccionar aquellos individuos de palacio que, por uno u otro motivo, podían resultar conflictivos en vistas a la llevanza de su política en Soltada, y mandábales a tierras vecinas para el cumplimiento de las voluntades de la reina María.

No fue hasta prácticamente el último día en que coincidí con el vejete de la biblioteca, cuando conocí la que, según el mismo erudito, es la verdadera historia de Galán. Les garantizo a ustedes, apreciados lectores (aunque si han llegado a esta altura del relato debería llamarles queridísimos lectores), que el libro que escribió en su día el historiador Indalecio E Punto Ramírez, "Soltada, la desaparición de un estado", nada informaba de la andadura última de nuestro trovador, limitándose a informar que ya más nuevas nunca hubo sobre aquel que robó el raciocinio a la reina María. Pensarán ustedes, y harán bien como es obvio, que no existe indicio probado que nos asegure la veracidad del final que voy a narrar, a lo que tendría yo que responderles que son muy libres de imaginar cualquier historia que supusiera el fin de nuestra novela. Podrían ustedes, queridísimos lectores, pensar que el galán y la que fue doncella encontráronse y juntos vivieron felices, o bien prefieran pensar que ya nunca más volvieron a verse, perdiéndose así en los anales de este relato una bonita historia de amor, o quizás tengan ustedes la opinión de que el final debería ser más extravagante o extraño. Se me ocurre, por ejemplo, que Galán nunca salió en busca de su amada, que pronto encontró jergón caliente y mujer que revolcar en él. O, tal

vez, no sería un mal final el de vestir a Romancilla con hábitos de madre Superiora o, incluso, buscar canonización o semblante para ella. Pero no voy a dejar el final para que se lo imaginen ustedes, algo que resultaría en extremo inusual y que quizás revistiera mi relato de una originalidad que no busco.

Hay, como todos sabemos, circunstancias en la vida que, siendo importantes, se producen por pura casualidad. Podía, Galán, haber salido unos segundos antes o tal vez unos segundos después, pero cruzaba la puerta en el momento justo en el que entraba una siniestra anciana y topáronse cara a cara. Como ya confesé en el capítulo donde daba cumplimiento a la presentación de la bruja Morgana, cada vez que a la memoria me viene esta vieja hechicera, no puedo evitar que en mi imaginación se forme la imagen que de la Bruixa Joana se grabó en mi mente siendo yo un crío. Pero lo cierto es que, fuera cual fuera el aspecto y la apariencia de la bruja Morgana, ahí se encontraba la misma mirando con fijeza a un Galán que saliendo estaba de la Corte de Soltada, cabizbajo, pensando sin duda en los sinsabores con los que acostumbra a regalarnos la vida, en cuán duros serían los días de vagabundeo que aguardábanle a partir de aquel momento.

Y en este punto, que no en otro, se encontraba nuestra historia, cuando la hechicera inició conversación con el juglar, quien se sorprendió en gran manera de que aquella anciana supiera su nombre. Y mucho más grande fue la sorpresa cuando Morgana le anunció que aquella chiquilla que le había recibido en el carruaje había huido de la vera de la reina, a quien servía, y presta se había refugiado en un convento que de clausura había en la ciudad de Brings. Y supo, por fin, su nombre: Aldara.

Nadie les vio hablando juntos, y nadie les vio emprender camino hacia el bosque, tampoco nadie les vio desviarse después por el sendero que iniciaba un camino de dos días hacia la localidad de Brings. Galán y Morgana llegaron así al convento donde escondíase Romancilla. Por qué la bruja guió a Galán hacia su amada es algo que posiblemente quede oculto en los anales de esta historia, pero debemos suponer, teniendo en cuenta que se trataba de la segunda vez que Morgana acudía en ayuda del trovador, que constituir debían motivos de gran importancia, o, sencillamente, un juego o diversión de una hechicera solitaria y marginada.

Entró Galán en aquel convento presentándose como capellán peregrino, pues para la tal cosa habíase disfrazado adecuadamente. Las monjitas, como parece ser era costumbre, le ofrecieron posada para la semana que él confesó precisar para su descanso, y le invitaron a officiar las misas de aquel período.

-Bien sabe Dios nuestro Señor, madre Superiora, que nada me llenaría más que efectuar officio en la capilla de este bello convento, pero unos pecadillos, venales confieso, obligaron a mi confesor a relevarme de tal ministerio. Por ello en camino ando de visita a conventos, monasterios, beaterios, abadías y todas cuantas casas del Señor halle a mi paso para expiar los pecados que cometí.

-Espero que la prohibición que tenéis –observó la madre Superiora- no alcance a la celebración de unas breves exequias que debemos realizar esta misma tarde.

-Alcanza todo officio, madre Superiora.

-Estoy convencida, padre, que Dios nuestro Señor entenderá de la necesidad de ofrecer cristiana sepultura a una hermana que falleció ayer noche después de cruel enfermedad.

-Requerid un capellán en el obispado de Brings.

-Recibiendo están la visita de enviado cardenalicio, y restan aún dos días para que puedan venir. -Y siguió insistiendo la superiora, alegando que con unos réquiems por el alma de la desdichada no iba el clérigo, padre Gabriel dijo llamarse, a romper la prohibición de officiar.

Galán, quien no quería levantar sospechas que pudieran en peligro poner sus verdaderas intenciones, consideró no ser de recibo seguir excusándose, y accedió a efectuar aquellos responsos para los que la madre superiora le requería. Pensaría Galán que no iba a resultarle en extremo complicado ofrecer un oremus y un par de oraciones que entre versos, coplas y baladas también había aprendido.

Tenía aquel convento un pequeño corral en su parte trasera donde a sus anchas campaban unas gallinas ponedoras, unas ocas desplumadas, un par de gatos famélicos y unos sapos que en una sucia charca se exponían al sol. Aquella charca quería ser el aljibe de la casa, pero la falta de presupuesto no había permitido su completa construcción. Tampoco pudo, aquella orden religiosa, invertir unos dineros en levantar un pequeño cementerio, aunque, a decir verdad, tampoco resultaba de necesidad extrema, pocas eran las bajas que dos docenas de monjas iban soportando con el paso del tiempo. Y cuando la tal cosa pasaba, un pequeño terraplén que en el mismo corral había, justo al lado de las jaulas donde las gallinas acostumbraban a poner sus huevos, hacía las veces de cementerio. Al fin y al cabo se trataba sólo de enterrar a una persona.

Galán, en su versión de padre Gabriel, se recluyó en la celda que para tal efecto habían habilitado unas monjitas que, en todo momento, mostráronse reacias a enseñar su rostro, costumbre sin duda adquirida por su

condición de clausura. En aquel minúsculo habitáculo aprovechó el juglar para idear distintos planes, y rienda suelta dio a sus cábalas y conjeturas sobre la manera de encontrar a su amada Aldara, pues la tal empresa presentábase de muy difícil realización dadas las circunstancias de hallarse en un convento siendo hombre y teniendo en cuenta que, además, las religiosas no dejaban ver su cara.

No almorzó con las monjas aquel capellán llegado de Dios sabía qué tierras, consideró prudente la Madre Superiora se le sirvieran unos platos, frugales como era costumbre en aquel convento, en la cocina. La hermana Brigitte llevaba más de treinta años trabajando entre los hornillos de aquel convento, y el tener por primera vez un invitado fue tomado por la vieja monja como un episodio divertido del que se regodeó durante toda la comida. Como postres sirvió la hermana Brigitte un queso curado untado en miel, y apremió al capellán para que acabara pronto con aquel almuerzo, pues era precisa la mesa para que hiciera las veces de altar donde se oficiarian los responsos de la religiosa fallecida.

Y así fue. La mesa se colocó en el corral, donde pronto fue bautizada por las gallinas que tomáronla como un espacio más para ellas y no se amilanaron lo más mínimo cuando, reunidas ya todas las monjas en torno a un agujero donde a duras penas consiguieron colocar el cuerpo de la fallecida enrollado en una suerte de lienzo, pues para ataúdes, había confesado la Madre Superiora, no había presupuestado en su congregación, muy ceremonioso inició el padre Gabriel unas breves oraciones que de responso a los restos de la monja muerta iban a servir. Tras las plegarias se dio por concluido aquella especie de culto, y con más voluntad que acierto un par de hermanas (las más grandes)

cubrieron aquel cuerpo ora con tierra, ora con lodo, siempre con excrementos de los animales.

Finalizado el ritual del entierro, una de las monjitas desclavó una cruz de madera que a pocos metros de la nueva sepultura manteníase de pie, explicando la madre Superiora a Galán que aquella misma cruz había presidido, con el paso de los años, no menos de quince tumbas. Además, explicó no sin carecer de un puntito de humor negro, como todos ustedes, mis queridos lectores, vais a ver, a la madre Micaela no iba a importarle que le quitaran la cruz para pasársela a la joven Aldara.

-¿Aldara habéis dicho, madre Superiora? – preguntó Galán al tiempo que sus piernas empezaban a flaquearle y una terrible e invisible mano apretábale el corazón.

-Sí, Aldara, una joven novicia que aún no había jurado votos. Llegó triste al convento y murió de la tal tristeza. –Pero ya Galán no escuchaba a la religiosa.

Cuenta la leyenda de aquel convento, que llegó un día a él un capellán en peregrinación expiatoria, que unos terribles pecados habían sugerido a su obispo prohibirle el oficio de la misa, y que cuán grandes serían aquellos pecados, que Dios le castigó por haber quebrantado la prohibición de ejercer y haber celebrado un responso. Aún hoy el visitante puede contemplar una cruz de madera que clavaron sobre la tumba del padre Gabriel.



DEBERÍAIS IR A LA GUERRA, MI SEÑOR.

GABRIEL FRAU GOMILA.